LA SERIE DE KNOXVILLE FOOTBALL

TENTADA Y TACLEADA



GINA AZZI

TENTADA Y TACLEADA

LA SERIE DE KNOXVILLE FOOTBALL

GINA AZZI

three cities publishing

Tentada y Tacleada

Derechos de autor © 2026 por Gina Azzi

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, así como su distribución, comunicación pública o transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros procedimientos, sin la autorización previa y por escrito de la editorial, salvo en los casos permitidos por la ley en materia de propiedad intelectual, en particular las citas breves incorporadas en reseñas críticas o determinados usos no comerciales autorizados legalmente.

Esta obra es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, sucesos y situaciones son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, o con acontecimientos reales es mera coincidencia.

TENTADA Y TACLEADA

Talon Miller, kicker de los Knoxville Coyotes, es territorio prohibido.

Para empezar, mi padre es el entrenador jefe del equipo. Y yo no salgo con sus jugadores.

Además, sigo intentando recomponerme tras una ruptura.

El hombre con el que creía que iba a casarme me hizo daño de formas que aún estoy tratando de asimilar. Sé perfectamente que no debería lanzarme a otra relación. Mucho menos con un jugador de fútbol americano carismático, magnético y más grande que la vida.

Cuando mi padre asigna a Talon como mi acompañante para una escapada de fin de semana con amigos, la humillación me abruma. Pero ese fin de semana resulta ser mucho más de lo que cualquiera de los dos esperaba.

Empiezo a ver al verdadero Talon. Al hombre detrás de la fama de encantador y mujeriego. Es atento y perspicaz, comprensivo y sincero. Y está decidido a protegerme.

Con Talon me siento segura. Cuidada. Y, sin darme cuenta, empiezo a confiar en él. A abrirme. A desearlo.

Una chispa prende entre nosotros y lo cambia todo. Porque estoy atrapada en una situación en la que no debería estar. Y Talon está dispuesto a placar a mis demonios.

Incluso a aquellos que amenazan con destruirme.

ÍNDICE

Nota de la autora

1. Leni
2. Talon
3. Leni
4. Talon
5. Leni
6. Talon
7. Leni
8. Talon
9. Leni
10. Talon
11. Leni
12. Talon
13. Leni
14. Talon
15. Leni
16. Talon
17. Leni
18. Talon
19. Leni
20. Talon
21. Leni
22. Talon
23. Leni

Epílogo

Atados Y Atrapados
Agradecimientos
También de Gina Azzi
Sobre la autora

NOTA DE LA AUTORA

Advertencia de contenido: *Tentada y Tacleada* incluye escenas y referencias a violencia doméstica y a una relación abusiva.

1

LENI

—¡QUÉ ilusión que ya estés de vuelta en casa! —chilla mi mejor amiga, Marlowe.

Su voz alcanza un tono tan agudo que el móvil sale disparado por el salpicadero de la camioneta de papá y cae al suelo, bajo el asiento del copiloto.

—¿Leni?

—¡Perdona! —exclamo, inclinándome para tantear el teléfono a ciegas—. Te he tirado —añado mientras me incorporo de golpe y piso el freno—. ¡Dios mío! ¡Lo siento muchísimo! —le grito, horrorizada, al anciano que me está poniendo verde por casi chocar con él.

Después de dos años moviéndome en metro por Nueva York, puede que se me haya olvidado conducir.

Paso junto a él muy despacio. Me pita sin piedad y yo me encojo, notando cómo se me encienden las mejillas. Otro error más.

—¿No tienes Bluetooth? —pregunta Marlowe—. El móvil debería sincronizarse solo cuando…

—Voy en la camioneta de papá.

—Ah… —murmura—. Entonces más te vale mirar la carretera.

Tiene razón. Lo último que necesito es estrellar la camioneta de papá y que mis padres estén aún más preocupados por mí. Suspiro

y retomo el camino hacia las instalaciones de entrenamiento del equipo de fútbol americano, donde papá está con el *training camp*.

—Se ha ido con unos jugadores. Dice que es para hacer piña.

—¿Con cuáles? —interviene Marlowe, en tono juguetón. Le encanta tontear con otros chicos, sobre todo si consigue que su novio, Toby, se ponga celoso. No me preguntes por qué. Toby es su amor de instituto, uno que jamás debería haber sobrevivido a esa época.

—Seguramente con Cohen y Avery —respondo, mencionando a dos de los veteranos de papá. El carismático receptor abierto y el aclamado quarterback son la base de los Knoxville Coyotes.

—Bah. Esperaba que dijeras West Crawford —contesta mi amiga, loca por los tíos.

Pongo los ojos en blanco. La temporada pasada, el novato West ayudó a ganar la Super Bowl y eso lo catapultó a la fama de la noche a la mañana. Pero…

—¡Va a ser padre!

—Ya lo sé —se lamenta Marlowe—. Y su novia tiene un vestidor de infarto. Te lo juro, son la pareja perfecta.

West Crawford y Nova Martin no son solo la pareja perfecta. Son… la vida perfecta. Es un hecho.

—¿Cuánto tiempo estará tu coche en el taller? —pregunta Marlowe.

—Solo unos días. Papá lo ha arrancado de vez en cuando, pero nadie lo ha conducido en estos dos años. Quiere revisarlo todo antes de dejarme volver a la carretera.

—¡Genial! Así lo tendrás listo para mi fiestón de cumpleaños dentro de un par de findes —celebra.

Intento sonreír, pero la sonrisa se me queda a medias y la vergüenza me atraviesa. Debería estar ilusionada por celebrar el cumpleaños de mi mejor amiga. Pero no me apetece brindar por nada. Ni por nadie.

Desde que Craig y yo rompimos hace cinco días y tomé la difícil decisión de dejar Nueva York y volver a casa, me siento como un fracaso. Un fracaso épico. Preferiría esconderme antes que socializar.

Llevo cuatro días en Knoxville —volví a casa de mis padres la noche siguiente a que todo se torciera— y esta es la primera vez que salgo de casa.

Una parte de mí se pregunta si mi coche está bien y papá me ha pedido que vaya a recogerlo solo para que vea el cielo azul y respire aire fresco. No sería raro.

—Vas a venir, ¿verdad? —pregunta Marlowe, y percibo la herida bajo su tono.

El nudo en mi estómago se expande y me dan ganas de vomitar. Aprieto el volante y echo los hombros hacia atrás.

—Claro que voy a ir.

Gracias a Dios, la voz no me tiembla. De hecho, sueno convincente.

—¡Bien! —chilla Marlowe—. Te has perdido los dos últimos —me recuerda, echando más leña al fuego de la culpa sin darse cuenta.

—Estaré allí —prometo.

Cada año, Marlowe organiza un fiestón de fin de semana en la casa junto al lago de los padres de Toby, a una hora y media más o menos de Knoxville. Los días soleados los pasamos en el agua. Las tardes, haciendo barbacoas. Y las noches… de fiesta. Mucha fiesta.

—¿Vais a cenar con Freddy o prefieres quedar con Toby y conmigo para una pizza? —pregunta, cambiando de tema.

Que llame Freddy a mi padre —mi estricto, protector y descomunal entrenador de fútbol americano, Friedrich Adler Strauss —, no consigue arrancarme la sonrisa habitual. Lo único en lo que puedo pensar es en que me está invitando a otro plan en el que tendría que dejarme ver.

Sonreír. Hablar. Fingir que todo está bien.

Trago saliva. Solo con imaginarlo se me revuelve el estómago. Joder. Odio sentirme tan indefensa. Tan débil.

¡Ha sido solo una ruptura estúpida!

Es más que eso, susurra mi conciencia.

—No serías la sujeta velas —añade Marlowe antes de que pueda contestar—. Keller también viene —dice, refiriéndose a su primo y a uno de nuestros amigos más cercanos.

Me aclaro la garganta.

—Gracias por la invitación, pero ceno con papá.

—Sin problema. Ahora que estás en casa, tenemos todo el tiempo del mundo para quedar a cenar, tomar algo y pasar el rato. ¡Ay! ¡Hasta podemos hacer una doble cita!

Clavo el freno en cuanto pronuncia esas palabras, obligando al coche de detrás a esquivar la camioneta. El conductor toca el claxon con rabia y me dedica un corte de mangas.

Mierda.

Aparco la camioneta al borde de la carretera y apoyo la frente contra el volante, inhalando una bocanada de aire.

—¿Sabes quién está buenísimo? Brandon Hensil. ¿Te acuerdas? Iba contigo a Escritura Creativa en segundo. Desde que terminó la carrera se ha puesto súper en forma. Toby es amigo suyo y puede hablarle bien de ti. Trabaja en…

—No estoy preparada para salir con nadie —consigo decir entre dientes.

—Bueno, quizá no esta semana, que lo de Craig todavía está reciente, pero…

Dejo de escucharla. El nudo en mi estómago se vuelve líquido y la náusea me sube hasta la garganta. La última persona a la que dejaría organizarme una cita es Toby, pero no es eso lo que duele. Es oír el nombre de Craig. Solo escucharlo me quema los párpados, llenándolos de lágrimas que no llegan a caer.

Nos conocimos un mes después de que me graduara en la universidad y me enamoré de él al instante. Fue una de esas conexiones cursis, de amor a primera vista, con las que siempre había soñado. Y, de pronto, ocurrió.

La misma semana que empecé a trabajar a jornada completa en Henley Events, me fui a vivir con Craig.

Los primeros seis meses fueron pura felicidad. Puede que estuviéramos jugando a las casitas, pero nada me había parecido tan real en toda mi vida.

Seguro. Estable. Fiable.

Trabajaba en finanzas, en Wall Street. Nada que ver con los jugadores de fútbol americano alborotadores y fiesteros de los que papá siempre me advertía que me mantuviera lejos.

Puede que Craig no levantara cien kilos en press de banca ni lanzara el balón con una espiral perfecta, pero era un visionario con mentalidad empresarial que prefería la estabilidad… o eso creía yo.

Es curioso cómo los atletas cargan con la fama de juerguistas, mientras que los chicos de Wall Street que paladean whisky escocés y esnifan cocaína con total naturalidad son vistos como "formales". Sea como sea, las cosas empezaron a torcerse hasta que, hace cinco noches, todo salió horriblemente mal. Llamé a mamá a primera hora de la mañana siguiente y volví a casa sin mirar atrás.

Y desde que regresé, la cruda realidad de mi vida con Craig me persigue. Los recuerdos. Sus mensajes de texto aleatorios, que siguen poniéndome en tensión. Recordándome que, aunque me haya ido de Nueva York, no he escapado de él. No del todo.

Mamá y papá saben que hay algo más detrás de mi repentina nostalgia, y todavía no tengo claro cuánto quiero contarles. No sé cuánto quiero contarle a nadie. Por eso tampoco le he dicho nada a Marlowe. En lugar de abrirme, he puesto distancia entre nosotras.

Mientras Marlowe sigue parloteando, vuelvo a incorporarme a la carretera.

Tendré que decidir pronto qué hacer, porque cenar con papá promete convertirse en un interrogatorio. De hecho, me sorprende que me haya dado cuatro días para adaptarme a estar de vuelta en casa. Seguro que ha sido cosa de mamá, pidiéndole que me deje un margen. Pero el entrenador Strauss no es precisamente un hombre paciente cuando se trata del bienestar de sus hijas.

Físicamente, estoy hablando con mi mejor amiga.

Mentalmente, me preparo para la cena con papá.

Emocionalmente… estoy al borde del abismo.

¿Debería haber dejado a Craig antes? ¿Soy una fracasada por haber abandonado Nueva York y un trabajo en una de las agencias más importantes de la ciudad? ¿Fui demasiado ingenua, demasiado confiada? ¿Tendría que haberlo visto venir desde el principio?

—¡Uy, me tengo que ir! ¡Es Toby! —se interrumpe Marlowe a sí misma.

Parpadeo para contener las lágrimas que me asaltan sin permiso.

—Nada, Mar —murmuro—. Ya estoy llegando —añado mientras entro en el aparcamiento de las instalaciones de entrenamiento—. ¿Hablamos luego?

—Sí, te llamo. Dale recuerdos a Freddy y no te olvides de contarle lo de mi finde de cumpleaños.

Cuelga.

Aparco la camioneta de papá en su plaza reservada.

Apago el motor y dejo escapar un suspiro tembloroso. Intento reunir algo de determinación. Algo de coraje.

Antes me encantaban las cenas con papá. Y lo cierto es que lo echo de menos. Odio la distancia que ha crecido entre nosotros desde que me fui. No fue la ciudad la que abrió esa brecha… Fue Craig. No. Fue la versión de mí que surgió estando con Craig.

Cojo el bolso, bajo de la camioneta y llamo a papá.

—¡Hola! —responde su voz grave al segundo tono.

—Hola, papá. Ya he llegado.

—Bien, bien. Estoy terminando unas cosas.

Claro que sí. Mi padre está totalmente volcado en este equipo y siempre está "terminando unas cosas". Eso puede significar diez minutos… o dos horas.

—Sin problema.

—Voy a mandar a un jugador para que te acompañe.

—Vale —acepto, con los nervios vibrándome bajo la piel ante la idea de quedarme a solas con uno de esos enormes jugadores de fútbol americano.

He estado fuera dos años y, salvo unos cuantos veteranos, la plantilla de los Coyotes es bastante nueva. Si manda a alguien a quien no conozco, ¿de qué hablamos? ¿Qué se supone que tengo que decir?

¿Y en qué momento se me olvidó cómo mantener una conversación trivial?

—Ve a la entrada principal y ahora nos vemos.

—Ahora nos vemos.

Cuelgo y camino hacia la entrada principal.

Hace calor, pero disfruto del sol sobre la piel. Durante años, Nueva York fue mi sueño. El ritmo frenético, los eventos de alto

perfil, las grandes recompensas. Luces brillantes y posibilidades deslumbrantes.

Pero en algún momento de estos dos últimos años entendí que no encajaba del todo. Y, en el fondo, tampoco me importaba. Echaba de menos los cielos azules y el sol, los vestidos vaporosos y las coronas de flores, las fiestas antes de los partidos y los viernes por la noche iluminados por los focos del estadio.

Echaba de menos mi casa, mi familia, lo familiar.

Mi novio de Wall Street, el trabajo en la agencia de prestigio y el apartamento con vistas a Central Park empezaron a palidecer frente a mi ciudad natal.

Todavía me cuesta admitirlo en voz alta. En algún rincón de mi mente, oigo a Craig burlándose y llamándome "básica".

Llego a la entrada principal y la puerta de cristal se abre cuando un chico sale al exterior.

Alzo la vista… y me quedo clavada en el sitio al encontrarme cara a cara con Talon Miller.

Es el *kicker* estrella de los Coyotes. Divertido, con esa sonrisa ladeada permanente, salvaje en el mejor sentido. Parece el alma de cualquier fiesta. Acaparó titulares después de que los Coyotes ganaran la Super Bowl y, aunque papá refunfuñó al respecto, lo hizo con una media sonrisa que me dejó claro que, en el fondo, Miller le cae bien.

Lo he visto varias veces, pero no lo conozco. No como conozco a Cohen Campbell y a Avery Callaway. Miller lleva menos en el equipo, dos o tres temporadas, y yo he estado fuera casi todo ese tiempo.

Aun así, reconozco a cualquier jugador de los Coyotes a primera vista y podría recitar sus estadísticas de memoria. El trabajo de mi padre suele colarse en la mayoría de nuestras conversaciones. Sobre todo desde que me quedé sin cosas que contarle en nuestras llamadas semanales. Porque si me hubiera sincerado con él, habría cogido el primer vuelo a Nueva York.

La mayoría —por no decir todos— los jugadores de los Coyotes son atractivos. Pero Talon Miller tiene algo que me deja sin aire.

Es alto y estilizado, con hombros anchos y la cintura estrecha. Lleva el pelo castaño rojizo, muy corto a los lados y más largo

arriba. Una barba de varios días le sombrea la mandíbula. Sus labios carnosos se curvan en una sonrisa ladeada. Y sus ojos… grises con motas verdes… brillan con una chispa traviesa.

No se parece en nada a Craig.

Y mientras el corazón me golpea contra el esternón, una punzada de atracción que no sentía desde hace semanas —¿meses?— prende de nuevo, viva y repentina.

Suelto un suspiro de alivio al comprobar que todavía soy capaz de sentir algo por un hombre. Que no estoy rota.

—Por fin conozco a Leni Strauss —dice a modo de saludo, tendiéndome la mano.

Le sonrío, agradecida, y coloco la mía en la suya, ignorando lo grande que es su palma. Sus dedos están cálidos cuando se cierran alrededor de los míos.

—Encantada de conocerte oficialmente, Talon.

Las comisuras de su boca se elevan y me suelta. Me llevo la mano a la espalda, consciente de que aún me hormiguea donde me ha tocado.

—Tu padre está feliz de que hayas vuelto —añade con amabilidad.

Lo único que consigue es que me sienta peor por haber estado tanto tiempo lejos. Talon me sujeta la puerta y me mira de reojo.

—¿Piensas quedarte en Knoxville definitivamente?

Ahí están. Las preguntas empiezan.

Sé que no lo hace con mala intención. Solo intenta romper el hielo. Pero el corazón me retumba en los oídos y la visión se me nubla.

Sí. No puedo volver a la ciudad.

Las palabras giran en mi cabeza, se me posan en la punta de la lengua… y aun así soy incapaz de pronunciarlas en voz alta.

No debería permitir que una ruptura me aleje de una ciudad que adoro. Pero es más que eso. Y nadie lo entiende de verdad.

Entro en el edificio y él me sigue.

Definitivamente. Suena tan imponente y, sin embargo… supongo que es la verdad. Apenas he tenido tiempo de asimilar este cambio de vida.

—Ese es el plan —respondo con un tono demasiado alegre. Falso.

Me da un ligero golpecito con el brazo en el hombro. Me tenso al instante, un cosquilleo nervioso recorriéndome el cuerpo.

—¿Contenta con la decisión? ¿O te costó dejar atrás las luces de la gran ciudad?

Alzo la vista hacia él, incapaz de descifrar si me está tomando el pelo. Su tono es demasiado familiar para alguien a quien acabo de conocer. Y, sin embargo, sus preguntas ya rozan cosas que intento mantener ocultas bajo la superficie.

Me sostiene la mirada. Sus ojos son sinceros.

—Un poco de todo —admito con honestidad—. Es… agridulce.

Suspira y asiente, como si entendiera el significado que esconden mis palabras.

—Ojalá sea más dulce que amargo.

—Ya veremos —murmuro.

Vuelve a mirarme, estudiándome el rostro, recorriendo mis facciones como si buscara algo. ¿Qué? ¿Una reacción? ¿Una emoción?

¿Lo sabe? ¿Puede notarlo?

Frunzo el ceño, confundida por este intercambio. No es nada… y, sin embargo, parece algo. No lo entiendo. No lo entiendo a él.

—Bueno, has vuelto en el momento perfecto —dice mientras pulsa el botón del ascensor. Baja la voz y añade, cómplice—: Hoy tu padre nos ha dado un poco de tregua.

Sonríe y sus ojos chispean. Es desenfadado, juguetón. Tan distinto de la intensidad constante que Craig desprendía.

—Me alegra haber servido de ayuda —respondo, sorprendida por lo cómoda que me siento a su lado.

Las puertas se abren al instante y entramos.

Talon inclina la cabeza y pulsa el botón del tercer piso.

—Se nota que te echaba de menos.

Alzo la vista, otra vez desconcertada. Es un comentario previsible, sí. Pero Talon lo dice como si realmente conociera a mi padre. Como si entendiera la alegría que le provoca tener a su hija de vuelta en casa.

—Sí —asiento—. Yo también lo echaba de menos.

Talon asiente, y su sonrisa se ensancha.

—Solo falta que tu hermana decida volver de Alemania para que el entrenador se ponga a bailar en la zona de anotación.

Se me escapa una carcajada que me sorprende a mí misma. Me llevo las yemas de los dedos a la boca. ¿Cuándo fue la última vez que me reí?

Talon también sonríe y abre un poco más las piernas, cruzando los brazos sobre el pecho con naturalidad.

El calor de su cuerpo roza mi piel. Su olor —a jabón, un toque de colonia y menta— me envuelve. Encerrada con él en el ascensor, soy consciente de lo cerca que estamos. Me rodeo el torso con los brazos.

—Siempre he querido viajar fuera —comenta, sacándome de mis pensamientos.

—¿Nunca has salido del país?

Resopla, más divertido que molesto.

—Qué va.

Las puertas vuelven a abrirse y salgo un paso por delante.

—Ni siquiera soñaba con sitios como Europa antes de entrar en los Coyotes. Y desde que estoy en el equipo… —se encoge de hombros.

Quiero preguntarle qué significa eso. Por qué no ha hecho un viaje.

—¡Ahí está mi chica! —retumba la voz de papá sobre mí.

Talon da un paso atrás cuando me giro y le sonrío a mi padre. Avanza hacia mí con los brazos abiertos, como si hiciera semanas que no me ve en lugar de haber desayunado juntos esta mañana.

Salgo a su encuentro y lo abrazo.

—La camioneta está perfecta —le aseguro.

Papá echa la cabeza hacia atrás y se ríe, seguramente aliviado de comprobar que sigo siendo capaz de bromear.

—Gracias a Dios. Ya me estaba preocupando.

—No lo estabas —le doy un golpecito en el brazo.

Me aparto de su abrazo y noto que Talon nos observa, con una pequeña arruga entre las cejas.

—Ya conoces a Miller —gruñe papá.

—Sí.

Talon inclina la cabeza, pero sus ojos siguen clavados en mí.

—Nos vemos por ahí, Leni —dice con naturalidad. Despreocupado.

Y, aun así, hay algo en su tono que me tira del estómago hacia dentro.

Hay algo en él que me inquieta, y no tengo ni idea de qué es.

—Nos vemos —respondo.

Talon mira a papá.

—Hasta mañana, entrenador.

—Cuídate, Miller —contesta papá antes de bajar la vista hacia mí —. ¿Tienes hambre?

—Muerta de hambre —admito.

Apenas he comido hoy. Ni en los últimos días. Puede que incluso desde hace más tiempo.

Pero por el rabillo del ojo observo cómo Talon se aleja. Pasos firmes, andar relajado y… ese aire seguro de sí mismo.

Durante años me han parecido atractivos los jugadores de mi padre. Pero Talon Miller está increíble. Tentador. Sexy.

Y darme cuenta de eso es más que sorprendente.

Es alarmante.

Desconcertante.

—Bien. Han abierto un asador nuevo no muy lejos de aquí —continúa papá—. Voy a coger la bolsa del despacho.

—Vale.

Talon empuja la puerta del hueco de las escaleras, pero antes de cruzarla echa la vista atrás.

Nuestras miradas se encuentran.

Nubes grises, tormentosas, me mantienen cautiva.

Aspiro aire, y esa media sonrisa vuelve a dibujarse en su boca llena.

Después desaparece en la escalera, la puerta se cierra y recuerdo cómo se respira.

Peligroso.

2

TALON

ASÍ QUE ESA ERA LENI.

Tiene un encanto dulce, inocente. Ese aire de chica sencilla que no tiene ni idea de lo guapa que es.

Joder. Niego con la cabeza.

Lo ultimo que necesito es estar pensando en la hija del jodido entrenador.

Conocí a su otra hija, Lincoln Strauss, después de la Super Bowl del año pasado. Y aunque vislumbré a Leni cuando Lincoln me la señaló, fue desde lejos. Solo alcancé a ver su pelo rubio y un destello del vestido azul que llevaba.

Lincoln es una mujer impresionante. Y lo sabe. Rebosa seguridad. Es mayor, más curtida, lista de cojones.

Leni es más suave. Más dulce. Más… preciosa.

¿Preciosa? Sacudo la cabeza.

¿Qué coño me pasa?

El entrenador adora a sus hijas. Fue de las primeras cosas que supe de él. La primera vez que entré en su despacho vi una foto enmarcada de su familia. Su mujer, espectacular, Vicki. Y sus dos niñas rubias de ojos brillantes: Lincoln y Leni.

Y luego estaban los retazos que compartió conmigo durante mi primer año como jugador suyo.

Me detengo en el hueco de la escalera y me aferro a la barandilla para tomar aire.

Hacía tiempo que no pensaba en ese año. En aquellas semanas tan cortas y, al mismo tiempo, grabadas a fuego en mi cabeza para siempre.

Solo tuve a mi madre en mi vida unos pocos años. Los tres primeros —que apenas recuerdo, salvo por el sonido de los golpes y su silueta encogida en el suelo del baño— antes de que los Servicios de Protección de Menores intervinieran y acabara en el sistema de acogida. Y luego cinco semanas y media, cuando todavía era rookie en los Coyotes, mi madre se estaba muriendo y el entrenador Strauss intervino para ayudarme a que me despidiese.

Después me ayudó a organizar el funeral. Estuvo a mi lado, apretándome el hombro, mientras bajaban el ataúd.

Que yo sepa, nunca se lo contó a nadie. Y yo tampoco.

Durante las largas horas en las que me hizo compañía al lado de la cama de mi madre, me habló de su vida. De su familia.

Supe cómo emigraron de Alemania a Estados Unidos. Cómo encontró en el fútbol americano una nueva familia, no muy distinta de la mía. Me habló de la mujer que le robó el corazón: una dulce debutante de una familia prominente de Tennessee, Victoria, a la que llamaban cariñosamente Vicki. Y de las dos niñas que lo convirtieron en padre: Lincoln y Leni.

Me contó historias de ambas, pero las de Leni siempre me hacían reír.

Cómo con seis años pintaba las caras de sus muñecas con rotuladores y decía que era maquillaje. Cómo organizó una recepción de boda a la que obligó a asistir a todas sus muñecas, peluches y a la familia entera.

La vez que Lincoln la retó a deslizarse por la barandilla de un club de campo y acabó con once puntos en la línea del pelo.

Cuando, con doce años, se cortó flequillo porque un imbécil le dijo que tenía "frente de cinco dedos" y se quedó dormida llorando, abrazada al mechón que se había cortado.

La primera vez que se emborrachó en una casa junto al lago y llamó a Vicki suplicándole que fuera a recogerla, pero antes le hizo

prometer que no delataría a ninguno de sus amigos ante sus padres.

Por lo que el entrenador contaba, deduje que a Leni la atraen los problemas. No busca meterse en situaciones complicadas, pero como es la hermana de Lincoln y la mejor amiga de esa tal Marlowe, suele dejarse arrastrar. Es leal. Cariñosa.

Me gustaba escuchar al entrenador hablar de Leni. Sus historias eran puras, sinceras. Tan distintas a mi propia infancia que casi parecían inventadas.

De hecho, si no las hubiera contado él, habría pensado que eran una puta fantasía.

Pero en aquellas semanas confusas, cuando tenía que despedirme de una madre que nunca me quiso, mantenerme en pie en un equipo que era mi billete hacia el futuro y rendir en el campo… las historias de la dulce, peculiar y luminosa Leni me arrancaban una sonrisa.

Me hacían creer en un tipo de bondad que solo he vislumbrado a lo largo de los años.

Me hizo darme cuenta de que ahí fuera existen mujeres que no persiguen a un jugador por su puesto, el dinero o el estatus social. Hay mujeres que simplemente creen en el amor.

¿Te imaginas?

Sacudo la cabeza para espantar mis pensamientos descarriados, bajo los escalones de dos en dos y me paso por la cafetería a por un espresso rápido. Me queda una reunión con el entrenador Stevens antes de irme a casa.

El *training camp* ya ha empezado y no puedo permitirme distracciones. Ni errores. Este equipo —el entrenador Strauss, en concreto— me acogió y me moldeó hasta convertirme en el jugador que soy hoy.

Un *kicker* que ayudó a ganar la Super Bowl la temporada pasada.

Es un legado que quiero mantener. Es lo único a lo que realmente he grabado mi nombre. Sin el fútbol… ¿quién soy? ¿Qué soy?

Soy un chico de Indiana que creció solo, con una espina clavada en el hombro, y encontró una vía de escape en un juego que ama. Ese juego me dio una educación, una carrera y un equipo.

Una familia.

No puedo sacrificar todo eso por nada.

Le doy un sorbo al espresso y miro el Apple Watch. Diez minutos.

—Eh —me llama Gage Gutiérrez.

Levanto la vista y alzo la barbilla en su dirección. Me acerco con paso tranquilo a la mesa de la cafetería donde están sentados varios compañeros y me dejo caer en una silla.

—¿Qué haces todavía por aquí? —pregunta Jag Baglione.

Me reclino en la silla.

—Tengo reunión con Stevens en nada.

—Oye —nuestro receptor, Cohen Campbell, mira a nuestro *quarterback*, Avery Callaway—. ¿Crees que Leni habrá llegado ya?

—Ya ha llegado —confirmo, antes de darme cuenta de que no me lo estaban preguntando a mí.

Las miradas en la mesa se giran hacia mí. Doy otro sorbo al café y me aclaro la garganta.

—El entrenador me pidió que la recogiera en la entrada principal y la acompañara a su despacho mientras terminaba una llamada.

Avery niega con la cabeza.

—Ni se te ocurra, Miller. Leni Strauss es territorio prohibido de cojones.

Cohen resopla.

—No estaba pensando nada raro. Talon no es tan idiota.

West Crawford ladea la cabeza, como si valorara esa afirmación.

—¿Seguro?

Le levanto el dedo corazón.

—Parece una chica maja.

—Ah, Len es la mejor —dice Cohen con sinceridad—. Lincoln también. Cuando estaban en el instituto, el entrenador las obligaba a ir a todos los partidos en casa.

—A cada acto del equipo, a cada evento benéfico —añade Callaway.

—Se encargaba de señalar lo sudorosos y asquerosos que somos —ríe Cohen, señalándonos—. El pestazo de las protecciones…

—Los montones de toallas sucias —remata Avery.

—Lo que hiciera falta para mantener a esas chicas lejos de jugadores de fútbol americano —continúa Cohen.

—De atletas en general —asiente Avery—. Y no le culpo. Si tuviera una hija, no la querría ni de coña cerca de nosotros.

—Habla por ti —interviene Leo Quincy, dejándose caer en una silla al lado de West—. Crawford tiene una cría y…

—Ni hablar —lo corta West—. Callaway tiene razón. No quiero que mi niña esté cerca de un equipo de fútbol cuando crezca.

Las carcajadas llenan la mesa. Yo fuerzo una sonrisa, pero algo se me tensa en el pecho.

Sé que bromean. Pero hay una pizca de verdad.

Y es una verdad que duele.

Porque ningún padre me querría cerca de su hija. Mucho menos un padre como el entrenador Strauss. Y muchísimo menos si esa hija es la radiante Leni.

—MÁS TIEMPO EN LA PISCINA —repito las palabras del entrenador Stevens.

—Es bueno para el trabajo de resistencia. Y para la recuperación —explica—. A medida que pasemos del *training camp* a la pretemporada, quiero que lo incorpores a tu rutina de acondicionamiento. No hace falta que vengas siempre hasta aquí. Si prefieres usar una piscina en la ciudad, perfecto.

—Entendido —respondo, notando cómo empieza a formarse un dolor de cabeza.

Ha sido un día largo. Y aunque del *training camp* no espero menos, añadir más tiempo de piscina y ejercicios de fuerza es otra cosa más que encajar en mi rutina.

—¿Todo bien, Miller? —insiste Stevens, mirándome con curiosidad.

Golpeo con los nudillos el borde de su mesa y me pongo en pie.

—De lujo. —Esbozo una media sonrisa y me cuelgo la bolsa al hombro—. Nos vemos mañana.

—Temprano.

—Sí —respondo mientras salgo de su despacho.

Cuando por fin llego a casa, conduzco hasta el garaje y me dejo caer en el sofá, estoy hecho polvo. Y no sé muy bien por qué. La intensidad física y la exigencia brutal del *training camp* no son nada nuevo. Me he mantenido en forma y he seguido con el entrenamiento desde que terminó la temporada, salvo uno o dos meses en los que me dediqué a celebrar nuestra victoria en la Super Bowl.

Hubo fiestas.

Desmadre.

Y mujeres más que dispuestas.

Fue un caos muy divertido. Un subidón que jamás había sentido.

Pero ya se ha acabado y… hay un peaje mental que me está pasando factura. No lo esperaba. Estoy cansado.

Vacío.

Solo.

Cojo el móvil y me pongo a deslizar por redes sociales. Bodas, cachorros, recién nacidos y críos adorables con coletas. La mayoría de mis compañeros de la Universidad de Oregón ya han asentado cabeza. Han encontrado trabajos como entrenadores o comentaristas. Algunos se han metido en finanzas o en tecnología. Se han comprado casas con terrenos enormes y piscina. Varios se han casado y han formado una familia. Otros han adoptado perros rescatados y se pasan los fines de semana haciendo senderismo o ciclismo de montaña. Un puñado se ha dispersado por todo el país, o incluso al extranjero, por trabajo.

Joder, hasta los tíos de mi equipo están avanzando.

West tiene a Nova y a su dulce niña.

Cohen está con Raia.

Avery tiene un ligue distinto cada semana.

Quincy sale con una madre soltera por la que suspira desde el instituto.

Quién sabe qué coño hace Jag, pero casi nunca está.

Y Gutiérrez es muy de familia, así que aunque no esté saliendo con nadie, tampoco se pasa el noventa y nueve por ciento del

tiempo solo en el sofá.

Suspiro, echo la cabeza hacia atrás y dejo caer el móvil sobre el cojín.

Odio sentirme tan melancólico. Odio que el mejor momento de mi día haya sido conocer a la hija del entrenador y, por fin, ponerle cara a la chica peculiar que intentó pintarle las uñas a su padre con los colores del equipo antes de su primer trabajo como entrenador.

Detesto cómo reaccionó mi cuerpo al verla. La ligereza que se me extendió por las extremidades. La esperanza que se me abrió paso en el pecho.

Joder. Aprieto los ojos con fuerza. Algo no va bien conmigo.

Me obligo a levantarme del sofá y voy a la cocina. Meto en el microondas la pechuga de pollo con brócoli que dejé preparada el domingo.

Luego me siento y ceno solo —como la mayoría de las noches—. Dejo lista la bolsa para el entrenamiento de mañana. Busco el horario de baño libre en la piscina municipal.

Y me acuesto.

Aunque estoy físicamente agotado y mentalmente hecho polvo, no consigo apartar de mi cabeza la imagen de la dulce rubia en la que no debería estar pensando.

3

LENI

—NI SE TE ocurra hacerte ilusiones con mis jugadores ahora que has vuelto —me advierte papá, señalándome con una patata frita—. Y que estás soltera.

Está buscando que pique.

No lo hago.

—Mamá dice que tienes que dejar la comida frita.

Entrecierra los ojos.

—No cambies de tema.

—No lo estoy cambiando. —Le aparto la mano con los dedos antes de robarle una patata y metérmela en la boca—. Que necesitas cuidar tu salud es un hecho.

Me fulmina con la mirada. Yo sonrío.

—Y —añado para tranquilizarlo— no voy a enamorarme de repente de uno de tus jugadores después de que Linc y yo llevemos escuchando desde los quince que debemos mantenernos lejos del equipo.

—Mis normas siguen en pie —insiste papá—. Que ahora seas adulta no significa que…

—Soy adulta desde los dieciocho —lo interrumpo, dando un sorbo a mi Coca-Cola Light.

—Sigues viviendo bajo mi techo. Y mis normas siguen en pie.

Esbozo una media sonrisa. Me encanta lo mucho que le importo. Mientras que la intromisión de Craig en mi vida venía del control, la de papá nace del amor.

—Lo sé, papá. Lo tengo claro.

—Bien —gruñe. Y luego añade—: ¿Cuánto te ha afectado lo de Craig?

Suspiro y dejo caer los hombros.

—Mamá te dijo que me preguntaras, ¿a que sí?

Papá asiente.

—Pero aunque no me lo dijera, sé cuándo te duele algo, Leni Lou.

Utiliza el apodo que me llamaban de pequeña, como si así pudiera amortiguar el golpe de este tema.

—Sé que estás poniendo buena cara.

Asiento, parpadeando para que las lágrimas no se desborden.

La verdad es que no se me da bien poner buena cara. Ni fingir que todo está bien cuando no lo está. Ni actuar como si no tuviera el corazón hecho añicos y mis sueños no se estuvieran desmoronando. Pero… ¿y si lo están?

—Pensaba que me iba a casar con él.

La voz se me quiebra y papá hace una mueca.

—Lo sé —murmura, inclinándose sobre la mesa para cubrir mi mano con la suya, grande y áspera—. Parecía buen chico. ¿Qué pasó exactamente?

Suspiro y me muerdo el labio inferior.

Mis padres no saben las horas que trabajaba Craig. Cómo algunas noches no volvía hasta las tres de la mañana, oliendo a alcohol, con los ojos demasiado brillantes.

No saben en lo controlador que se volvió, opinando sobre mi ropa, revisándome el maquillaje para asegurarse de que el pintalabios fuera discreto y no demasiado llamativo.

Cuanto más trabajaba, más bebía. Y cuanto más bebía, más afloraba una crueldad que antes no estaba ahí.

Pero no puedo contarle eso a mi padre. Se subiría al coche y le partiría la cara a Craig.

Además, parte de mi dolor por cómo se torcieron las cosas también nace de la culpa por haberme quedado tanto tiempo con él. Creí, ingenuamente, que cambiaría. Pensé que si yo era suficiente para él, lucharía por mí. Por nosotros.

Quería ser la razón por la que pidiera ayuda y mejorara. Aferrándome a esa fantasía mental en la que mi amor bastaría para provocar un cambio, me permití seguir en una situación peligrosa.

Pero el corte en mi brazo y los moratones en el cuello fueron la gota que colmó el vaso. La que quebró lo poco que quedaba en pie, me dobló las rodillas y me empujó a llamar a mamá.

No quiero compartir eso con papá. No quiero admitir que me quedé con Craig a pesar de los gritos y de la noche en que lanzó una botella de whisky contra la pared. De la vez que me abofeteó.

No quiero contarle cómo fui alejándome de mis amigos, ignorando a Marlowe, enviando las llamadas de Lincoln al buzón de voz. Cómo me invadió una nostalgia insoportable y no supe ponerle palabras.

He fracasado en todo lo que perseguí en la ciudad y ahora estoy de vuelta en casa, con el rabo entre las piernas. No sé cuál es el siguiente paso.

Ante su pregunta, me encojo de hombros.

—Nos… distanciamos —respondo con poca convicción, envolviendo la mentira con una migaja de verdad.

—Hm —murmura papá, observándome con atención—. A veces pasa.

—Sí.

Corto un trozo de mi entrecot. Sé que está delicioso, pero apenas lo saboreo. No con el estómago hecho un nudo y la rodilla temblando bajo la mesa.

Papá se limpia la boca con la servilleta doblada y me observa con atención.

—Sabes que puedes hablar conmigo de lo que sea, ¿verdad, Len?

Asiento. Las lágrimas me escuecen detrás de los párpados.

—Lo sé.

—No te voy a juzgar. —Hace una pausa—. Al menos, no demasiado.

Resoplo.

—Claro, seguro.

Sonríe y luego niega con la cabeza.

—Todos cometemos errores. Lo importante es aprender de ellos. Pero Craig… parecía un buen tipo. Inteligente, ambicioso, responsable.

—Sí —susurro, notando cómo se me cierra la garganta—. Parecía muchas cosas.

Papá me estudia con curiosidad antes de terminarse el T-bone.

Antes de que pueda insistir más, suelto de golpe:

—Marlowe celebra su cumpleaños dentro de un par de fines de semana, en la casa del lago de los padres de Toby.

Papá enarca una ceja.

—Tu casa, tus normas… —insinúo, dejándole claro que busco su visto bueno aunque, en realidad, apenas lo necesite.

Suspira y se pasa la mano por la parte baja de la cara.

—¿Sigue con Toby?

—A ratos sí, a ratos no —confirmo.

Asiente despacio.

—Déjame pensarlo.

—Papá…

—Sé que no necesitas mi permiso, Len, pero agradezco que me lo consultes. Solo… déjame darle una vuelta, ¿vale?

—Vale —acepto justo cuando el camarero se acerca al final de la mesa.

Papá pide la cuenta y paga.

Volvemos a casa juntos, escuchando música antigua y hablando con naturalidad. Al entrar, me besa la coronilla y desaparece en su despacho.

Encuentro una nota de mamá: ha quedado a cenar con una amiga ya que papá y yo salimos.

Suspiro, me dejo caer en un taburete de la isla de la cocina y saco el móvil. Aquí la vida es más tranquila… más sencilla… que en la ciudad. Allí sentía la necesidad constante de aparentar.

Pasaba las tardes preparándome para que Craig volviera del trabajo. Cocinaba sus platos favoritos e intentaba preparar cócteles

elaborados. Ponía la mesa con una estética distinta cada noche. Jugaba con el maquillaje y el peinado.

Creía que, si conseguía hacerlo bien, si lograba convertirme en lo que él quería, todo mejoraría.

Casi me consumí intentando ser suficiente. Y, aun así, las cosas fueron a peor.

Esto es un nuevo comienzo. Un borrón y cuenta nueva.

Me dejo caer sobre la cama y me quedo mirando el techo. Siempre quise ser organizadora de eventos. Planificadora de bodas, en concreto. Ayudar a crear la visión de dos personas que están a punto de unir sus vidas en una sola. Celebrar su amor.

Mis amigas solían burlarse de mí por ser una romántica empedernida.

Ahora mismo solo me siento perdida.

Suspirando, cierro los ojos y me quedo dormida.

—¡ARRIBA, Leni Lou!

Mamá abre de par en par las cortinas de mi habitación y deja que la luz del sol lo inunde todo.

—¡Mamá! —gimoteo, tapándome la cara con la mano.

Me incorporo aturdida y la miro con mala cara.

Ella sonríe radiante y da una palmada.

—Tengo el proyecto perfecto para sacarte de este bajón.

Bajón.

Hago una mueca, frotándome distraídamente la clavícula, justo donde las uñas de Craig se clavaron en mi piel. Donde la presión de su mano alrededor de mi cuello dejó moratones.

—¿Cuál?

—¡El Baile de Debutantes del Clarke Country Club! —chilla emocionada.

Oh, no.

Se me abre la boca.

—¡Mamá! Eso es un evento de verdad —susurro con urgencia.

Es el mismo en el que ella participó hace años, cuando tenía diecisiete. Desde entonces forma parte del comité organizador. Cuando les propuso a Lincoln y a mí debutar en el baile, ambas declinamos con educación.

Entonces me parecía demasiado… serio.

Y ahora, con mi vida hecha añicos, estoy todavía menos preparada para formar parte de algo así. Ni siquiera como miembro del comité. Ni siquiera como voluntaria.

—Lo sé. —Su sonrisa se suaviza—. Anoche cené con Marylee Picolin y me contó que Claire Tipton…

—¿La Claire Tipton? —repito, marcando el apellido.

La familia Tipton lleva organizando el baile desde que tengo uso de razón.

Mamá se sienta en el borde de mi cama y me coge la mano.

—Claire está embarazada de su primer hijo y la han mandado reposo absoluto. No puede encargarse del evento y necesita a su madre y a sus hermanas estos próximos meses. Así que el comité está incorporando nuevas integrantes. Y aquí estás tú… con toda tu experiencia en Nueva York.

—Fue un año —le recuerdo.

—Más un año de prácticas. —Levanta dos dedos—. Podría ser una oportunidad fantástica para ti, Len. Conocerías a muchísimas familias de la ciudad. Y ahora que las bodas están tan en auge en Tennessee…

Suspiro. Sé que tiene razón. Me echo el pelo hacia atrás.

—¿De verdad crees que tengo algo que aportar?

Sus cejas se fruncen y la sonrisa se le borra un poco.

—Claro que sí. La pregunta es por qué tú no lo crees. Leni, eres talentosa, creativa y empática. No hay nada que no puedas hacer.

Dicho como solo lo diría una madre.

Alzo una ceja.

—El comité lleva meses planificando. Ahora se trata más de ultimar detalles y ejecutar. —Me da un golpecito en la cadera—. Vamos, levántate. Hemos quedado con las señoras en el club dentro de una hora.

—¿Habéis aceptado que me una? —exclamo.

Mamá inclina la cabeza, observándome.

—Hace un año habrías saltado de alegría.

La decepción se arremolina en mi estómago y aprieto con los dedos la sábana.

Tiene razón. Hace un año ya estaría en la ducha, construyendo mentalmente la disposición del evento. Decoración de mesas y arreglos florales. Distribución de asientos y menú.

Pero… el baile de debutantes es algo importante. ¿Y si propongo una idea y es un desastre? ¿Y si decepciono a los Tipton? ¿Y si…?

—¿Qué te pasa, Len? —La voz de mamá suena más suave. Sus ojos… preocupados.

La culpa se me expande en el pecho y me sube por la garganta hasta dejarme con náuseas. Lo último que quiero es preocuparla. Decepcionarla.

—Nada. —Niego con la cabeza y dejo caer las piernas al lado de la cama—. Me ducho y me preparo.

Me levanto y las rodillas casi me fallan. Corro al baño y, en cuanto cierro la puerta, me golpeo contra el lavabo.

Puntos negros parpadean en el borde de mi visión y el sabor metálico de la adrenalina me llena la boca.

Apoyo los brazos en el borde del lavabo y respiro hondo. El filo de un ataque de pánico me rodea mientras el corazón se me dispara.

Me aferro con fuerza al mármol, obligándome a volver a la realidad.

Todo está bien. Yo estoy bien.

No voy a fracasar en esto. No soy un fracaso.

—Leni.

Mamá llama a la puerta.

Mierda.

Alzo la vista y me encuentro con mis ojos desorbitados en el espejo. Hago una mueca. Trago saliva, me giro y abro el grifo de la ducha. El sonido del agua me calma un poco. Al menos ahoga mi respiración entrecortada.

¿Y si arruino el baile? ¿Y si no se me ocurre nada? ¿En qué estaba pensando mamá?

—¿Sí? —consigo decir, inclinada sobre el lavabo.

—He dejado un vestido sobre tu cama. Creo que te va a quedar precioso.

Las lágrimas me punzan en las comisuras de los ojos mientras tomo aire.

—Gracias, mamá.

Hace años que no la llamo así. Y sé que lo ha oído, porque su jadeo es inconfundible.

El silencio se instala entre nosotras. Siento su presencia al otro lado de la puerta, quieta, esperando.

Respiro otra vez. Ordeno mis pensamientos. Me recompongo poco a poco.

Luego me meto en la ducha y me froto la piel como si pudiera limpiar también la mente.

—¡LENI Strauss! ¡Estás espectacular! —proclama Marylee Picolin en cuanto me ve.

Me ruborizo bajo su entusiasmo y le doy dos besos.

—¿Cómo estás, Marylee?

—De maravilla, cariño. —Baja la voz, conspiradora—. Pero tienes que contarme tu secreto. ¡Debes de estar en una talla treinta y cuatro!

Bajo la barbilla y fuerzo una sonrisa.

La ansiedad, la culpa y la sensación de fracaso hacen milagros con el peso. No es un cóctel que recomiende.

Por supuesto, no lo digo. Suelto una risita ligera y dejo que me conduzca hasta la mesa donde esperan el resto de mujeres.

—¡Bienvenida a casa, Leni! Te hemos echado de menos —saluda Anna Louise Shreider con la mano.

La calidez con la que me reciben alivia parte del pánico que todavía me oprime el pecho. Mamá y yo nos sentamos con las impecables señoras de la alta sociedad local. Intercambiamos saludos, nos servimos el té y entramos en materia.

Mientras Marylee explica el evento, la visión general y los planes actuales, empiezo a relajarme. El baile de debutantes —aunque es una institución en nuestra ciudad— no es tan elaborado como algunas de las bodas que ayudé a sacar adelante para la élite de Manhattan.

Cuando comenzamos a hablar de la estética y el diseño, intervengo con varias propuestas que las mujeres reciben con entusiasmo. A mi lado, noto cómo la tensión que mamá acumulaba en los hombros y la espalda se va deshaciendo. Bajo la mesa, busco su mano. Ella encuentra la mía y aprieta mis dedos con cariño.

Le transmito mi agradecimiento con un leve apretón.

Sé que ha actuado pensando en mí.

Puedo hacerlo. Puedo ayudar a organizar el baile de debutantes de Knoxville.

CRAIG: Te echo de menos, Leni.

El corazón se me acelera al ver su mensaje y aprieto el móvil con fuerza. Recorro el hilo de nuestra conversación. Mi última respuesta fue antes de aquella noche. Antes de irme. Y aun así, él sigue escribiéndome.

Es implacable.

Niego con la cabeza, intentando apartar el pánico que me sacude cada vez que aparece su nombre. Hay cientos de kilómetros entre nosotros. Estoy a salvo aquí, en mi ciudad, en casa de mis padres.

Después de un día intenso y un almuerzo tranquilo con mamá, me siento más yo que en todo el último año. Más relajada, menos en tensión, llena de energía.

No voy a permitir que Craig —ni el recuerdo de lo que fue— me lo arruine.

En mi habitación, me pongo el bañador y meto en una mochila la toalla, las gafas y un gorro viejo.

—¡Papá! —grito, sabiendo que está trabajando en su despacho—. Me voy a la piscina a nadar un poco. Cojo tu camioneta.

—¡Conduce con cuidado! —me responde desde el fondo del pasillo.

Cojo sus llaves del gancho junto a la puerta, jugueteando con el pequeño AirTag que lleva en el llavero para cuando las pierde, y salgo hacia la camioneta.

Subo la música de camino a la piscina municipal, canto a pleno pulmón y me río sola. ¿Cuándo fue la última vez que me sentí así de despreocupada?

Así de… feliz y emocionada por el futuro.

Después de dejar mis cosas en el vestuario, salgo a la piscina, busco una calle libre y me lanzo al agua fría. Me envuelve al emerger para tomar aire, y aspiro profundamente. Empiezo a nadar largos, dejándome llevar por la cadencia cómoda y repetitiva de las brazadas. La mente se despeja, la respiración se regula y encuentro un ritmo constante, disfrutando de la sensación de mi cuerpo cortando el agua.

Al menos, hasta que me detengo en el borde para descansar, miro a la izquierda y me encuentro cara a cara con Talon Miller.

—Radiante Leni —dice, sonriendo.

¿Radiante Leni?

El pulso se me dispara mientras me agarro al borde de la piscina.

¿Tiene un apodo para mí?

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

—Lo mismo que tú. —Señala el agua con un gesto de la barbilla. Sus ojos, más verdes que grises bajo el reflejo de la piscina, brillan divertidos—. Nadar largos.

Me obligo a no bajar la mirada para recorrerlo con los ojos. Es más difícil de lo que debería.

—Ya… es que nunca te había visto por aquí.

Enarca una ceja.

—¿No llevas solo unos días en casa?

Bajo la cabeza, notando cómo se me enrojecen las mejillas.

Nunca te había visto por aquí.

Qué tontería de comentario.

—Stevens me ha añadido más sesiones de piscina al plan de ejercicio —explica Talon.

—Ah —murmuro, avergonzada.

—Te mueves muy bien ahí dentro, Len.

La sorpresa se abre paso en mi pecho, mezclada con incredulidad.

—¿En serio?

Espero que me suelte una broma. Pero me mira con total seriedad.

—Eres una buena nadadora. No podía quitarte los ojos de encima.

La sinceridad en su mirada me seca la garganta. Trago saliva.

—Oh. Eh, yo…

Una comisura de su boca se eleva mientras se agarra al borde y se impulsa fuera de la piscina.

—No quiero entretenerte.

—No, no me entretienes —balbuceo, sin saber qué decir.

En realidad, cualquier palabra que pudiera haber articulado se ha evaporado. Porque ahora estoy mirándolo desde abajo. Y, Dios mío, es un espectáculo.

Las gotas de agua resbalan por su cuerpo firme y definido. Sus cuádriceps son potentes, y el bañador mojado se adhiere a ellos, marcando cada músculo. Los abdominales se tensan, las gotas reflejan la luz fluorescente como pequeños destellos. Sus hombros anchos se flexionan cuando coge la toalla. Se la pasa por el pelo, cierra los ojos… y tengo que tragarme el gemido que amenaza con escaparse.

¿Lo hace a propósito? ¿Está jugando conmigo? Tiene que saber lo atractivo que es… tiene que ser consciente del efecto que provoca a su alrededor. Impacta sin esfuerzo.

¿Y qué me pasa a mí, mirándolo como si estuviera disponible? Como si alguna vez fuera a orbitar en su mundo lo suficiente como para alcanzarlo.

Es lo bastante fuerte como para aplastarme. Eso debería hacerme mantener las distancias. Y, sin embargo, me tiene hipnotizada.

Aprieto los muslos, agradecida de que no pueda verme desde donde estoy abrazada al borde de la piscina. Me aclaro la garganta.

—Yo también he terminado.

Me impulso hacia arriba y salgo del agua.

Mi bañador es sencillo. Negro, de tirantes finos.

Uno que Craig me obligó a comprar cuando se enteró de que nadaba en el gimnasio por las mañanas.

Pero Talon Miller me mira… me bebe con los ojos… como si llevara un diminuto bikini.

Su atención me recorre todo el cuerpo y el deseo despierta. Los pezones se me endurecen por el frío… ¿o por su mirada?… y sus ojos descienden hacia mi pecho.

Me cruzo el brazo sobre el vientre, sin saber qué hacer. ¿Cojo la toalla? ¿Me quito el gorro?

Talon detiene el torbellino de mis pensamientos al recoger mi toalla y sostenerla abierta antes de colocarla sobre mis hombros.

—Gracias —digo mientras me quito el gorro y lo sujeto junto con las gafas en la misma mano. Con la otra me suelto la goma del pelo y el cabello húmedo cae sobre mis hombros.

Talon emite un sonido grave, en el fondo de la garganta, y levanto la vista.

Sus ojos ya no son los mismos. El verde ha sido devorado por un gris oscuro, acerado.

Parpadeo y él aparta la mirada, llevándose la mano a la nuca.

—¿Quieres que te acerque a casa, Leni? —ofrece, la voz más ronca.

Niego con la cabeza.

—Tengo la camioneta de papá.

Se aclara la garganta y se echa la toalla al hombro.

—Vale.

Se dispone a girarse y, de pronto, no quiero que se vaya.

Hoy ha sido un buen día. El mejor en mucho tiempo. No quiero volver a casa y quedarme sola. No quiero pensar en el pasado ni preguntarme cuándo volverá a escribir Craig.

—Voy a por un helado —suelto de golpe, sintiéndome idiota en cuanto las palabras salen de mi boca.

Talon se detiene y me mira por encima del hombro. Su expresión es intensa, las cejas ligeramente fruncidas.

—Me gusta el helado.

Trago saliva y cambio el peso de un pie a otro.

—¿Te apetece… tomar un cucurucho conmigo?

Dios mío. Me encojo por dentro. Sueno desesperada. Patética. Infantil.

Talon se gira del todo hacia mí y mis ojos descienden a su pecho. A esos abdominales marcados. A su piel dorada.

Da un paso hacia mí. Luego otro. Sus pies se acercan a los míos.

Con un dedo me eleva suavemente la barbilla.

Olvido respirar mientras me observa. Me escudriña los ojos. Busca más allá de mi expresión. Me mira… y parece ver más de lo que quiero mostrar.

Deja caer la mano y me preparo para el rechazo.

¿En qué estaba pensando? Qué estupidez.

—Yo… —empiezo a rectificar.

Su expresión se suaviza. En sus ojos vuelven a brillar destellos verdes.

—Sí. Me encantaría llevarte a por un helado, Radiante Leni.

¿De verdad?

La presión en mi estómago se disipa y suelto el aire con alivio. Una sonrisa se dibuja despacio en mis labios cuando asimilo el apodo.

Radiante Leni.

Lo ha dicho otra vez. No sé por qué ha elegido ese nombre, pero me gusta que me lo haya regalado.

Me gusta que me asocie con la luz del sol. Hace años que no me siento así. Pero estar cerca de Talon, aunque solo hayan sido estos encuentros fugaces, me recuerda que hace tiempo fui optimista. Esperanzada. Radiante.

Talon niega con la cabeza, como si yo lo sorprendiera, y me coge la mano. Me tira suavemente hacia los vestuarios.

—Vamos —dice, abriendo la puerta de mujeres y sujetándola mientras paso—. Te espero fuera.

—Vale —respondo.

La puerta se cierra tras de mí.

Corro hacia mi taquilla, agradecida de haber traído champú y acondicionador. Me ducho rápido, me pongo el vestido de verano y las sandalias que llevaba en la mochila. Me paso los dedos por el pelo y lo seco un poco para que no quede empapado. Me hago una trenza rápida, me aplico brillo de labios y me observo en el espejo.

No es una cita. No estoy preparada para salir con nadie. Además, jamás podría estar con uno de los jugadores de papá.

Pero es la guinda de este día.

Y, en este momento, me aferro a esta sensación de ligereza con las dos manos.

4

TALON

—¿QUÉ planes tienes ahora que has vuelto? —suelto la pregunta justo cuando se mete una cucharada de helado de praliné entre esos labios carnosos.

Sus ojos se abren como platos y entreabre la boca; un poco de helado se queda en la comisura del labio inferior.

—Yo… perdona, ¿qué?

Está preciosa cuando se pone nerviosa. Paso el pulgar por la comisura de su boca para retirar el helado y repito la pregunta.

Leni se aclara la garganta y mira a su alrededor, insegura. No es la primera vez que la veo así, un poco perdida… ansiosa. Casi siempre después de una pregunta sencilla.

—Hoy me he reunido con las mujeres que organizan el baile de debutantes.

Inclino la cabeza, esperando que continúe.

—¿El baile de debutantes?

Se sonroja.

—Sí. Es una fiesta anual de presentación en sociedad para mujeres que alcanzan la mayoría de edad.

—¿Eh? —murmuro—. ¿Rollo siglo XIX o qué?

Ella resopla y se frota la punta de la nariz.

—Algo así… pero no exactamente. —Niega con la cabeza—. Lo estoy explicando fatal. Históricamente, sí, era cuando una mujer en edad de casarse entraba en sociedad y dejaba claro a los pretendientes que estaba lista para el matrimonio. Pero hoy en día se centra más en el empoderamiento femenino, la recaudación para obras benéficas importantes y en mantener tradiciones que fortalecen la comunidad. Aquí en Knoxville… bueno, es bastante sureño —añade, arrancándome una sonrisa.

—Ya me lo imaginaba.

Leni se ríe y sus hombros se relajan un poco. Es lo más relajada que la he visto hasta ahora. Tiene las mejillas rosadas y los ojos, de un azul intenso, brillan con luz propia. Está guapísima.

Impresionante.

Jodidamente intocable.

Me aclaro la garganta.

—Entonces, ¿te has reunido con las organizadoras?

—Sí. —Asiente—. Mi madre ha conseguido que me incorpore al comité. En Nueva York trabajaba organizando eventos. Ahora que he vuelto a casa y estoy intentando aclararme, mamá pensó que sería un paso en la dirección correcta.

—¿Y tú qué piensas?

Se muerde la comisura del labio.

—Me daba miedo fracasar —confiesa en voz baja, con una sinceridad que me golpea de lleno. Me desarma lo dispuesta que está a mostrarse vulnerable y decir la verdad. Yo jamás haría algo así—. Pero creo que sí es un paso adelante. Necesito hacer algo, ¿no?

Me mira y durante un segundo parece que busca mi aprobación.

—Si es lo que quieres hacer, estoy seguro de que será un éxito —respondo sin dudar. De verdad. No me cabe la menor duda de que Leni se toma su trabajo en serio. El entrenador siempre decía que era aplicada y disciplinada. Verla nadar, escucharla hablar de sus miedos, lo confirma.

—Eso espero —suspira antes de llevarse otra cucharada de helado a la boca—. ¿Y tú? ¿Cómo llevas la pretemporada?

El cambio de tema hacia el fútbol es terreno común. Y, además, seguro.

Mientras le cuento cómo va el *training camp* y hablamos del equipo, me doy cuenta de tres cosas.

La primera: es facilísimo hablar con ella. Mucho más que con la mayoría de mujeres con las que he conversado.

La segunda: está algo insegura. No termina de confiar en sí misma, lo cual choca con todo lo que el entrenador me contó sobre ella. Pero es evidente que está intentando encontrar su lugar.

Y la tercera: tengo que mantenerme jodidamente lejos de Radiante Leni.

Porque cuanto más habla, más me pierdo en sus ojos azul profundo. Más imagino cómo se sentiría su pelo sedoso entre mis dedos. Y más me pregunto a qué sabrán sus labios.

Va en contra de todo en lo que creo. La lealtad. Lo único que realmente poseo es mi nombre. Y ese nombre se lo he entregado al entrenador Strauss y a los Coyotes.

Lo último que necesito es encapricharme de la intocable hija del entrenador.

—¿QUERÍAS verme, entrenador? —entro en el despacho de Strauss después de un día brutal en el *training camp*. Me duele todo el cuerpo; la tensión me atenaza los cuádriceps y me baja por las piernas. Además, me muero de hambre.

Pero Callaway me ha dicho que el entrenador quería hablar conmigo antes de que me fuera, y aunque al principio me ha extrañado, ahora estoy preocupado.

¿Le habrá contado Leni que coincidimos en la piscina? ¿Pensará que lo del helado fue algo más? ¿Va a advertirme para que me mantenga lejos de su hija?

Por eso no me meto en estas mierdas. No hay tiempo para distracciones. Ni para dudas sobre dónde está mi lealtad. Está el equipo y punto.

—Ah, Miller. Pasa, siéntate.

El entrenador señala la silla frente a su escritorio.

Me dejo caer y casi hago una mueca cuando el dolor protesta con el movimiento.

—Sé que estarás deseando irte a casa —empieza. No respondo y una comisura de su boca se mueve ligeramente. Entrelaza las manos y continúa—: Leni me comentó que te vio en la piscina el otro día.

—Sí. Stevens quiere que añada más trabajo en el agua a mi preparación.

—Ya.

Suspira y se reclina en la silla.

Mierda. Está enfadado por lo del helado. Va por ahí, ¿no?

—Mira, no me siento cómodo pidiéndote esto. Pero, sinceramente, no sé a quién más recurrir. Supongo que Avery podría hacerlo, pero eso sería otra puta complicación…

Murmura lo último más para sí que para mí.

Frunzo el ceño. Me tenso. ¿Le ha pasado algo a alguno de los chicos?

—Últimamente mi hija no es ella misma —dice, clavando en mí esos ojos azules idénticos a los de Leni, aunque cargados de dureza y experiencia—. La verdad es que lleva tiempo sin ser ella misma.

Parpadea. Parece agotado.

—Vicki y yo estamos felices de que haya vuelto a casa. Está intentando encontrar su sitio, ver qué hace ahora.

Hace una pausa. Inclino la cabeza, animándolo a seguir.

¿Cuál es la petición?

—Y ha retomado el contacto con su mejor amiga de la infancia, Marlowe. Para mí es casi como una tercera hija.

—Sí —asiento, recordando algunas historias que me contó.

—Los padres del novio de Marlowe tienen una casa en el lago, a las afueras de Knoxville. Y todos los veranos celebra allí su cumpleaños durante un fin de semana. A Vicki y a mí no nos entusiasma que Leni vaya. —Resopla—. Por suerte, estos últimos años estaba fuera.

Frunzo el ceño.

—Entrenador, es adulta.

Es evidente. Tendrá veintitrés o veinticuatro años. No es una cría de instituto buscando beber a escondidas y bañarse desnuda con chavales.

El entrenador suelta un taco en voz baja.

—Lo sé. —Me mira con una mezcla de frustración y desvelo—. Pero hay algo en ese grupo, en ese fin de semana… No me fío, Miller. Algún día, si eres padre, entenderás lo que digo. Llámalo intuición. Pero no quiero que Leni vaya sola a Norris Lake, con un grupo de gente que no la ha visto en años, salvo Marlowe. Y Marlowe tiene sus propias historias…

Se queda a medias.

Me inclino hacia delante en la silla.

—¿Qué me estás pidiendo, entrenador?

—Joder… —Suspira otra vez—. ¿Qué te estoy pidiendo? —Golpea con los nudillos el lateral del escritorio y luego me mira con firmeza —. Talon, sé que es poco convencional y que es inoportuno de cojones. Pero dentro de unas semanas, entre el segundo y el tercer partido de pretemporada, tienes un día libre.

Asiento. Siento cómo se me cierra la garganta. Sé que mi día libre está a punto de desaparecer.

—Me gustaría que acompañaras a Leni a Norris Lake ese fin de semana.

Lo suelta de una vez. Tiene los labios apretados, como si pedirlo le costara.

Y probablemente le cuesta. Es un hombre orgulloso. No suele pedir favores.

Pero es de los pocos por los que haría cualquier cosa sin pensarlo. No solo porque le deba mucho —que se lo debo—, sino porque lo admiro de verdad. La manera en que está ahí para los suyos, es el tipo de hombre en el que quiero convertirme.

Es el padre que siempre quise tener y nunca tuve… hasta que lo conocí.

Y ahora me está dando la oportunidad de hacer algo por su familia, después de todo lo que hizo por la mía.

—Joder… —empieza a decir—. Olvídalo…

—Iré —lo interrumpo.

Se queda quieto, observándome con atención.

Me inclino hacia delante en la silla.

—Mira, no conozco demasiado a Leni. Hemos hablado un par de veces y lo demás es lo que tú me contaste. Pero me cae bien y, si el que yo vaya con ella a esa fiesta de cumpleaños sirve para que tú y Vicki os quedéis más tranquilos… —me encojo de hombros—. Iré.

El alivio se refleja en el rostro del entrenador.

—Gracias, Talon. Odio tener que pedirte esto, pero…

—No lo hagas. Me apetece hacerlo. De verdad —lo interrumpo.

—Bien. —Asiente—. Se van el tercer viernes de agosto. Si consigues entrenar por la mañana, te daré otro día libre.

Dos días libres.

Mi cuerpo casi suspira al imaginar ese tiempo extra de recuperación.

—Entrenaré por la mañana.

—Lo sé —responde.

—Eh… ¿Leni lo sabe? —pregunto.

El entrenador resopla y niega con la cabeza.

—No, todavía no.

—¿Puede ser un problema? —No me imagino a ninguna mujer encantada con la idea de que su padre le asigne un acompañante para un fin de semana con amigos… pero tampoco entiendo la mayoría de los vínculos familiares. Yo nunca tuve uno que realmente importara. Una parte de mí piensa que es exagerado; otra, mucho más grande, cree que la preocupación del entrenador es dulce. Protectora. Amorosa.

—Probablemente —admite—. Pero de Leni me encargo yo.

Me río.

—Igual puedo ayudar. —Señalo su teléfono—. Dame su número. Si voy a pasar un fin de semana con ella, al menos deberíamos quedar a por una hamburguesa y hablar.

El entrenador chasquea los dedos y me señala.

—Buena idea, Talon. ¿Mañana por la noche? Así, cuando Vicki le diga que te unes al plan, no será tan duro.

—¿Lo tienes todo bajo control, eh? —bromeo.

Se ríe.

—Te mando su número. Gracias, de verdad. A ver si un fin de semana en el lago la ayuda a salir de la niebla en la que está desde que volvió de Nueva York. Porque algo tiene que cambiar.

—Claro —asiento, aunque no termino de entender a qué se refiere. Sé que no tiene que ver conmigo del todo. El entrenador es un hombre íntegro y un gran líder. Pero, como padre, sus hijas lo tienen completamente rendido a sus pies perfectamente pedicurados —. ¿Algo más?

—Nada más.

Me levanto para irme cuando me detiene.

—¿Miller?

—¿Sí? —me giro, quedándome junto a la puerta.

—Te agradezco que hagas esto. Sé que puedo confiar en ti.

Sus ojos se endurecen y trago saliva.

—Por supuesto.

—Pero no te hagas ilusiones. Leni no sale con jugadores de fútbol americano.

Inclino la cabeza, asimilándolo, y salgo de su despacho.

Y aunque sé que es verdad —mis compañeros lo han dicho más de una vez—, escuece que el entrenador me incluya en ese grupo. Porque, aunque Leni Strauss esté a años luz de mi alcance, me duele que él también lo tenga tan claro.

5

LENI

—¿UN acompañante? —grito.

—Piénsalo como… un amigo que va contigo —dice papá con voz calmada, las palmas abiertas, como si intentara tranquilizar a un búfalo rabioso. Que, ahora mismo, no anda tan lejos de la realidad.

—¿Pero esto qué es, el siglo XIX? —replico.

—Hace tiempo que no estás con ese grupo —intenta intervenir mamá.

—¿Estáis de broma? Los conozco desde el instituto. Algunos desde secundaria. Y soy adulta. ¡Tengo veinticuatro años! Vivía en Manhattan, cogía el metro y me quedaba fuera hasta el amanecer hace solo un año. —Agito los brazos con vehemencia.

Estoy furiosa. Pero también… se siente bien. Normal. Sentir algo que no sea vergüenza. Vacío. Así que me aferro a mi enfado y vuelvo a mover las manos para dejarlo claro.

—Pero ahora estás aquí —me recuerda papá, y la suavidad desaparece de su voz—. Mi casa…

—Pues igual debería irme —lo interrumpo.

Papá suelta un taco. Mamá suspira. Yo hiervo por dentro.

No me puedo creer que mi padre haya pedido a uno de sus jugadores que se presente en el cumpleaños de Marlowe para hacerme de niñera. ¿Hay algo más humillante?

Y además…

—¿No crees que estás cruzando otras líneas? —le pregunto.

Alza una ceja, esperando que termine la idea.

—¿Uno de tus jugadores? ¿Un fin de semana fuera con tu hija? —me señalo el pecho—. ¿Qué pasó con lo de nada de salir con deportistas?

—Talon jamás… —empieza papá.

—¿Es Talon Miller? —chillo.

De algún modo, esto lo empeora todo.

Si fuera Avery o Cohen, sería como que un hermano mayor cuida de su hermana. Igual hasta Cohen traería a Raia y sería… divertido. Incómodo, pero divertido.

Lo mismo con Leo Quincy. Seguramente organizaría juegos absurdos y nos cronometraría en el *flip cup* o algo así.

Pero… ¿Talon Miller? ¿El sexy, desconcertante, carismático Talon Miller que parece ver más allá de lo que intento mostrar? ¿El que me llevó a por un helado y me hizo reír? ¿El que me hace sentir cosas que no tengo derecho a sentir?

¿Ese es el que mi padre ha elegido para vigilarme?

—¿En qué demonios estabas pensando? —le suelto.

Papá vuelve a maldecir, esta vez con más colorido. Luego alza las manos y sale del salón. Un segundo después, oigo cerrarse la puerta trasera. Me dejo caer contra el sofá, cruzo los brazos y fulmino a mamá con la mirada.

Ella da un sorbo a su té.

—Está preocupado por ti. Los dos lo estamos.

—Estoy bien —replico, desafiante.

Mamá inclina la cabeza y me mira de esa forma que deja claro que sabe que miento, pero no va a señalarlo. Al menos, no ahora.

Suspiro y me paso los dedos por las cejas.

—Estoy bien —repito, esta vez más bajo.

—Lo sé. O lo estarás —concede—. Lleva a Talon al lago y deja que nos quedemos tranquilos. A nadie le importará. Apuesto a que Marlowe estará encantada.

Lo estará. Mamá la conoce demasiado bien.

—Además, ¿has pensado que quizá Talon quiere ir? —añade.

La miro.

—Es un día libre extra para él. Para divertirse y desconectar. Nadar en el lago, tomarse una cerveza. Está entrenando más que nunca. Igual le viene bien descansar también.

Pongo los ojos en blanco. No quiero ver su punto de vista. El plan es rarísimo. Y poco ético. El entrenador dándole un día libre extra a un jugador en plena pretemporada para que vigile a su hija… es surrealista.

Antes de que pueda contestar, el móvil vibra y el estómago se me cae a los pies.

Rezo para que no sea Craig. Hace unos días que no sé nada de él y la distancia empieza a sentirse normal. Sana.

NÚMERO DESCONOCIDO

Hola, Radiante Leni. Soy Talon. ¿Te apetece cenar?

El pulso se me acelera. Me muerdo el labio, la vergüenza me inunda al darme cuenta de que mi padre está detrás de esto.

El mismo hombre que nunca quiso que saliera con un jugador ahora me está organizando un fin de semana con su *kicker* estrella. No para salir conmigo, claro. Para vigilarme.

Es todo un despropósito.

Aprieto el móvil y salgo del salón dando zancadas, parpadeando para que no se me salten las lágrimas. Es un puto desastre.

En la seguridad de mi habitación, cierro la puerta de un portazo y me dejo caer en el borde de la cama. Me paso la mano por los ojos, respiro hondo y releo el mensaje de Talon.

Una cena por lástima.

Genial. ¿Puedo ser más patética?

Mi pulgar flota sobre el teclado, pero no sé qué escribir. Estoy humillada y frustrada. ¿Qué digo para no quedar como una idiota?

Antes de contestar, entra otro mensaje.

NÚMERO DESCONOCIDO

Me muero por unos tacos. No me dejes en leído.

No puedo evitar que una sonrisa me curve los labios. También es divertido. No se toma demasiado en serio, y eso me gusta.

Suspiro, guardo su número y escribo.

LENI

¿Alberto's?

TALON

¿Hay otro sitio donde comer tacos un martes?

LENI

Estoy libre.

TALON

Te recojo en treinta.

Le mando un pulgar arriba. Luego abrazo el móvil contra el pecho y me dejo caer hacia atrás en la cama. Miro el techo e intento regular la respiración.

No es una cita.

No es nada. Solo… tacos con una estrella del fútbol americano.

Sin más.

Mamá llama suavemente a la puerta y me incorporo justo cuando entra.

—Leni —dice con expresión comprensiva.

—Talon viene a recogerme para ir a por tacos —suelto antes de que diga nada más.

Sus ojos se abren y sonríe.

—¿Ah, sí? Qué bonito, ¿no?

Resoplo y niego con la cabeza, intentando contener la sonrisa. No sé en qué momento "bonito" se convirtió en la palabra favorita de mamá, pero la usa como si fuera un bálsamo para suavizar cualquier emoción que me desborde.

Mamá capta mi casi-sonrisa.

—Lo es —decide, asintiendo—. Te dejo que te arregles.

Sale de mi habitación y cierra la puerta con un suave clic.

¡Mierda! Tengo que arreglarme.

Salto de la cama, abro el armario y paso las perchas una a una. Alberto's es un sitio informal, de tacos y tequila. Y aun así, no quiero ir en shorts vaqueros y camiseta. Pero tampoco quiero parecer demasiado arreglada, porque esta cena es… nada.

Mordiéndome la comisura del labio, me decido por un vestido largo azul eléctrico y unas sandalias doradas de tiras. Me recojo el pelo en una coleta baja, me maquillo lo justo y añado unos aros dorados. Informal veraniego, pero con un punto más cuidado. Podría haber salido de compras con mamá.

Satisfecha con el resultado, cojo un bolso pequeño cruzado, meto el móvil y algo de efectivo y voy al salón.

Un alivio me recorre cuando veo la nota de mamá.

Leni — Me he llevado a papá a cenar. Pásatelo bien esta noche. Te quiero. Mamá

Mi madre es la mejor. Sé que se ha llevado a papá para evitarme más bochorno. Al menos no tendré que presenciar una conversación incómoda entre él y Talon sobre cómo me lleva en su coche a Alberto's.

Espero a Talon en el salón y saco el móvil para deslizar por redes sin pensar, cuando un mensaje entrante me deja helada.

CRAIG

Leni, ¿ya estás lista para hablar?

El corazón se me acelera al ver su nombre. Leo el mensaje varias veces, como si hubiera un significado oculto. ¿Lo hay?

CRAIG

No puedes evitarme para siempre, cariño. Sé que discutimos, pero irte fue un error. Dejarlo fue un error.

Las lágrimas me punzan en las comisuras de los ojos. El estómago se me hunde y el corazón me sube hasta la garganta. Las manos me tiemblan y las palabras en la pantalla se vuelven borrosas.

Debería bloquear su número. He intentado bloquearlo. Pero hay algo en cortarlo por completo que me aterra. Si cierro la vía de

comunicación, ¿vendrá a buscarme? Y, si lo hace, no tendré aviso. No lo sospecharé. De algún modo, recibir sus mensajes y poder intuir su estado mental me da una mínima tranquilidad: está en Nueva York, no aquí.

Pero ¿se rendirá alguna vez? ¿O mi decisión se ha convertido en un nuevo desafío para él?

Parpadeo rápido y logro contener el llanto.

Fuera, se oye cerrarse la puerta de un coche.

Parpadeo más deprisa, paso la palma por la tela de mi vestido.

¿Por qué hace esto ahora? ¿Por qué reaparece justo cuando estoy a punto de avanzar?

Los nervios me recorren las extremidades y un escalofrío me baja por la espalda. El pulgar flota sobre el teclado.

Si le contesto y le digo otra vez que se acabó, ¿servirá para que lo acepte? ¿O lo empujará a presentarse aquí?

CRAIG

Te necesito, nena. Dame la oportunidad de luchar por nosotros. Llámame.

—Jesús… —murmuro, impactada por esa confesión.

Te necesito.

¿De verdad? ¿Podría ayudarle a buscar ayuda?

¡No!

Niego con la cabeza, intentando frenar mis pensamientos.

El pulgar se desliza por su nombre en la pantalla y oigo su voz en mi mente.

Te quiero, Leni. Un día serás mi mujer.

Le creí.

Me froto el interior de la muñeca izquierda, un dolor fantasma florece bajo la piel. Antes de que el recuerdo de aquella noche me atrape por completo, suena el timbre y doy un salto. El móvil se me cae al suelo y maldigo, agachándome a recogerlo.

Cierro el puño para frenar el temblor de los dedos.

Espabila, Strauss.

Me doy ánimos en silencio, guardo el móvil en el bolso, enderezo los hombros y camino hacia la puerta. La abro… y me quedo sin palabras cuando Talon se gira en el porche para mirarme.

Lleva unos vaqueros claros, unas Nike y una camiseta de cuello en V gris jaspeado, finísima. Se ve relajado. Seguro. Ridículamente guapo.

—Hola, Len —sonríe.

—H-hola, Talon —balbuceo. Me tiembla la voz y aprieto el bolso con más fuerza.

Frunce el ceño.

—¿Estás bien?

Me aclaro la garganta.

—Sí. Sí —corrijo, y se me escapa una risa forzada. Ajusto la correa del bolso sobre el hombro. A la altura de mi cadera, el móvil vibra con otro mensaje entrante.

Me cuesta horrores no sacarlo para mirar. ¿Es Craig? En el fondo, sé que sí. Y sé que, aunque aún no haya explotado, está cerca de hacerlo, porque no he contestado a ninguno de sus mensajes. Verá que lo dejo en leído y será un golpe a su ego.

Hace un mes, jamás me habría atrevido a no responder.

Pero ahora, con Talon delante de mí, confuso y ligeramente preocupado, me obligo a salir al porche, cerrar la puerta con llave y apartar a Craig de mi mente todo lo que puedo.

Que, siendo sincera, no es demasiado.

Pero es muchísimo más que hace una semana.

Y eso ya es un avance.

6

TALON

ESTÁ NERVIOSA.

Mientras la sigo hasta mi coche, me fijo en lo rígida que lleva la espalda. En cómo aprieta el bolso contra el pecho. Dos veces se lleva la mano al lateral del cuello, como si buscara… ¿qué?

¿Le pone nerviosa pasar tiempo conmigo?

¿Está enfadada con el entrenador?

¿Es otra cosa?

No lo sé. Pero su reacción me inquieta y no tengo ni idea de como lidiar con ella. Dentro de dos semanas y media voy a pasar un fin de semana entero con esta mujer y no sé absolutamente nada de ella. Salvo que, aunque es fácil hablar con ella, es mucho más difícil de descifrar que cualquier otra mujer con la que haya salido.

Es cálida y distante al mismo tiempo. Peculiar y disciplinada. Dulce y reservada. La Leni que es en la piscina —solo nosotros dos— no tiene nada que ver con la versión ansiosa que aparece cuando hay más gente alrededor, como en la heladería abarrotada. Veo destellos de dos Lenis: una encaja con todo lo que el entrenador me contó; la otra contradice sus historias.

Últimamente mi hija no es ella misma.

Saber que el entrenador y Vicki están preocupados por ella despierta también mi propia preocupación.

Leni se mete en el asiento del copiloto de mi SUV y yo rodeo el coche para sentarme al volante. La miro al arrancar el motor.

—¿Seguro que estás bien?

Se abrocha el cinturón antes de mirarme. Su sonrisa es tensa y esos ojos azules —joder, qué azules— están protegidos tras una barrera invisible.

—Sí. Sí, estoy bien.

Alzo una ceja, escéptico.

—Me encanta el Alberto's —empieza a hablar deprisa, claramente cambiando de tema.

Resoplo y salgo del aparcamiento del entrenador hacia la carretera principal.

—Está guay. ¿Vas desde hace años?

—Desde el instituto —confirma.

—¿Lo echabas de menos? Cuando estabas en Nueva York —pregunto, intentando que la conversación fluya.

Lo del helado fue fácil. Natural. Pero esta noche hay algo raro y no sé qué coño es.

Por eso no me meto en estas cosas. Las mujeres son complicadas y eso significa distracciones. No soy el tipo que se pone a analizar estados de ánimo. Lo mío es ligero. Fugaz. Temporal.

Y tampoco es que tenga amigas cercanas que me hayan dado un manual secreto sobre el cerebro femenino. Siempre he sido más feliz estando alejado.

Al menos, hasta ahora.

Mentiría si dijera que Leni no me intriga.

—Sí —responde en un suspiro.

Y en esa exhalación parece que se le escapa el peso del mundo.

—¿Por eso volviste? —insisto.

Gira la cabeza hacia mí de golpe y entrecierra los ojos. La miro, confundido por su reacción.

—Sí. ¿Por qué si no iba a volver? —suena a la defensiva.

Me encojo de hombros.

—Solo intento conocerte, Leni.

Suspira otra vez, más fuerte.

—Lo sé. Yo… lo siento, Talon. La verdad es que me da muchísima vergüenza que mi padre te llamara por lo del fin de semana del cumpleaños de Marlowe. Y sé que esto —hace un gesto entre los dos— es que te sientes mal por mí y…

—No me das pena —la interrumpo.

Se echa ligeramente hacia atrás.

—¿Ah, no? ¿Esto no es una cena por lástima?

—No —digo, y lo digo en serio—. Esto soy yo intentando conocerte de verdad para que en el lago podamos pasarlo bien en vez de estar incómodos. Sabes cómo es mi vida, Len. No tengo mucho tiempo libre. Si me cae un fin de semana gratis en una casa en el lago en pleno verano, no pienso desperdiciarlo. Quiero disfrutarlo.

Se aprieta los labios, valorando mis palabras.

—¿Quieres ir?

—Claro. ¿Por qué no?

—¿Y no estás enfadado porque mi padre te haya metido en esto? —se señala a sí misma como si fuera una molestia. Como si fuera un problema.

Y una parte de mí odia que piense así de sí misma.

—Mira —digo mientras giro a la derecha y entro en el aparcamiento de Alberto's—. Tu padre ha hecho mucho por mí. Profesional y personalmente. A casi cualquier cosa que me pidiera le diría que sí, sin pensarlo. Pero pasar un fin de semana contigo, nadar en un lago y tomarme una cerveza… no es ningún sacrificio, Leni.

Aparco, apago el motor y me giro hacia ella.

—Así que, ¿podemos cortar ya esta incomodidad rara y comer tacos? Prefiero llegar al lago como amigos.

—Amigos —repite, probando la palabra.

No sé si le alivia o le decepciona la etiqueta, pero es lo más sensato. Sí, es preciosa. Sí, es dulce. Y si la hubiera conocido en cualquier otro sitio que no fuera Knoxville, probablemente estaría intentando llevármela a la cama.

Pero es la hija del entrenador. Estoy a punto de empezar la temporada. Y sé perfectamente que no se caga donde se come.

—Amigos —confirmo.

Sonríe. Es la primera sonrisa de verdad que me regala en toda la noche.

—Me gusta.

—Genial. Vamos, hoy ha sido brutal y me muero de hambre.

Abro la puerta del conductor.

Nos encontramos en la parte trasera del coche y entramos juntos en Alberto's. Está a reventar, mesas casi llenas y conversaciones altas por todas partes. Las paredes están pintadas de colores vivos, con calaveras mexicanas decorando el local.

Veo una mesa alta libre en un lateral y espero que podamos pillarla antes de que algún grupo del bar se nos adelante.

—¡Oh, Dios mío! —chilla una mujer, agitándonos la mano—. ¡Leni! ¡No sabía que venías a cenar!

Sus ojos saltan hacia mí y la boca se le abre de par en par.

—¡Joder! ¿Es Talon Miller?

A mi lado, Leni se tensa. Todo el estrés que parecía haberse disipado en el coche vuelve de golpe. Tiene los omóplatos tan rígidos que casi podrían tocarse.

Apoyo la mano en su zona lumbar, intentando tranquilizarla.

Se estremece.

Retiro la mano al instante. Sus ojos se clavan en los míos, llenos de horror.

—Perdón —decimos los dos a la vez.

Niego con la cabeza.

—Perdón —repito, incómodo. La he puesto nerviosa. ¿Y ahora qué?

—¡Venid con nosotros! —La mujer se lanza hacia Leni y la abraza con fuerza. Luego se vuelve hacia mí—. Hola. Soy Marlowe.

—La cumpleañera —deduzco.

Marlowe irradia felicidad.

—¡Sí! —chilla, dando pequeños saltitos—. ¿Vas a venir a mi fiesta?

Recupero el aplomo y esbozo una sonrisa ladeada.

—No me la perdería. Leni me ha invitado.

—¡Leni! —vuelve a gritar. Dios, es escandalosa. O… entrecierro los ojos… va un poco borracha—. No me lo habías dicho.

—Espero que no te importe —dice Leni.

Su amiga frunce el ceño.

—¿Importarme? ¿Estás loca? —Se ríe y me mira de nuevo—. Me encantaría que vinieras, Talon.

—Gracias.

Mi atención se desvía hacia el tío que aparece detrás de ella. Su cara es justo lo contrario de entusiasmo.

—Cariño —dice Marlowe, agarrándole el antebrazo—. Leni trae a Talon al lago. ¿No es genial?

—Hola, Toby —saluda Leni, levantando la mano con poco ánimo.

—¿Ahora sales con jugadores de fútbol, Len? —pregunta Toby, ignorándome por completo. Sus ojos se clavan en ella como si le debiera explicaciones.

¿Y eso a qué viene?

Abro más la postura y cruzo los brazos sobre el pecho. No pretendo gustarle a todo el mundo, pero este tío ni siquiera me conoce. Ignorarme así es… raro de cojones. Aun así, le tiendo la mano.

—Talon.

Mira mi mano un segundo antes de estrecharla. Apretón flojo.

—Toby.

—Es mi novio —dice Marlowe, dando otro saltito. Confirmado: va borracha.

—Tengo ganas de ir a tu fiesta —le digo—. Vamos a pedir algo.

—Deberíais sentaros con nosotros —insiste, señalando una mesa del fondo donde hay otro tío sentado. Este saluda con naturalidad y Leni le devuelve el gesto con una sonrisa.

El segundo parece majo, pero no me apetece cenar en grupo con desconocidos.

Quiero hablar con Leni. Que cada minuto me desconcierta un poco más.

Marlowe sigue parloteando mientras Toby frunce el ceño cada vez más. Intento descifrar la dinámica entre ellos. Es rara de cojones.

—¡Oh, Dios mío! ¿Es una cita? —pregunta Marlowe, alternando la mirada entre Leni y yo.

Rectifico: no va un poco borracha. Va borracha perdida. Esa pregunta directa no entra dentro del código de amigas.

Decido que no quiero seguir en esa conversación ni un segundo más y cojo la mano de Leni.

—Demasiado pronto para decirlo, Marlowe. Vamos a sentarnos, ¿vale? Ahora nos vemos.

—¡Claro! —Le agarra el otro brazo a Leni y suelta un gritito extraño, agitando las manos—. Llámame luego.

—Lo haré —promete Leni.

Toby no dice nada. De hecho, le lanza una mirada a Leni que roza el desprecio. Como si le molestara que esté aquí.

Hago una señal a un camarero y nos acomodamos en la mesa alta.

Leni coge una carta.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto, señalando con la barbilla hacia Toby.

—¿El qué? —Sigue mi mirada—. Ah. Es Toby.

—Es un capullo.

Sus ojos se abren y suelta una carcajada.

—Lo es —asiente—. Es un capullo enorme. Pero Marlowe es mi mejor amiga, así que…

—Haces como que todo bien.

—Lo intento —admite—. Su primo Keller, el otro chico de la mesa, lo lleva mucho mejor que yo. La mayoría de las veces tengo que morderme la lengua para no perder los papeles con Toby. Mar merece algo mejor. Pero llevan juntos desde el instituto… hay mucha historia ahí.

—Ya…

Cojo la carta, pero hay algo más. Algo que no sé identificar. Y por primera vez, creo que el entrenador puede tener razón. No lo llamaría intuición paternal, pero tampoco me haría gracia que Leni pasara un fin de semana en una casa en el lago con un tipo así rondando.

Así que es bueno que vaya.

7

LENI

—¿CUÁL es tu color favorito? —pregunto después de dar un trago largo a mi Coca-Cola Light. Me recuesto en la silla y sonrío al ver cómo Talon también bebe de la suya.

Cuando la pidió —y no eligió cerveza, como hace siempre Toby, ni whisky, como hacía siempre Craig— sentí cómo la tensión se me escurría de los hombros. Una tensión que ni siquiera sabía que estaba cargando hasta ese instante.

—Azul. ¿El tuyo?

—Verde —admito.

—¿Tu grupo favorito?

—The Burnt Clovers.

Se ríe.

—Sabes que West los conoce, ¿no?

—¡No me digas! —casi chilló, antes de fruncir el ceño cuando un recuerdo se cuela en mi mente—. Sé que Derek Reiner estuvo en la Super Bowl, pero…

Me quedo a medias, intentando recomponer lo que papá —o quizá Lincoln— me contó.

—Sí. Nova es íntima de su novia, Allegra.

Chasqueo los dedos y lo señalo cuando encajan las piezas.

—¡Eso! Lincoln me lo dijo.

—A veces tocan en Tennessee —añade.

Asiento.

—Me acordaré. Me encantaría verlos en directo.

—No he ido a muchos conciertos —admite Talon.

—¿En serio? —me inclino hacia delante—. Lincoln y yo hicimos un viaje a Irlanda hace unos veranos. Había música en directo por todas partes, saliendo de los pubs y llenando las calles. Fue maravilloso —suspiro, recordando la ligereza de aquel verano. La sencillez. La libertad. El simplemente estar. Disfrutar sin condiciones ni expectativas enredadas alrededor.

Hace muchísimo que no me siento así.

Pensar en ese viaje me hace echar de menos a mi hermana. Cuando me fui aislando de mi familia y amigos, casi también corté con Lincoln.

No porque quisiera, sino porque, en el fondo, sabía que ella lo descubriría. Siempre ha sido más lista que yo.

—Irlanda… —murmura Talon, devolviéndome al presente. Entrecierra los ojos—. Creo que mi madre era irlandesa. O quizá escocesa.

—¿Crees? —se me escapa antes de darme cuenta de lo brusca que suena la pregunta.

Talon se encoge de hombros, restándole importancia.

—Crecí en el sistema.

Frunzo el ceño, intentando entender.

—¿En… acogida? —pregunto despacio.

—Sí. En acogida.

Siento que se me oprime el pecho. No sé casi nada de Talon. ¿Dónde están sus padres? ¿Qué pasó con su familia?

—¿Durante cuánto tiempo? —acabo preguntando.

—Desde los tres años hasta que cumplí la mayoría de edad.

—¿A los dieciocho? —confirmo, haciendo el cálculo mental. Quince años.

Quince años en el sistema de acogida.

¿Estuvo con una sola familia? ¿Tiene hermanos de acogida con los que aún habla? No añade nada más y no sé muy bien cómo formular la siguiente pregunta.

Talon asiente. Lo que sea que lea en mi cara lo lleva a inclinarse sobre la mesa y agarrarme suavemente de la muñeca.

—No me mires con pena, Radiante Leni. No fue todo malo.

—No… no lo hago —me apresuro a decir. Odio que me miren con lástima. Odio que intenten comparar mi ruptura con Craig con sus propias historias sin tener ni idea de lo que realmente implicaba. La ruptura fue solo la punta del iceberg, y lo que había debajo era enorme y peligroso. Lo último que quiero es que Talon piense que lo compadezco. O, peor aún, que lo juzgo.

—Encontré el fútbol —continúa, y sé que no termina de creerme —. Encontré una familia en mi equipo.

Su pulgar me roza la piel justo encima de mi muñeca. El gesto es suave. Cálido. No anticipa dolor.

—Mi padre… —murmuro.

—Tu padre ha hecho mucho por mí —me recuerda.

—¿Sigues en contacto con alguna de tus familias de acogida? —pregunto, intentando comprender.

Talon niega con la cabeza. Sus labios se curvan en una media sonrisa que no llega a sus ojos.

Me aclaro la garganta, preguntándome cómo ha logrado Talon avanzar en la vida, tener éxito, sin una familia que lo guiara. La mía ha sido siempre mis cimientos. Y aquí estoy yo, apartándolos.

—No me mires con lástima —murmura.

Parpadeo y recompongo el gesto.

—Entonces puede que seas irlandés —digo, intentando reconducir la conversación. Lo último que quiero es incomodarlo.

Se ríe con suavidad, agradeciendo el cambio de tema.

—Puede ser.

—Tienes que ir a un concierto —decido.

Talon sonríe y sus dedos se cierran con suavidad alrededor de mi muñeca.

—¿Y qué? ¿Si me gusta resulta que soy irlandés?

Me encojo de hombros, riendo con él.

—No lo sé. Igual dice algo sobre tus raíces. —Alzo las cejas—. ¿Has hecho alguna vez una de esas pruebas de ADN para saber tu ascendencia? Podría ser…

—No —me corta, negando con la cabeza. La risa desaparece y en su lugar queda una seriedad que no entiendo—. Nunca lo he hecho.

Modula el tono, pero la tensión está ahí.

Aprieto los labios, mis ojos formulando la pregunta que no me atrevo a verbalizar: ¿por qué?

Suspira. Niega de nuevo y se recuesta en la silla, soltando mi muñeca. Pasa un segundo. Las conversaciones a nuestro alrededor suenan más altas en Alberto's mientras él permanece callado. Después se inclina hacia delante y admite:

—Nadie me quiso. Después de que mi madre… después de que perdiera la custodia, nadie dio un paso al frente como familiar. Si hago la prueba y sale una coincidencia… un abuelo, una tía, un tío… —Su voz se apaga—. He hecho las paces con mi vida. No quiero volver atrás y remover cosas que ya he enterrado.

Su tono es firme, pero las palabras rezuman una honestidad, una vulnerabilidad que me sorprende. No pensaba que se fuese a abrir así. Y lo ha hecho conmigo.

¿Qué significa eso?

Esto ya no es solo un jugador haciéndole un favor a mi padre. Es un hombre confiándome algo íntimo… y ahora busca en mis ojos qué, exactamente. ¿Comprensión? ¿Aceptación?

Esta vez soy yo quien cruza la mesa. Entrelazo mis dedos con los suyos y presiono nuestras palmas, dejando que el gesto hable por mí.

—Siento que te perdieras lo que pudo o debió ser. Y siento si me he metido donde no debía. Me pareces increíble, Talon.

Bufa, y yo aprieto un poco más su mano.

—Ojalá yo tuviera el valor de hablar de las cosas que intento dejar atrás.

Sus ojos se entrecierran y un músculo le palpita en la mandíbula.

—Gracias por invitarme esta noche —añado, dejando que mi sinceridad impregne cada palabra. Esto es mucho más que una cena. Para mí, es otro paso que nunca pensé que daría. Que Talon lleve la conversación más allá de la superficie, que confíe en mí así, sana un poco las heridas que Craig dejó.

No soy un fracaso en todo. En algunas cosas… soy suficiente.

Talon inclina la cabeza y se aclara la garganta. Luego señala con la barbilla hacia la camarera que se acerca.

—Ahí vienen los tacos. ¿Qué es lo primero de tu lista de cosas por hacer antes de morir?

Me muerdo el labio inferior. Sé que estábamos entrando en terreno delicado y ahora necesitamos un poco de ligereza.

—Gracias —le sonrío a la camarera cuando deja los platos.

Talon le da un bocado enorme a su taco y gime de puro gusto.

—Es lo mejor de aquí —coincido, dando un mordisco al mío. El punto justo de picante. Ingredientes frescos. Una maravilla—. Ver la aurora boreal —respondo a su pregunta.

Alza la vista.

—¿La aurora boreal? ¿Cuando el cielo cambia de color?

—Sí —digo, masticando otro bocado—. Hay sitios por encima del Círculo Polar Ártico donde puedes alojarte en iglús o cúpulas transparentes y ver las luces desde la cama. —Me inclino hacia él, la emoción recorriéndome las venas. Siempre he querido ver el espectáculo de luces más impresionante del planeta. Cuando le conté a Craig que quería ver la aurora boreal, puso los ojos en blanco y dijo que parecía una niña que nunca había tenido que ganarse sus propias experiencias. Pero Talon me mira con interés, incluso con algo parecido a admiración—. Puedes llegar en trineo tirado por renos o en moto de nieve. Incluso hacer esquí o caminar con raquetas. Y por la noche miras hacia arriba, a través del techo, y solo… lo contemplas todo. Me encantaría vivir algo así.

—Guau… —exhala Talon, sin apartar la mirada de la mía—. N-no sabía ni que eso existiera.

Asiento y doy otro bocado a mi taco.

—Creo que sería increíble.

Talon asiente despacio.

—Nunca había conocido a alguien como tú, Leni.

Me sorprende tanto que, durante un segundo, no sé si tomármelo como algo bueno o malo.

—¿Te gustan los tacos? —pregunta, cambiando de tema otra vez.

—Están buenísimos —admito.

La conversación fluye con naturalidad, casi sin esfuerzo. De hecho, con ese nuevo hilo de confianza que parece unirnos, se siente más como una cita que como dos amigos cenando.

Se siente como el nuevo comienzo que llevo tanto tiempo deseando.

Pedimos postre, compartimos anécdotas divertidas y hablamos del equipo y de Knoxville.

Talon me deja en casa de mis padres y me desea buenas noches levantando la mano, con esa sonrisa ladeada que ya empiezo a reconocer.

Me muerdo el labio al subir los escalones del porche y me giro para devolverle un pequeño saludo antes de entrar. Una parte de mí siente que flota. El rato con Talon me ha dejado aturdida, ligera, casi eufórica.

Mis padres ya duermen, así que me preparo para acostarme. Cuando me meto bajo las sábanas y miro el móvil, reaparecen los mensajes de Craig. Durante unas horas casi me había olvidado de ellos. De él.

El recuerdo me atraviesa como una ráfaga fría, sustituyendo el calor que me dejó la velada con Talon.

CRAIG

No voy a esperar eternamente, Leni.

Sabes que no soy un hombre paciente.

Pero por ti lo estoy intentando.

Estamos hechos el uno para el otro, Leni. No voy a dejarte ir así sin más.

Niego con la cabeza, dejo el móvil boca abajo y no contesto.

La noche ha sido buena y estoy orgullosa de no permitir que Craig la arruine.

Me duermo sintiéndome más plena, más ligera, de lo que me he sentido en muchísimo tiempo.

Justo antes de quedarme dormida, caigo en cuenta de que no le pregunté a Talon cuál es su mayor sueño pendiente. O si siquiera tiene una lista.

—Y EL SEÑOR Stanson hará el discurso de apertura —explica Marylee mientras el resto de mujeres baja la vista a sus carpetas y toma notas.

—¿Y el señor McIntyre? —pregunta Anna Louise.

El silencio cae sobre el grupo. Me incorporo un poco más en la silla. El nombre del abuelo de Marlowe despierta mi curiosidad.

Marylee mira alrededor antes de bajar la voz.

—No va a asistir.

Sarah Gilbert jadea.

Margaret Jeffries niega con la cabeza, con gesto de desaprobación.

—Por el escándalo.

¿Escándalo?

Miro a mamá. Tiene la misma expresión de desconcierto que yo.

Marlowe no me ha dicho nada de ningún escándalo…

Mamá se inclina hacia delante y, como una ráfaga de viento, mi cuerpo la imita.

—Su nieta… —empieza Marylee.

—¿Marlowe? —pregunta mamá.

—Adeline —aclara Anna Louise. La hermana pequeña de Marlowe.

—Lo pilló poniéndole las manos encima a Samantha —continúa Marylee.

—Su tercera esposa —añade Anna Louise, mirándonos a mamá y a mí para ponernos al día. Aunque ya lo sabía. Marlowe estaba horrorizada cuando su abuelo se casó con Samantha, una mujer "¡solo ocho años mayor que yo!", había llorado.

El cuerpo de mamá se encorva, como si la noticia fuera un golpe físico. Y lo es. Siempre lo es.

A mí me atraviesa el pecho. Sin darme cuenta, mis dedos buscan el lateral de mi cuello, rozan la clavícula.

Los mensajes ignorados de Craig cruzan mi mente. Seguro que está hirviendo de rabia.

El señor McIntyre golpeó a su mujer.

Niego con la cabeza, incrédula, recordando todas las cenas en su casa.

¿Por qué no me lo contó Marlowe?

—El señor Stanson lo apartó —apunta Sarah, aunque no parece del todo segura.

—Y bien hecho —declara Anna Louise, sin el menor asomo de arrepentimiento por el lenguaje.

Y no debería tenerlo.

Nadie debería.

El señor McIntyre golpeó a su joven esposa. Y Adeline lo vio.

Nudos apretados me retuercen el estómago y una náusea me sube hasta la garganta.

Entrelazo las manos en mi regazo, como si al presionar las palmas pudiera evitar desmoronarme.

—¿Adeline seguirá asistiendo? —susurra mamá, probablemente con la esperanza de que no la estén castigando por la metedura de pata de su abuelo.

—No sabía que Adi hubiera recibido invitación —murmuro.

Marylee me dedica una sonrisa suave.

—Llevas mucho tiempo fuera, Leni.

A mi lado, mamá busca mi mano y dejo que la tome. Las cosas ya no son como antes.

—El viejo McIntyre quiso enviarla a un internado en cuanto ocurrió todo, pero Marlowe se plantó —dice Anna Louise, golpeando la mesa con el puño para remarcarlo.

—Anna Louise —la reprende Sarah con suavidad.

—Perdón. —No parece arrepentida en absoluto.

—¿Marlowe intervino? —pregunto, preguntándome por qué mi amiga no me ha contado… nada de esto.

¿Y tú has sido sincera con ella?

Aparto esa verdad incómoda.

—Claro que sí. Ella misma está llevando a Adeline a los ensayos del baile —confirma Marylee.

—Es buena hermana —añade Sarah.

—¿Y qué pasa con…? —empiezo a preguntar por la madre de Marlowe, pero mamá aprieta mis dedos y me trago el resto. Estamos hablando de cosas que no se mencionan abiertamente en el club.

Al menos no sin un par de martinis de por medio.

Marylee me mira con los ojos llenos de tristeza.

¿Cuántas mujeres aquí han sufrido a manos de novios, maridos o familiares? Recorro la mesa con la mirada y detesto el peso que flota sobre ella. Sobre nosotras.

Porque todas conocemos a alguien.

Y en mi caso… se me cierra la garganta y clavo las uñas en las palmas.

Marylee se aclara la voz.

—El señor Stanson hará el discurso de apertura.

—Bien —asiente Sarah.

Y retomamos la reunión. El orden del día. La ceremonia.

Hablamos de centros de flores y mantelería.

Pero una piedra cae en mi estómago y se queda ahí el resto del día.

Me pesa en las extremidades y me nubla la mente. Tanto que, después de la larga reunión y el almuerzo con las señoras, me cambio al bañador, preparo una bolsa y voy a la piscina.

Cuando salgo del vestuario y me acerco a las calles, dos ojos gris verdoso se cruzan con los míos y sonrío.

Por primera vez en todo el día, parte de la presión se afloja. Parte de la culpa por no saber lo que Marlowe ha estado gestionando se aligera.

Talon Miller sonríe y el corazón me da un maldito vuelco.

—Hola, Radiante Leni —saluda, apoyado en el borde de la piscina como si estuviera recostado en un sofá.

—Qué sorpresa verte por aquí —digo, acercándome.

Me siento en el borde, con el agua rozándome los dedos de los pies.

Talon sonríe ladeado.

—De sorprendente no tengo nada —bromea.

Pero percibo la seriedad en sus ojos.

Es relajado, cercano, carismático.

Y aun así, en su tono hay un deje de algo más. ¿Arrepentimiento? ¿Disculpa?

—Lo sorprendente está sobrevalorado —me encojo de hombros, todavía pensando en el abuelo McIntyre.

Inclina la cabeza y me mira desde el agua.

—¿Ah, sí? —murmura, antes de cogerme la mano.

Antes de que pueda descifrar lo que quiere decir, tira de mí y medio caigo, medio salto a la piscina.

—¡Talon! —resoplo, sacudiéndome el agua de los ojos y golpeándole el hombro.

—¿Necesitas calentar, Leni?

—¿Calentar? —protesto—. ¿Para qué?

—¿Lista para una carrera?

—¿Tú? —me río—. No tienes ninguna posibilidad, Miller.

Sonríe y flexiona los músculos de forma exagerada. Provocadora. Deliciosa.

—¿Te atreves a demostrarlo?

Me agarro al borde, intrigada.

—¿Qué propones?

—Una apuesta amistosa. —Sus ojos brillan.

—¿Cómo de amistosa?

Y cómo chispean los suyos.

—Si gano, me dejas invitarte a salir mañana por la noche.

El pulso se me dispara.

¿Es otra "cita de amigos"? ¿Para preparar el fin de semana?

¿O… es algo más?

Mis piernas patalean bajo el agua. La esperanza me llena el pecho y aspiro aire para calmarla.

Talon alza una ceja… esperando.

Me aclaro la garganta.

—Y cuando yo gane…

Se ríe por la seguridad en mi tono y tira suavemente de la punta de mi coleta.

—Tú eliges el restaurante. —Me pasa el gorro de natación—. Prepárate, Radiante Leni. Salimos en diez.

—¿Qué? —niego con la cabeza.

—Nueve —empieza a contar.

Me coloco el gorro a toda prisa y ajusto las gafas.

—Tres, dos… —Se pone las suyas y adoptamos posición—. ¡Uno! ¡Ya!

Me impulso desde la pared y nado con todas mis fuerzas.

Pero no estoy loca por ganar.

Porque, pase lo que pase, salgo ganando.

Significa otra noche con él.

8

TALON

—¡HAS hecho trampas! —la acuso cuando toco la pared una brazada después que ella.

Se ríe.

—No dejes que Freddy te oiga decir eso. Te buscarías una pelea.

—¿Freddy? —niego con la cabeza mientras me quito las gafas.

Leni se sonroja.

—Es como mis amigos llaman a papá —admite.

Alzo las cejas.

—¿Freddy? —resoplo, incapaz de ver al entrenador Strauss como otra cosa que no sea el entrenador.

Leni se ríe por lo bajo, llevándose la mano a la boca con una dulzura casi inocente.

Dios… qué mona es.

¡Deja de coquetear con ella!

Pero no puedo. Estar con Leni, hablar, bromear, pasar el rato… es lo más natural que me he sentido nunca con una mujer. Con ella todo fluye. A veces, de una forma inquietantemente sencilla. Me descubro contándole cosas que mis compañeros más cercanos no saben.

—Te he ganado con todas las de la ley —dice, clavándome el dedo índice en el pecho.

Me inclino sobre el separador de la calle y tiro de ella para acercarla.

—¿Con todas las de la ley? —repito—. ¿Quién habla así?

Vuelve a ruborizarse, esta vez más intensamente. Como si de verdad le diera vergüenza.

—Yo —replica.

Resoplo y niego con la cabeza.

—Tú —confirmo—. Te llevaré donde quieras, Len. Dime tu restaurante favorito. Tu comida favorita. Lo que te apetezca.

Se queda pensativa unos segundos.

—¿Tienes alguna alergia?

—No —respondo.

—¿Vives solo?

Frunce el ceño y durante un instante no logro descifrar su expresión.

—Sí.

Inhala despacio y me sostiene la mirada varios segundos. Un leve rubor le calienta las mejillas.

Espero a que continúe. Mis ojos recorren su rostro buscando una pista de lo que va a decir. Bajo la vista a sus labios y al instante me arrepiento. Están entreabiertos, rosados, suaves… casi suplicando un beso.

—Mi comida favorita es el schnitzel. Es la receta de mi abuela y uno de los pocos platos que me salen realmente bien. —Se muerde el labio inferior, llena de dudas, y me obligo a parpadear—. Puedo prepararlo para nosotros. Pero…

—¿Quieres cocinar para mí? —la interrumpo, sintiendo un golpe seco detrás del esternón.

Nadie ha cocinado nunca para mí. Bueno, salvo los distintos padres de acogida que fueron pasando por mi vida —la mayoría limitándose a cumplir lo mínimo para que no me muriera de hambre — y alguna cena de equipo organizada por un entrenador o los padres de un compañero. Pero que alguien prepare una comida específicamente para mí… eso no.

Leni se quita el gorro de natación y lo aprieta en el puño. El pelo cae sobre sus hombros, enmarcándole el rostro.

Endereza los hombros, se aclara la garganta, como si reuniera valor.

—Sí. Me gustaría cocinar para ti, Talon.

Casi me ahogo en sus ojos. Mi mirada salta de uno a otro, como si buscara un motivo oculto. Algo.

¿Por qué esta mujer, que está a años luz de mi alcance, querría hacer algo… bonito por mí? Sobre todo después de haber ganado la carrera. La apuesta.

—¿Puedes venir mañana a las siete? —Mi voz suena más grave que hace un minuto.

Leni asiente con solemnidad.

Un silencio se instala entre nosotros y no sé cómo frenar esto. Ya no es solo flirteo. Estamos entrando en terreno peligroso.

Me aclaro la garganta. Ella rompe el contacto visual y mira hacia abajo.

—Envíame la lista de ingredientes y…

—Llevaré todo lo que necesite —me corta.

—Por favor, Len —murmuro. Necesito aportar algo a uno de los gestos más amables que he recibido jamás. Nunca una mujer había sido tan… considerada conmigo—. Pásame la lista y compraré los ingredientes. ¿Vale?

Levanta la vista, sostiene mi mirada y asiente.

—Vale —confirmo.

Alargo la mano y aparto un mechón de pelo detrás de su hombro. Enredo el cabello rubio alrededor de mi dedo índice, observando los distintos tonos de luz. Platino y miel. Oro y champán.

Joder. ¿Qué estoy haciendo? Tocándola de esta manera. Tocándola, punto.

—Vale —repito en voz baja, como un maldito loro.

Coloco el mechón tras su oreja. Mi pulgar roza el lóbulo y presiona ligeramente el pequeño pendiente plateado en forma de estrella. Ella aspira aire y, sin darse cuenta, se inclina hacia mi mano. Como si no pudiera evitarlo. Como si me deseara igual que yo a ella.

Me obligo a bajar la mano. A apartar la mirada. Necesito distancia. Necesito salir de aquí.

Salgo del agua de un impulso y sacudo el exceso.

—Será mejor que te deje hacer tus largos —murmuro—. ¿Tienes mi número?

Idiota. Fui yo quien le escribió primero.

Leni me mira de abajo arriba. Se muerde el labio inferior y mi polla se despierta al instante. El bañador mojado no deja nada a la imaginación.

Sus ojos se entornan ligeramente. Es deseo puro. Hambre. Necesidad.

Maldita sea.

—Tengo tu número —confirma. Hay algo en su tono. Una promesa.

Me paso la mano por el pelo. Necesito ir al vestuario.

—Entonces… nos vemos mañana, Radiante Leni.

—A las siete.

—A las siete. —Retrocedo un paso.

Cuando me alejo media calle, me obligo a darme la vuelta.

Luego me meto en el vestuario y aspiro una bocanada de aire.

Estoy jugando con fuego. Y no hablo de quemarme. Estoy a punto de prenderle fuego a todo por lo que he trabajado.

Y aun así…

No veo la hora de que llegue la cena de mañana.

Quiere cocinar para mí.

CALLAWAY

¿Alguien se apunta a una copa?

ALZO UNA CEJA, sorprendido de que nuestro capitán quiera ir a por una cerveza con el segundo partido de pretemporada a la vuelta de la esquina.

CAMPBELL

¿Una copa?

Entro en la conversación.

TALON

¿En plan… un té?

QUINCY

Yo me tomaría un espresso.

GUTIERREZ

¿Todo bien, Callaway?

BAGLIONE

Quincy, ¿quieres un pastelito para ese espresso?

CAMPBELL

😂😂😂

QUINCY

🖕

CALLAWAY

¿Corks?

BAGLIONE

Vaya. Nada de espresso para el señorito.

QUINCY

El señorito iba en serio con el espresso. Me voy a por uno con Harper. Nos vemos mañana.

Suelto una risita. Leo tendrá una conversación mucho más interesante con una de sus amigas de toda la vida, Harper Henderson. Se conocen desde siempre y, casi seguro, el novio de Harper, el jugador de la NHL Damien Barnes, se unirá también.

BAGLIONE

Estoy reventado hoy. Lo siento, bro.

GUTIERREZ

Mi hermana está en la ciudad. La saco a cenar.

CAMPBELL

No te pongas tonto—

CALLAWAY

Ni una palabra sobre mi hermana.

Me río más fuerte. Que Cohen Campbell fuera a por la pequeña Raia Callaway fue una jugada que nadie vio venir. Que Avery lo haya aceptado con tanta naturalidad es todavía más impactante. Aunque, pensándolo bien, que tu mejor amigo —el tío en el que más confías — salga con tu hermana no es lo peor del mundo. Al menos Avery sabe que Cohen adora a Raia y que siempre la tratará como un tesoro.

TALON

Te acompaño, Callaway.

CALLAWAY

En 20 minutos.

TALON

Allí estaré.

Dejo el móvil sobre la isla de la cocina y me dirijo al dormitorio. Me cambio rápido; ya me duché después de la piscina. Desde que volví de nadar, tengo la cabeza embotada, dándole vueltas a cuánto estoy jodiendo mi futuro —mi juego— por enredarme con Leni. Aunque sea algo inocente.

No ha pasado nada.

Quiero decir… un par de miradas a sus labios y ahora… cena.

Dios, ¿en qué coño estoy pensando?

Lo único que tengo en mi vida es el fútbol. Como kicker, mi enfoque mental es casi más importante que mi resistencia física. Mis habilidades en el campo están ligadas al espacio mental que cultivo.

Y ahora mismo, con los partidos de pretemporada, la cobertura mediática intensa y los Coyotes haciendo recortes a diestro y siniestro, es imprescindible que tenga la cabeza en el juego. Literalmente.

Pero lo único en lo que puedo pensar es en Leni cocinándome mañana por la noche. Schnitzel. Una receta familiar.

Ni siquiera sabía qué coño era un schnitzel hasta que conocí a la familia Strauss. Son cultos, viajan, conocen mundo… y yo estoy intentando sobrevivir y mantener mi puesto en el proceso.

El mensaje de Avery es una distracción muy oportuna. Saber que puedo quedar con él en vez de quedarme solo en mi apartamento es algo que agradezco.

Me pongo unos pantalones cortos y una camiseta, me calzo unas sandalias y cojo la cartera y las llaves. Conduzco hasta Corks, me instalo en la barra y pido dos cervezas.

Avery llega unos minutos después, sonriendo al verme.

—Valiente —comenta, señalando con la barbilla la Heineken.

—No hace falta que nos las acabemos —admito. Sé que no bebe mucho en pretemporada. Yo tampoco. Pero esta noche… esta noche necesito la distracción de una cerveza fría.

Avery se ríe y ocupa el taburete a mi lado.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Se encoge de hombros, choca su pinta contra la mía y da un trago.

—Sinceramente… necesitaba salir de casa.

Suspiro.

—Igual que yo.

Avery alza una ceja.

—Creo que tengo una jodida acosadora.

—¿Qué? —resoplo, negando con la cabeza mientras la cerveza que estaba a punto de tragarme me quema la parte trasera de la nariz—. ¿Una acosadora?

—Joder, tío —gruñe Avery.

—¿Es la MILF del Sports Illustrated? —pregunto, recordando a una mujer mayor con la que Avery estuvo liado.

—No. Esto es peor. Es la hermana de una compañera de Raia. —Da un trago largo a la cerveza y frunce el ceño—. La hermana mayor.

—¿Eh?

Avery niega con la cabeza, desconcertado.

—Debe de tener veintiséis. O veintisiete.

—¿Te preocupa? ¿Es… una amenaza?

—No, no es eso. —Hace un gesto con la mano—. Ha venido a varios entrenamientos abiertos al público y… joder, no sé. Debió de conseguir mi dirección por su hermana y… está en todas partes. Hoy estoy seguro de que la he visto en el vestíbulo de mi edificio. Y luego otra vez, esta noche, en la cafetería de la esquina, al lado de casa.

—Eso es raro.

—Lo raro es que no desprende vibras de fan enamorada, en plan "estoy coladísima por un deportista". Es más como si estuviera… curiosa. O haciendo algún tipo de investigación.

—¿Cómo que investigación? —frunzo el ceño. Nunca he oído nada parecido.

—Es como si me estuviera observando. Interesada, sí, pero de una forma… clínica. No tengo la sensación de que quiera liarse conmigo ni nada de eso.

—Vaya… —Doy otro trago a la cerveza, sin saber muy bien qué decir.

Niega con la cabeza.

—Es lo más raro del mundo. Pero parece buena tía. Inofensiva. Todo esto es simplemente… distinto.

—Ya…

—Solo quería salir de casa. —Levanta la cerveza hacia mí—. ¿Y tú? ¿Cuál es tu excusa?

Me encojo de hombros.

—Necesitaba salir de mi cabeza.

—¿Qué te ronda?

—Leni Strauss —admito.

Avery se echa hacia atrás como si le hubiera soltado una bomba. Su expresión pasa de indiferente a alarmada en un segundo.

—¿Estás de coña? —sisea—. ¡La hija del entrenador!

—No es lo que piensas —me apresuro a decir, maldiciéndome mentalmente por ser tan jodidamente imprudente. Pero está en mi mente. Todo el tiempo. Y… no entiendo por qué. No entiendo qué coño está pasando entre nosotros—. El entrenador me pidió que la vigilara un poco.

Las cejas de Avery se juntan.

—¿Te lo pidió?

—Sí. Y… es una tía guay, ¿sabes?

—Sí, ya lo sé. —Me observa con atención, como si intentara leer entre líneas. Pero no hay nada que leer. Estoy soltando pensamientos tal y como me vienen, sin filtro.

Me encojo de hombros.

—Es una amiga.

—Una amiga —repite Avery.

Doy otro trago largo. Tengo que desviar esta conversación. Ya.

—Pero después de conocer a algunos de sus amigos, entiendo por qué el entrenador está preocupado.

Avery se inclina hacia mí, atraído por el filo en mi voz.

—¿Crees que pasa algo?

Me muerdo el labio, pensando.

—No lo sé. Pero hay algo… algo que no cuadra. —La forma en que parece estar conteniéndose. Su regreso repentino a Knoxville desde Nueva York, que según el entrenador era su sueño cuando consiguió aquella beca. La reacción que tuvo ante el novio de su mejor amiga, Toby. Y… lo que me provoca. Ese impulso de protegerla—. Hay… algo. —Ni siquiera yo tengo claro lo que intento decir.

Avery agacha la cabeza, medio derrotado.

—Sí. —Vuelve a mirarme—. Solo asegúrate de que ese "algo" se quede dentro de tus putos pantalones.

Lo miro, entendiendo la advertencia alto y claro.

No te metas con la hija del entrenador. Lo pillo.

Pero no niego lo que insinúa. Porque hay algo entre Leni y yo. Algo que no debería querer y aun así deseo. Algo que no debería sentir y, sin embargo, estoy dejando que crezca.

Es solo una cena. No ha pasado nada. No he cruzado ninguna línea.

Todavía.

Por la expresión en los ojos de Avery, sé que él también lo sabe.

—Joder —murmura—. Usa la cabeza, Miller. No tires por la borda todo lo que has trabajado, todo lo que te has ganado…

—No lo haré —respondo en voz baja, girando el vaso entre las palmas—. Solo estoy pendiente de ella. Eso es todo.

—Sí. —Avery resopla—. Esa ya me la sé.

Seguro que sí. Y aun así, su advertencia no me frena. No como debería.

Nuestra conversación no me distrae.

Paso el resto de la noche pensando en Leni y en la cena de mañana. Aunque esté mal.

Aunque sepa que no debería.

9

LENI

LE ENVIÉ a Talon la lista de ingredientes a primera hora de la mañana.

Me respondió con un check verde, avisándome de que ya había comprado todo lo que necesitamos.

Dios, estoy nerviosa. Me paso las palmas por la falda vaquera. La he combinado con un body verde salvia y unas zapatillas blancas sencillas. Pero mientras subo en el ascensor hacia el piso de Talon, el corazón se me instala en la garganta y los dedos se me clavan en la tela vaquera.

El único hombre para el que he cocinado ha sido Craig, y vivíamos juntos. Era una de sus exigencias. Yo cumplía con mi parte, satisfacía cada uno de sus caprichos. Y aun así, nunca fue suficiente.

Pero esta noche quiero cocinar para Talon. Quiero pasar tiempo con él, lejos de miradas que observen, que juzguen.

Es el último hombre con el que debería salir. No es que esto sea una cita ni nada parecido.

Y, sin embargo, el corazón me revolotea como alas de mariposa contra las costillas y esa anticipación nerviosa que antes adoraba recorrerme vuelve a deslizarse por mi espalda.

¿Podría ser una cita? ¿Somos de verdad amigos? ¿O hay posibilidad de algo más?

Cuando el ascensor se detiene en su planta, suelto un suspiro profundo, recoloco los mechones que se han escapado de mi trenza suelta y me ajusto el bolso —con una botella de vino dentro— al hombro. Después camino hasta su puerta y llamo dos veces.

La abre un segundo después y mis ojos se abren de par en par.

Va vestido informal, con unos vaqueros rotos y una camiseta negra que se le pega a los bíceps, marcándolos sin piedad. Está descalzo. Se apoya en el marco de la puerta, relajado, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—H-hola —balbuceo.

Una sonrisa lenta cruza su rostro precioso.

—Radiante Leni. —Se aparta y me hace un gesto para que entre —. Bienvenida.

Mi mirada recorre el piso. Está impecable. La mesa está puesta para dos, con servilletas azul marino dobladas con cuidado y dos copas de vino.

—He traído vino —digo, señalando las copas.

Talon sonríe.

—Yo también tengo.

Asiento con la cabeza.

—Pero —añade— solo puedo tomar una copa, como mucho.

—Pretemporada —respondo. Me sé todas las normas de memoria. Papá no impone límites estrictos al alcohol, pero deja claro que espera profesionalidad. Moderación. Representar al equipo con cabeza.

—Exacto.

Se acerca para cogerme el bolso del hombro.

—Uf, pesa —murmura.

—El vino —confieso.

Saca la botella y camina hacia la cocina. Yo lo sigo, observando cada rincón, buscando pistas sobre su vida.

No hay ninguna.

Paredes blancas. Muebles sencillos. Todo ordenado. Pero ni una sola foto enmarcada. Ni cuadros. Ni recuerdos sobre las estanterías. Ni siquiera un libro gastado en la mesa de centro.

—¿Hace mucho que vives aquí? —pregunto al entrar en la cocina.

—Unos tres años.

Me sorprende.

Deja el bolso sobre la isla y se gira hacia mí con las palmas abiertas.

—Dame órdenes. Estoy listo para aprender.

Su entusiasmo por cocinar conmigo me relaja al instante. Craig odiaba la cocina. No sabía hacer nada. Ni siquiera estoy segura de que supiera hervir agua.

—Vale —digo—. Empezamos por los ingredientes.

Saca todo de la nevera y lo coloca alineado sobre la encimera. Me lavo las manos y reviso lo que ha comprado para el schnitzel, las patatas y la ensalada de pepino.

Talon sirve dos copas del vino tinto que ya tenía y pone música.

—Toma.

Levanto la vista y capto la incertidumbre que le cruza el rostro.

Siempre parece tan seguro. Tan tranquilo. El hecho de que ahora no lo esté me calma todavía más. Los dos estamos pisando terreno desconocido.

No sé qué estamos haciendo. Solo sé que se siente bien.

Me siento… mejor… cuando estoy con él.

—Gracias.

Levanta la copa.

—Por ti, Leni. Por tu nuevo comienzo.

Niego con la cabeza.

—Por tu temporada, Talon.

Sonríe de lado. Chocamos las copas y bebemos.

Luego le explico cómo empanar y freír la carne y lo pongo a cortar pepinos para la ensalada. La conversación fluye sin esfuerzo mientras cocinamos, bebemos vino y compartimos historias.

Cuando por fin nos sentamos a cenar, estoy relajada. Aliviada.

Y Talon me mira como si fuera la primera mujer a la que ve de verdad. No tiene sentido. Pero me hace sentir especial. Deseada.

Hace tanto que no siento nada parecido que no quiero que esta noche —esta cena— termine.

Lo observo mientras da el primer bocado al schnitzel de ternera.

Sus ojos grises se entornan. Echa la cabeza hacia atrás y gime de puro placer.

Me inclino hacia la mesa; el borde se me clava en el pecho.

—¿Te gusta?

—Leni…

Pronuncia mi nombre en un susurro reverente. Como si mezclara conchas trituradas con magia.

Un escalofrío me recorre la piel por el tono de su voz.

Abre los ojos y me atraviesa con ellos.

—Es la mejor comida que he probado en mi vida.

Los nervios me recorren el cuerpo y los dedos se me clavan en la tela de mi falda vaquera. Se me escapa una risa nerviosa.

—No estoy bromeando —continúa, serio, con una expresión indescifrable—. Nunca… Nadie jamás… —Niega con la cabeza y deja el tenedor sobre el plato. Entrelaza las manos con pulcritud frente a él y me mira fijamente—. Gracias por la cena.

—De nada —susurro, sintiendo su gratitud hasta en la punta de los dedos de los pies.

Y tener eso —el reconocimiento de Talon, su agradecimiento— me enciende como la Estrella Polar. Una ligereza me atraviesa, arrastrando la vergüenza que he cargado durante semanas. No, meses.

Soy suficiente. Soy valiosa.

Talon se aclara la garganta y aparta la mirada un segundo. Cuando vuelve a clavarla en mí, sus ojos pesan, rodeados de una oscuridad profunda. Equipaje, diría mi hermana Lincoln.

Pero Craig tenía los ojos claros, azul cielo, y me hizo más daño del que jamás imaginé.

—Nadie me había cocinado nunca, Len. Esto… —Hace un gesto entre los dos— es la primera vez para mí.

Contengo el aire; sus palabras me atraviesan.

—¿Nunca?

Niega con la cabeza, mordisqueándose el labio.

—¿Ni tus familias de acogida?

—No era así —admite—. Comía, claro. Pero no era algo especial. Era… supervivencia.

—Ya… —murmuro, y la tristeza me invade. Por un instante lo veo de niño. Ojos gris verdoso, sonrisa torcida, gorra del revés y un diente delantero ausente.

Y después lo veo convertido en el hombre carismático que domina cualquier fiesta, llenándola de risas, de diversión superficial para que nadie se acerque demasiado. Para que nadie escarbe.

—Yo solía cocinarle a mi… a Craig… todas las noches —confieso.

Una sombra cruza la mirada de Talon, pero desaparece en cuanto parpadea.

—No tenía ni idea de la suerte que tenía.

Las comisuras de mis labios se elevan, pero no llego a sonreír. No puedo.

—No creo que lo viera así.

—Se lo pierde —responde él, más áspero. Mitad gruñido, mitad defensa.

—Puede —digo, llevándome otro bocado a la boca.

—Eh.

Talon se inclina sobre la mesa y cubre mi mano con la suya. Su palma pesa sobre mis dedos, firme, cálida.

—Te mereces el mundo, Leni. No dejes que nadie, y menos algún tipo en Nueva York, te haga sentir lo contrario.

Inclino la cabeza. Mis dedos ansían subir hasta mi clavícula, pero los mantengo quietos, atrapados bajo el calor de su piel.

—Lo sé —respondo, aunque no es del todo cierto.

Sigo luchando contra los recuerdos. Contra el pánico de aquella noche. De varias noches.

—¿Leni?

Levanto la vista y sostengo su mirada.

—¿Por qué volviste a casa?

Hay una vacilación en su voz que reconozco. La he oído en el tono de mamá, en el de Marlowe, en el de papá. Por eso no he devuelto las llamadas de Lincoln desde que regresé. Está demasiado cerca de la verdad; sé que la sospecha. Y mamá me está dando tiempo. Pero tarde o temprano tendré que enfrentarme a mi hermana y reparar el hilo frágil que yo misma desgasté por miedo.

—Era el momento —murmuro, con la esperanza de que repetirlo lo convierta en verdad.

No es del todo mentira. Era el momento de volver. De que algo cediera. Solo que no pensé que sería mi relación.

Talon desliza el pulgar sobre mi muñeca antes de apartar la mano y asentir, aceptando mi respuesta por lo que es: una verdad a medias.

Seguimos comiendo.

Doy un largo trago a mi vino y me aclaro la garganta; no quiero que nada se vuelva incómodo. No después de una noche tan fluida.

—¿Cómo te sientes de cara al próximo partido de pretemporada? —pregunto, sabiendo que papá está estresado con los descartes y la lista final.

Talon asiente.

—Jugamos contra Dallas. Fuera de casa. Pero me siento bien. Más tiempo en la piscina me ha dado flexibilidad. Intento ceñirme a mi rutina y prepararme mentalmente para la temporada. —Levanta la vista y sonríe—. Para mí, poder aislarme mentalmente, tener esa fortaleza… es la mitad de la batalla.

—Necesitas concentración.

—Sí. Cero distracciones. —Inclina la cabeza.

¿Insinúa que yo podría convertirme en una?

Siento el rubor subir por mis mejillas ante el doble sentido.

¿Es algo bueno o malo?

Talon da otro bocado y vuelve a gemir de placer.

—Está demasiado bueno, Leni.

—Tú ayudaste —le recuerdo.

Se ríe.

—No habría salido así si no hubieras estado tú al mando.

—Date más crédito.

—Paso. —Se termina el vino—. Prefiero dártelo todo a ti. Pero me quedo el mérito del postre. He traído una tarta de suero de leche…

—¡De Annabelle's! —exclamo, radiante. Las tartas de Annabelle son las mejores de Knoxville, pero suelen agotarse una hora después de abrir.

—Sí. —Talon ríe.

—Entonces habrás ido a las siete de la mañana.
Se encoge de hombros, atrapando mi mirada.
—Ha merecido la pena.
Yo solo escucho: tú mereces la pena.
Le sonrío, sintiendo cómo se me estiran las mejillas.
Él me devuelve la sonrisa, cálida, cercana.
Es la mejor cena-no-cita que he tenido en mi vida.

10

TALON

—YO ME ENCARGO —le digo a Leni cuando empieza a recoger la mesa.

—Lo hacemos juntos —me asegura, apilando los platos—. Será más rápido. Además, mañana madrugas.

No exagera. Mañana toca entrenamiento duro; el equipo se está preparando a fondo para el partido contra Dallas.

La sigo hasta la cocina y limpiamos en un momento. Después cojo dos platos y dos tenedores, equilibrando con cuidado la caja de la tarta de Annabelle encima, y regresamos a la mesa para el postre.

—No me puedo creer que vayas a comer tarta. —Me señala con fingida acusación.

—No se lo cuentes a Freddy —bromeo.

Leni sonríe y se apoya en el borde de la mesa.

—Tu secreto está a salvo. No le he dicho a mi padre que venía aquí esta noche.

Me lo había preguntado, pero no quería presionarla. Oírlo me llena a la vez de alivio y de una extraña decepción. Confuso de narices.

Que tenga su número y la haya llevado a comer tacos es una cosa. Invitarla a mi casa para que me cocine y compartir una tarta

de Annabelle es otra muy distinta y el entrenador lo sabría. Avery ya me lo dejó caer.

Y aun así, me jode que le dé vergüenza decirle a su padre que ha cenado conmigo. No hay hombre al que admire más que a Strauss, y me gustaría que pudiera mirarme y ver algo más que al kicker de los Coyotes y al chaval con resentimiento a cuestas.

—¿Talon? —Leni roza mi antebrazo con suavidad.

Joder. Sacudo la cabeza y fuerzo una sonrisa.

—Sí. —Me agarro la nuca y me encojo de hombros—. Mejor así, ¿no?

Da medio paso hacia mí. Su mano sube hasta mi cadera y, en cuanto me toca, todo mi cuerpo se tensa. Pero sus ojos están alerta… esperanzados y vulnerables cuando se cruzan con los míos.

—¿Querías que se lo dijera? Esto… —señala el espacio entre nosotros—. No quiero complicarte las cosas. Con el fútbol —aclara.

Que le importe lo hace aún peor. Que entienda el juego, el equipo, el contexto… me deja descolocado.

—No, ya… —murmuro.

Sus dedos se enganchan en la tela de mi camiseta y, sin poder evitarlo, deslizo el brazo alrededor de su cintura, apoyando la palma en la curva de su espalda baja.

—Leni…

¿Qué voy a decir? ¿Qué demonios quiero decir?

Sus ojos enormes me suplican… ¿qué? Su pecho sube y baja con respiraciones rápidas, nerviosa o expectante.

El calor entre nosotros chisporrotea, intenso.

—¿Qué significa esto, Talon?

Es tan honesta. Tan condenadamente vulnerable. Tan adorable como aterradora.

—No lo sé, Len —admito con sinceridad.

Mi otra mano se alza despacio hasta su mejilla. Ella se inclina hacia mi caricia y lo siento en todas partes. Su confianza me atraviesa como un cable pelado. Mi pulgar recorre su piel suave y trago saliva. Deslizo el dedo hasta su barbilla y la obligo a mirarme.

Y, Dios… esos ojos. Deseo mezclado con esperanza.

Dejo de pensar.

Dejo de cuestionarlo todo.

Pierdo el control. A la mierda el autocontrol. Bajo la boca hasta la suya.

El primer roce de mis labios con los suyos es más dulce que cualquier tarta de suero de leche que haya probado jamás. Incluso que la de Annabelle.

Un suspiro sorprendido se le escapa y estoy a punto de apartarme cuando su mano aprieta mi camiseta. Me atrae contra su cuerpo y apoyo una mano en la mesa que la sostiene por detrás.

Inclino la cabeza e intensifico el beso. Cuando sus labios se abren, deslizo la lengua para encontrar la suya. Y es como si me estallaran fuegos artificiales en la cabeza.

Besar a Leni es color y chispa. Promesa y propósito.

Me tomo mi tiempo. Recorro con las manos las curvas suaves de su cuerpo, dejo que mi boca saboree la suya, alargando el beso hasta que ambos estamos sin aliento.

Cuando se aparta, suelta una risita nerviosa y ese sonido —dulce, jodidamente dulce— me sacude por dentro.

Su pecho sube y baja y tengo que desviar la mirada antes de arrancarle la camiseta por la cabeza.

—Leni…

Apoyo la frente contra la suya. Con cada respiración vuelve la realidad. Y con ella, el peso de lo que acabo de hacer.

He besado a la hija de mi entrenador.

Joder.

—Leni… —repito, esta vez con urgencia.

Ella levanta la vista, captando el cambio en mi tono.

La esperanza se apaga en sus ojos, sustituida por comprensión. Y me siento un cabrón por lo que voy a decir.

—No debería haberte besado —susurro. Aunque lo deseara con todas mis fuerzas.

Se aparta como si la hubiera empujado. Yo doy varios pasos atrás, creando distancia, y vuelvo a agarrarme la nuca, apretando con fuerza, como si así pudiera meterme algo de sentido común a la fuerza.

Leni pasa los dedos por sus labios hinchados, como si borrara mi beso, y eso me duele.

Es tan preciosa. Tan jodidamente encantadora.

Ahí vuelve esa palabra.

—Len…

—¿Por qué no? —pregunta, con un brillo desafiante en la mirada.

—Porque… —casi le suplico.

Estás fuera de mi alcance.

No sé hacer esto.

Nunca he tenido una relación de verdad.

Tu padre es lo más parecido a un padre que he tenido.

—Por el fútbol —susurra, comprendiendo—. Sin distracciones, ¿no?

Esta vez, su tono es más duro.

Maldigo. En parte porque es verdad y en parte porque ni siquiera se me pasó por la cabeza. El fútbol. El equipo.

Cuando besé a Leni, lo único que pensé fue en ella y en que nunca sería suficiente. Nunca estaría a su altura.

Y luego pensé en decepcionar al entrenador. No como mi entrenador, sino como hombre.

Aunque Leni no lo entendería. Si se lo explicara, pensaría que le estoy soltando una excusa barata.

Me aclaro la garganta.

—Sí.

La palabra sale forzada. La veo atravesar el aire.

Veo cómo el rostro de Leni se apaga.

Y siento el golpe directo en el estómago.

—Lo siento, Talon —dice ella, y el dolor en su voz es evidente. Frunce el ceño, confundida—. No sé por qué yo…

Se queda a medias y ojalá terminara la frase. Que la completara. No lo hace. Endereza los hombros y vuelve a mirarme.

—Lo siento.

No quiero su disculpa. Esto no ha sido culpa suya. He sido yo cruzando una línea, tomando algo que no merezco aunque lo desee con todo.

—Yo no —respondo.

Frunce el ceño.

Joder. Le estoy enviando señales contradictorias.

—No tienes nada por lo que disculparte —corrijo.

Baja la mirada y coge su bolso.

—Será mejor que me vaya.

—Espera.

Extiendo el brazo y ella se encoge, como si hubiera ido a agarrarla. Pero solo cojo la caja de la tarta y, cuando se da cuenta, el alivio le suaviza el gesto.

¿Qué demonios pensaba? ¿Que iba a… qué?

—Llévatela.

Le coloco la caja en las manos.

—No, yo… no puedo.

—Por favor.

La dejo allí, en su agarre. Me obligo a no apartarle un mechón de la cara.

—Esta noche… la cena… ha significado mucho para mí, Leni.

—Sí —responde—. Para mí también.

Pero su tono es cortante y sé que está tan confundida, quizá incluso avergonzada, como yo.

Odio haberla hecho sentir así. Odio haberlo estropeado entre nosotros.

Pero lo que más odio es que, cuando la acompaño a la puerta y le doy las buenas noches, no hago nada para borrar la expresión de decepción de su rostro.

ME RECUESTO en el asiento del avión y cierro los ojos. Estoy jodidamente agotado. En parte por el entrenamiento y en parte por las pocas horas de sueño de los últimos días.

—¿Qué te pasa? —pregunta Callaway, dejándose caer en el asiento de al lado.

Abro un ojo y lo fulmino con la mirada.

—¿No puedes sentarte en otro sitio?

—Nope —responde Crawford alegremente, acomodándose al otro lado del pasillo, frente a Avery.

Gimo.

—Voy a dormir durante el vuelo.

—Entonces no dejes que te despierte —dice Callaway, cruzando el tobillo sobre la rodilla y clavándomelo en el cuádriceps.

—¿Pero qué coño? —gruño, apartándole la pierna.

Crawford se ríe por lo bajo al otro lado de Avery.

—¿Qué pasa contigo? —susurra Callaway—. No me digas que te acostaste con—

—¿Qué? —lo corto antes de que termine la frase. En un avión lleno del equipo. Y del entrenador—. Claro que no.

Entrecierra los ojos.

—No sabes a quién iba a decir.

Hago una mueca.

—Miller, esto no es una puta broma —murmura.

—Baja la voz.

Inclino la cabeza hacia un lado; Crawford está intentando escuchar. Por suerte, su móvil vibra y, como seguimos en pista y es Nova, contesta.

Medio segundo después está hablando en plan ñoño con su hija y respiro algo más tranquilo. Nada distrae a Crawford de su niña. Ni siquiera un cotilleo escandaloso.

—¿Qué pasó? —insiste Avery.

—La besé —admito, sin importarme estar confesándoselo. Porque no tengo a nadie más.

No tengo una Marlowe ni una Lincoln. Solo tengo al equipo.

Y aunque Callaway sea el niño bonito del entrenador, sabe un par de cosas sobre escándalos.

Avery deja caer la cabeza hacia atrás y suspira.

—Puedes llevarte a la cama a cualquier mujer, ¿por qué—?

—No lo sé —lo interrumpo.

Lo que no digo es que no se trata solo de acostarme con Leni. Es algo más. Mucho más. Lo que pasa es que no sé exactamente qué.

¿Por qué me importa tanto? ¿Por qué me interesa cómo ha ido su día? ¿O el baile de debutantes?

¿O por qué me alteran las vibras raras de ese idiota, Toby?

Avery se pasa la mano por la cara.

—Escucha, no soy ningún puto santo. Lo que le hice pasar a Mila fue una cagada y, aun así…

Deja la frase en el aire, pero sé perfectamente a qué se refiere.

Ha estado con muchas mujeres y nunca se lo ha pensado dos veces.

—Pero cuando afecta al equipo… aprendí la lección. He intentado mantenerme lejos de cualquier escándalo o de cualquier cosa que pueda desestabilizar la dinámica. Ni siquiera ha empezado oficialmente la temporada, Talon. ¿La hija del entrenador? Venga ya, tío. Piensa en lo que estás haciendo.

Suspiro y dejo caer la cabeza contra el reposacabezas.

—Despegamos en tres minutos —anuncia Crawford.

A mi lado, Avery suelta una maldición en voz baja y se pone los auriculares.

Hago lo mismo y cierro los ojos, fingiendo que duermo.

Pero no pego ojo en todo el vuelo a Dallas. En lugar de eso, pienso en Leni. Y en ese puto beso.

La curva suave de su mejilla. La seda de su pelo entre mis dedos. El calor de su cuerpo pegado al mío. Sus labios, dulces y llenos…

Cuando aterrizamos, estoy de un humor de mierda. Callaway me da espacio y el resto del equipo mantiene las distancias.

Al registrarme en el hotel, le envío a Leni un mensaje cutre y genérico.

TALON

¿Necesitas que compre algo para este fin de semana?

Y no me sorprende que, cuando me despierto por la mañana, me haya dejado en visto.

11

LENI

MARYLEE SE ACLARA la garganta a mi lado y doy un respingo.

—¿Perdón? —pregunto, notando cómo se me encienden las mejillas. Me he quedado en blanco y no he escuchado ni una palabra de lo que ha dicho Sarah.

Sarah se inclina hacia delante.

—La flor principal de los centros de mesa. ¿Rosas o peonías?

—Ah. —Me incorporo en la silla y sacudo la cabeza, intentando despejarla—. Peonías. —Inclino la cabeza mientras repaso mentalmente la paleta de colores—. En crema y melocotón.

—Perfecto —asiente Marylee, anotándolo en su carpeta.

La conversación continúa —la selección de canapés, el cóctel de autor— y mis pensamientos vuelven a escaparse.

La forma en que me aferré a la tela de la camiseta de Talon.

El calor de su mano en mi mejilla, el roce de su pulgar sobre mis labios.

Sus labios —carnosos, entreabiertos— deslizándose sobre los míos.

Esos ojos grises, tormentosos, cargados de emociones.

Un beso en el que me dejé ir. Un hombre que me hace sentir demasiadas cosas que ansío.

No debería haberte besado.

Las palabras supe todo el tiempo, pero que necesité que Talon pronunciara para recordarlas.

Está fuera de mi alcance.

Y yo tengo un talento desastroso para no saber dónde está el límite.

Los meses que me quedé con Craig. Las disculpas que acepté cuando debería haber hecho la maleta y largarme.

Mis dedos se deslizan por mi clavícula —un recuerdo que no se borra aunque los moratones sí lo hicieran— y otros pensamientos se infiltran.

El olor a whisky.

Los ojos desquiciados de Craig, ribeteados de ira. El gesto torcido de su boca. La presión de su mano.

Las palabras condescendientes que escupía.

Y los mensajes. Una cadena entera sin contestar.

CRAIG

Leni, ¿ya estás lista para hablar?

No puedes evitarme para siempre, cariño. Sé que discutimos, pero mudarte fue un error. Romper fue un error.

Te necesito, nena. Dame la oportunidad de luchar por nosotros. Llámame.

Leni, venga ya.

LINCOLN

Leni, deja de esquivarme. ¡Te echo de menos! Llámame, por favor.

CRAIG

¿A qué estás jugando? ¿Crees que puedes ganar?

Sabes que iré a por ti, ¿verdad? No voy a dejar que me dejes, Leni. No para siempre.

Me perteneces, nena. Eres mía. Y más te vale no olvidarlo.

TALON

¿Quieres que compre algo para este fin de semana?

¡Argh!

Parece que mi modus operandi es la indecisión. No respondo. No reacciono.

No consigo centrarme en la conversación que sigue a mi alrededor.

El dolor de cabeza empieza a formarse, apretándome las sienes, extendiéndose sobre las cejas.

La rodilla me rebota bajo la mesa y el pulso me retumba en los oídos.

Soy un fraude. Un fracaso. ¿Qué coño estoy haciendo con mi vida?

Miro a mi alrededor, a ese grupo de mujeres a las que admiro, y me pregunto qué dirían si lo supieran.

Si supieran que me quedé con un hombre que me puso las manos encima.

Si supieran que deseo a uno de los jugadores de mi padre.

Si supieran lo jodidamente asustada y confundida que me siento la mayoría de los días.

No soy un modelo para mujeres jóvenes. No soy una mujer que tenga su vida bajo control, por mucho que haber vivido en Nueva York me dé cierta credibilidad. No soy la esposa ideal. Ni una chica empoderada.

Estoy perdida. Encadenando errores. Acumulando tantos arrepentimientos que me ahogo en ellos.

Tropezando de forma espectacular. Incapaz de contestar un maldito mensaje. De poner a Craig en su sitio. Incapaz de denunciarlo como sé que debería.

No debería haberte besado.

Soy un fraude. Una impostora. Un puto chiste.

Y ya no puedo más.

Me levanto de golpe de la silla y recojo mis cosas.

—¿Leni? —pregunta Sarah.

—Lo siento muchísimo —balbuceo, llevándome la mano a la base de la garganta.

Las náuseas me revuelven el estómago.

—De repente no me encuentro bien —confieso, agradecida de no tener que añadir "mentirosa" a mi lista de defectos. Ahora mismo me siento fatal.

Como si estuviera deshaciéndome por dentro.

—Oh, no. Cuídate —dice Marylee, frunciendo el ceño. Por la preocupación en su mirada, sé que debo de tener un aspecto horrible—. ¿John? —llama a un miembro del personal del club—. ¿Puede traer el coche de la señorita Strauss?

—Por supuesto, señora. —John sale casi corriendo hacia la puerta.

Anna Louise recoge mi carpeta. Me la entrega con un apretón comprensivo y lleno de cariño en el antebrazo.

Y su comprensión —su cuidado— me hace sentir todavía peor. No las merezco. No merezco este puesto en el comité organizador cuando seguro que había una lista de candidatas mucho más preparadas.

No merezco nada.

Desde luego, no merezco a Talon.

No debería haberte besado.

Murmuro las gracias y rechazo las manos adicionales que intentan ayudarme mientras me dirijo a la entrada principal. Al ver mi coche, casi abrazo a John.

Lanzo mis cosas al asiento del copiloto, me deslizo al volante y enfilo hacia casa.

Pero solo recorro dos calles antes de apartarme al arcén.

Los sollozos me sacuden el cuerpo y el dique, por fin, revienta.

Me rompo. Y lloro.

El pecho se me agita, los hombros me tiemblan. Apoyo la frente en el volante y lo agarro con ambas manos. Todo lo que he estado conteniendo durante meses se desborda en un torrente de lágrimas, suspiros mocosos y, después, hipo histérico.

Rabia y cicatrices.

Traición y dolor.

Frustración y confusión.

Incertidumbre sobre el futuro.

Y tanta, tanta vergüenza.

Todo sale a borbotones, resbala por mis mejillas y cae sobre mis muslos desnudos.

Es feo y desordenado. Honesto y devastador.

No sé cuánto tiempo lloro. Solo que el móvil se ilumina varias veces en el portavasos donde lo he dejado. No soy capaz de leer ni un mensaje más que probablemente acabaré ignorando, así que ni siquiera lo miro.

Me quedo en el arcén hasta que estoy lo bastante tranquila como para levantar la cabeza. La sangre se me agolpa y me mareo un poco. Me seco las mejillas con los dedos y respiro hondo, intentando limpiarme por dentro.

Dios, ¿qué coño me pasa?

Bajo el parasol y me estremezco al ver mi reflejo. De verdad parezco enferma. Lo cierro de golpe y apoyo la cabeza contra el reposacabezas mientras mi respiración se estabiliza poco a poco.

Y entonces me golpea el agotamiento.

Cuando aparco en el camino de entrada de casa de mis padres, estoy vacía. Cojo el bolso y el móvil, pero no tengo fuerzas para leer los mensajes que parpadean en la pantalla. Entro directa en mi habitación, dejo el bolso en el suelo, me quito la ropa y me pongo un pijama cómodo antes de desplomarme en la cama.

Me cubro hasta los hombros y caigo en un sueño ligero que me despeja la mente, me adormece las emociones y permite que los músculos se aflojen y el cuerpo, por fin, se relaje.

Duermo profundamente.

—DESPIERTA, dormilona —dice Marlowe, sacudiéndome el hombro con suavidad.

Me remuevo y parpadeo despacio hasta que su rostro entra en foco.

—¿Mar?

—Hola —responde mi mejor amiga, apoyada contra los cojines de mi cabecero—. Estabas frita.

—Ya… —murmuro, estirándome en silencio.

Marlowe tiene llave de casa de mis padres desde cuarto de primaria. No es raro que aparezca sin avisar, pero hace mucho que no lo hacía, desde que me fui dos años a Nueva York.

—¿Qué pasa? —pregunto, frunciendo el ceño al notar la incertidumbre en su expresión.

Marlowe suspira y niega con la cabeza mientras me incorporo.

—¿Marlowe? —insisto. ¿Ha pasado algo más con el abuelo McIntyre?

Vuelve a suspirar.

—Está pasando algo con mi familia.

Me acerco un poco más y apoyo la cabeza en su hombro.

—He oído lo de tu abuelo.

Niega despacio.

—Es más que eso, Leni. Adi está súper estresada con el baile de debutantes; mi abuelo es horrible. Pobre Samantha. Pero mis padres…

—¿Qué? —susurro, nerviosa.

Los padres de Marlowe no están tan presentes en su vida como los míos en la mía, pero siempre han estado ahí.

—No lo sé —admite—. Algo pasa. Los dos están raros… conmigo, entre ellos. Siempre que pregunto dicen que es el estrés por lo de mi abuelo, pero creo que es otra cosa.

—Ay, Marlowe… ¿Por qué no me lo dijiste? —pregunto, y me arrepiento en cuanto las palabras salen de mi boca.

Ella se aparta un poco para mirarme.

—No te lo tomes mal, Len, pero últimamente no has estado muy presente. Y no hablo de estar físicamente. Cuando te mudaste a Nueva York seguíamos hablando todo el tiempo, pero después de irte a vivir con Craig…

—Las cosas cambiaron —termino yo por ella.

Claro que tiene razón. Cuanto más controlador se volvía Craig, más intentaba moldearme para ser la mujer que él quería, más me

alejaba de mi familia y de mis amigos. Más distancia ponía entre Marlowe y yo.

—Pero tienes a Toby —añado, intentando aliviar la culpa que me oprime el pecho.

—No es lo mismo —dice ella, y sus ojos verdes destellan—. Y lo sabes.

Suspiro y asiento.

—Lo siento.

—Yo también. Además, con Toby las cosas están…

La miro, esperando.

Me roza el hombro con el suyo cuando ve que no continúa.

—Complicadas —termina por decir—. Siempre que estamos juntos bebemos. Normalmente bebo demasiado y… con él también es distinto últimamente.

—¿Desde cuándo?

Suelta una risa breve, sin humor.

—No lo sé. Siempre hemos sido complicados.

—Ya —murmuro, pensando en Craig.

¿Éramos complicados desde el principio y tardé demasiado en darme cuenta? Hubo red flags que ignoré, pintándolas de beige en mi cabeza.

—¿Qué pasó exactamente con Craig? —pregunta Marlowe, como si me leyera el pensamiento.

Esta vez hay algo en su mirada, una comprensión que no estaba la primera vez que me lo preguntó cuando volví a casa.

Cierro los ojos y me acurruco contra su hombro.

—Fue… fue feo, Mar —murmuro, con la voz áspera.

—¿Cuánto de feo? —me aprieta la mano, transmitiéndome fuerza en silencio. Y la necesito para poder decir en voz alta lo que llevo meses guardando.

—Tuve que irme. —Entrelazo los dedos, las uñas clavándose en las palmas—. Craig era… complicado. Controlador.

Contengo la respiración en cuanto las palabras rompen el aire.

Marlowe me rodea los hombros con el brazo y me acerco más. No dice nada. Su aceptación, su ausencia de juicio, me anima a seguir.

—Cuando las cosas se complicaban en el trabajo, bebía. Y cuando bebía… se volvía cruel. Violento.

Su mano se tensa en mi hombro.

—¿Te pegó?

Asiento, y las lágrimas vuelven a llenar mis ojos.

—Fue solo…

—No digas eso —me corta de inmediato—. Ni una sola vez es justificable, Leni.

Cierro los ojos cuando una lágrima se desliza por mi mejilla.

—Lo sé.

—Pero te fuiste. Volviste a casa —me recuerda.

—Debería haberme ido antes. —Mi voz suena miserable.

¿Y cómo no iba a sonar así? Confesar esto, incluso a mi mejor amiga, es como encender un foco enorme sobre todos mis errores. Sobre cada vez que debería haber hablado y no lo hice. Que debería haberme ido y me quedé.

—Saliste de ahí, Leni. No mires atrás para castigarte. La verdad es que estás aquí. Estás a salvo. Has vuelto.

Aspiro aire profundamente, lo mantengo en el pecho varios segundos y lo suelto despacio.

—He vuelto.

—¿Has hablado con alguien? ¿Con un profesional? ¿O con la policía?

—No —admito, sintiéndome derrotada.

—Todavía puedes hacerlo —dice con suavidad.

—Sí… —murmuro—. Me lo pensaré.

¿Pero lo haré de verdad?

—Pareces más tú misma que en todo el último año —comenta Marlowe—. Más tranquila. Más feliz. Más… tú.

Asiento con una sonrisa leve.

—Yo también me siento más yo.

Salvo por los mensajes de Craig, que siguen iluminando la pantalla del móvil, me noto más fuerte. Más dueña de mi futuro. Más capaz de tomar decisiones por mí misma.

Una pequeña parte de mí se pregunta —y se preocupa— si Craig aparecerá en Knoxville. Pero una parte mucho más grande sabe que

estoy a salvo. Papá y todo su equipo de fútbol estarían de mi lado sin dudarlo. Saber que algunos de los hombres más fuertes, más rápidos y más grandes del país darían la cara por mí me tranquiliza. Craig también lo sabe. Y me imagino que por eso sigue mandando mensajes en vez de plantarse en la puerta de casa de mis padres.

—¿Talon Miller tiene algo que ver con eso? —pregunta Marlowe, y detecto la curiosidad en su voz.

Me quedo callada un largo instante antes de que se me escape una risita.

—¡Oh, Dios mío! —me da un manotazo—. ¿Estáis saliendo?

—No, no —niego con la cabeza—. Nada de eso.

—Pero te gustaría, ¿no? —insiste.

—¡Nos besamos! —chillo.

Luego me tapo la boca con la mano. Las lágrimas vuelven a asomar y Marlowe estudia mi cara.

—Marlowe, ¿qué coño me pasa? Acabo de salir de una relación horrible, peligrosa… y estoy aquí, como una tonta, emocionada porque uno de los jugadores de mi padre tiene que hacer de carabina el fin de semana que viene.

Marlowe sonríe despacio.

—No te pasa nada, Leni. Solo se te había olvidado lo que se siente cuando vuelven las mariposas. Normal que Craig dejara de hacerte sentir nada que no fuera puto nerviosismo. A mí me da que era el típico tío con la polla pequeña que necesita compensarlo siendo un cabrón.

Aprieto los labios… y de pronto estallo en carcajadas.

—¡Es que la tenía pequeña y flácida!

Los ojos de Marlowe se abren como platos y, de repente, la tensión, el año entero de distancia, el dolor y las heridas… se desplazan. Se agrietan. Implosionan. Estallan.

Y nos echamos a reír.

A llorar.

Nos abrazamos con fuerza, como si nos fuera la vida en ello.

El suave algodón de la camiseta de Marlowe absorbe mis lágrimas. Sus largas uñas se enredan en las puntas de mi pelo. Y

nuestras risas, al borde de la histeria, llenan el espacio entre nosotras. A nuestro alrededor.

Todo es un puto desastre.

La familia de Marlowe se está desmoronando.

Mi vida sentimental es un caos absoluto mientras me muero por uno de los jugadores de mi padre y mi exnovio maltratador me revienta el móvil a mensajes.

Pero una de las piezas que me faltaban vuelve a encajar en su sitio, acercando el puzle a completarse.

He recuperado a mi mejor amiga. De verdad. Sin silencios incómodos. Sin dudar de cuánto puedo contarle. Sin preguntarme si me juzgará por débil, por patética, por ingenua.

—Hemos vuelto, Leni —dice Marlowe, confirmando mis pensamientos.

La abrazo más fuerte.

—Siento haber dejado que pasara tanto tiempo.

—No hagas eso —me reprende con suavidad.

Resoplo, ella se ríe, y luego volvemos a llorar.

Es catártico. Necesario. Es un regreso a casa que ni siquiera sabía que necesitaba, pero al que me aferro con las dos manos.

Tengo a mi mejor amiga de vuelta.

Y eso me llena de ligereza.

De valentía.

De esperanza.

El gruñido de mi estómago interrumpe nuestra reconciliación.

—Tienes que comer, joder —me regaña Marlowe—. Estás demasiado delgada.

—Son los nervios —confieso, sin guardarme nada ya.

Frunce el ceño.

—Pero ya estás en casa.

—Sigue escribiéndome.

Desbloqueo el móvil y se lo pongo en las manos.

—¡Leni! —chilla Marlowe, agitando mi móvil en el aire—. Esto es serio.

Arrugo la nariz.

—¿Tú crees? Igual solo está…

—No. Craig es un puto inestable. Te puso las manos encima.

—¡Shh! —la interrumpo, tapándole la boca con la palma de la mano—. Lo último que necesito es que alguno de mis padres oiga eso.

Marlowe pone los ojos en blanco y retiro la mano.

—Tu padre sigue en el trabajo y tu madre se ha ido a pilates. La he visto al entrar —explica—. Pero deberías contárselo, Leni. Esto no es ninguna tontería. —Me devuelve el móvil—. No me fío de él y tú tampoco deberías. Mis padres cometieron ese error y, si Samantha no fuera como es, mi abuelo podría haber acabado haciéndole daño a Adi.

Aspiro aire con brusquedad. Hay verdad en sus palabras. Podría haber sido Adeline… un punto que yo no me había permitido considerar hasta que ella lo ha dicho en voz alta.

—Lo siento, Marlowe.

Suspira y se pasa el dorso de la mano por los ojos.

—Yo también.

—¿Quieres tarta de Annabelle's? —ofrezco, acordándome del "regalo" de despedida de Talon.

No debería haberte besado.

Palabras que duelen, pero al menos me dejó la tarta para ahogar las penas.

Marlowe arquea una ceja.

—¿De qué?

—Buttermilk.

Sonríe.

—¿Y qué coño hacemos aquí sentadas, llorando, cuando podríamos estar devorando tarta y analizando cada detalle de tu beso con Talon?

—¡Shh!

Se ríe y se levanta de la cama.

—Quiero saberlo todo.

—No fue para tanto. Luego dijo que no debería haberme besado. —Hago un gesto con la mano como si me diera igual, aunque por dentro estoy lejos de la indiferencia.

—Pues claro que lo dijo. Podría joder su carrera entera y lo sabe. Pero una cosa es saber que no debería besarte y otra muy distinta conseguir mantener los labios lejos de los tuyos. —Se abanica teatralmente y me dedica una sonrisa cómplice.

Me quedo mirándola. En apenas unas frases ha reformulado por completo la escena que me llevó a meterme en la cama antes de tiempo.

—¿De verdad crees eso?

—Totalmente. —Por la sinceridad en su tono y el brillo en sus ojos, sé que lo dice en serio—. Talon quería besarte.

Un hilillo de esperanza vuelve a encenderse en mi pecho. Sé que debería apagarlo. Pero no lo hago.

Se siente demasiado bien. Adecuado.

Hmm. ¿Así se sintió Talon también?

—Quiero todos los detalles. Con mi tarta —me recuerda.

—Vale. —Me bajo de la cama y meto los pies en mis zapatillas peludas—. ¿Estás ilusionada con el finde de tu cumpleaños?

—Ahora que vais tú y Talon, sí.

La miro por encima del hombro mientras bajamos las escaleras hacia la cocina.

—¿Y Toby? —pregunto lo evidente.

Se encoge de hombros.

—Las cosas están raras últimamente. Distintas. No sé, Len. Tengo la sensación de que todo está a punto de cambiar. Y aunque no sé exactamente qué ni cómo… es una sensación que no se me va.

Enciendo el hervidor para el té y coloco dos platos sobre la caja de la tarta.

—¿Tan malo sería?

Me mira, curiosa. No asustada. No enfadada. Solo insegura.

—No lo sé.

—Sabes que puedes hablar conmigo de lo que sea —le recuerdo mientras corto dos porciones.

—Y tú también. —Su tono se vuelve serio—. No puedo pasar por esto otra vez. —Señala el espacio entre nosotras antes de sentarse a

la mesa y coger su plato—. Te necesito demasiado, Len. Eres mi mejor amiga.

Le paso un tenedor.

—Marlowe, eres como mi otra hermana. Lo siento.

—Hablando de hermanas, tienes que llamar a Lincoln.

—¿Te llamó?

—Dos veces —confirma.

Suspiro.

—Yo también la echo de menos.

—Lo entenderá, Leni. Te quiere. Las dos te queremos.

—Yo también te quiero.

Marlowe sonríe de lado y alza el tenedor en el aire. Choco el mío contra el suyo.

—Hemos vuelto, nena.

12

TALON

LENI

Estaré lista a las 6.

RELEO SU MENSAJE Y SONRÍO. Joder. Radiante Leni me ha tenido en leído los últimos días y ahora me avisa de que puedo pasar a recogerla para ir al lago.

Un trayecto que promete ser incómodo, teniendo en cuenta que la besé y después… nada. Se fue, yo me fui a Dallas y no vuelto a hablar. Ni de eso. Ni de nada.

Ni siquiera ha aparecido por la piscina las últimas noches. Me está evitando y me voy a plantar en este fin de semana sin tener ni idea de en qué punto estamos.

Mierda. La he cagado.

—¿Todo bien? —pregunta Avery mientras lanzo unas zapatillas dentro de mi bolsa.

—Sí. —Sonrío con suficiencia, como si no estuviera naufragando por dentro—. Todo controlado.

—¿Ah, sí? ¿Seguro que te sientes bien con lo del finde con Leni? ¿Habéis hablado?

—Todavía no, pero seguro que estará todo bien. Han pasado unos días. Ya se habrá enfriado, ¿no? —digo, esperando que confirme mi versión optimista de los hechos.

West Crawford suelta una carcajada. Lo miro; está sentado a horcajadas sobre un banco.

—¿Han pasado unos días sin contacto? Estás jodido, tío. Va a ser muy incómodo hasta que aclaréis las cosas, así que yo que tú lo haría cuanto antes. Sobre todo si quieres disfrutar de tus días libres.

—Joder —murmuro, temiendo que tenga razón.

—Leni es razonable —añade Avery, bajando la voz. Imagino que West sabe perfectamente de qué hablamos, pero no ha pedido detalles ni confirmación. Es buen tío. No es un cotilla.

—Le hice daño —admito en voz baja.

Avery suspira.

—Mira, haz lo que ha dicho West. Aclara las cosas. Estate ahí para ella, vigílala y trata de pasar un buen fin de semana. Pero asegúrate de que se divierte, Miller. Lo último que quieres es que el entrenador te amargue la temporada entera porque le jodiste a su niña.

Cierro los ojos y asiento. Tiene razón. La mayoría de mi equipo son unos mujeriegos incapaces de mantener la polla en los pantalones y, aun así, todos saben más de relaciones que yo.

—Vale. —Me cuelgo la bolsa al hombro—. Nos vemos el lunes.

—Cuídate, Talon —dice West, dedicándome una sonrisa de ánimo.

Avery me da una palmada en la espalda. Gage y Cohen levantan la barbilla en mi dirección, metidos en su propia conversación.

Alzo la mano y salgo del vestuario. Estoy casi en el aparcamiento cuando la voz del entrenador retumba por el pasillo.

—¡Miller! Justo el hombre que buscaba.

Se acerca a paso rápido.

—Hola, entrenador. ¿Qué tal?

—Bien, bien. —Me aprieta el hombro—. ¿Todo listo para este fin de semana?

—Sí. Leni me ha dicho que pase a recogerla a las seis.

—Bien. Ha estado… diferente estos últimos días.

—¿Ah, sí? —murmuro, preguntándome adónde quiere llegar.

Sus dedos se tensan un segundo sobre mi hombro.

¿Le ha contado que la besé? ¿Ha dicho algo de la cena? ¿Está pasando algo más que no sé?

¿Y por qué coño me afecta tanto?

Siempre me he sentido cómodo con él. Siempre supe que me respaldaba.

Pero no cuando se trata de su hija. Su sangre.

Estoy fuera de mi zona y no tengo ni puta idea de cómo moverme aquí.

—Cuídala, Miller. Confío en ti —dice el entrenador, y sus palabras me golpean en el estómago.

—Lo haré, entrenador. No se preocupe.

Resopla, como si fuera incapaz de no preocuparse.

Mierda.

—Llámame si necesitas algo. Y tratad de disfrutar el fin de semana.

—Claro.

Me da un último apretón y se aleja por el pasillo.

Suelto el aire y me llevo la mano a la nuca. La cabeza me da vueltas mientras el estómago se me encoge. No tengo ni idea de en qué me estoy metiendo.

Solo sé que estoy pillado por Leni Strauss.

Y su padre me mataría.

Hasta cierto punto, puede decidir el rumbo de mi carrera.

Jamás pondría a mis compañeros en una situación complicada. Pero tampoco consigo sacarme de la cabeza a Leni, el recuerdo de mis labios sobre los suyos. Pienso en ella desde que salió de mi apartamento con la caja de tarta de Annabelle's bajo el brazo.

He estado volviéndome loco estos días porque me dejara en leído, sin responder a mi mensaje.

Hasta hace veinte minutos no estaba cien por cien seguro de que fuera a ir al lago este fin de semana. Como un idiota, deseaba que sí. Por eso hice la maleta y la dejé en el maletero del SUV antes de venir a entrenar.

Ahora estoy listo para irme, con la energía vibrando en las extremidades y la preocupación enredándose en mi cabeza.

Lo último que quiero es volver a casa y matar el tiempo hasta las seis.

Ni de coña.

Saco el móvil y escribo.

TALON

He terminado antes. Paso en veinte.

Tres puntos aparecen en la conversación. Desaparecen. Vuelven.

LENI

¿¿¿Ahora???

TALON

Ahora. Tenemos que hablar, Leni.

LENI

No puedes decir así como así que tenemos que hablar, Talon.

TALON

Vale. ¿Puedo invitarte a cenar antes, por favor? Me gustaría hablar contigo.

Soy un idiota y la cagué.

Quiero que pasemos un buen fin de semana.

Y quiero disculparme —de verdad— antes de empezar el viaje.

Ahí está. Lo he soltado todo. Sé que la cagué. No debería haberla besado, pero lo hice igualmente. Crucé la puta línea y ahora me toca recoger cable. Ignorarla o apartarla no va a servir de nada cuando vamos a pasar los próximos dos días juntos.

Los tres puntos vuelven a aparecer.

LENI

Vale. Treinta minutos.

Sonrío.

TALON

Nos vemos en nada, preciosa.

LENI

🙄

Suelto una carcajada y me guardo el móvil en el bolsillo antes de salir del centro de entrenamiento.

El cielo está despejado, de un azul limpio, sin una nube a la vista. El calor me envuelve y lo disfruto. Después de varios años en el fresco y lluvioso Oregón, he aprendido a querer los días abrasadores de Tennessee. Las chanclas golpean el asfalto mientras camino hacia el SUV.

Dejo la bolsa del gimnasio en el maletero, junto a la de fin de semana, y sonrío.

Voy a tener un fin de semana de puta madre con Leni. No voy a cruzar ninguna línea ni meter a ninguno de los dos en una situación comprometida.

Somos amigos, ¿no?

Los amigos pueden pasar tiempo juntos, relajarse y disfrutar.

Eso es lo que será este fin de semana para Leni y para mí.

Lo noto.

ESTABA JODIDAMENTE EQUIVOCADO.

Qué sorpresa, ¿no?

Pero ¿en qué coño estaba pensando?

Aparcado frente a la casa de los padres de Leni, la veo deslizarse por el porche delantero. Ya estaba fuera cuando llegué y, joder, está espectacular.

El pelo le rebota sobre los hombros, y esos ojos —ese azul cerúleo precioso— están ocultos tras unas gafas de sol grandes, pero puedo imaginarlos chispeando.

Y eso es lo que está mal: puedo imaginar perfectamente cómo me mira mientras entro en su calle.

Pongo el coche en punto muerto y salgo.

—¡Eh! —alzo la mano para saludar.

—Hola —responde ella, con una expresión cuidadosamente neutra. ¿Qué demonios significa eso?

Me acerco y le quito del hombro su monísima bolsa rosa de fin de semana.

—Ya la llevo yo —murmura, aunque me deja retirársela del brazo.

Contengo el impulso de poner los ojos en blanco y voy al maletero para guardarla junto a la mía.

—¿Lista? —pregunto.

—Sí —dice, abriendo ligeramente las piernas, como si fuéramos a enfrentarnos.

Joder, ¿es lo que va a pasar?

Reprimo una sonrisa.

Leni se desliza en el asiento del copiloto y yo vuelvo al volante. Salimos de su calle en silencio y conduzco hacia un buen sitio de hamburguesas que me enseñó Gage.

La tensión se estira entre nosotros, tirante, a punto de romperse como una goma elástica.

En el primer semáforo en rojo decido dar el paso.

—Lo siento… —empiezo.

—Quería que me besaras —confiesa ella al mismo tiempo.

—¿Qué? —la miro, incrédulo.

Leni suspira y apoya la cabeza en el reposacabezas. Se retuerce los dedos sobre el regazo. Antes de pensarlo, estiro el brazo y entrelazo sus manos con la mía.

—¿Por qué te disculpas? —pregunta.

Mierda. El semáforo se pone en verde y arranco con suavidad.

—No quiero incomodarte. Y no quiero cruzar líneas.

—Por mi padre.

—El fútbol es toda mi vida —admito, mitad disculpa, mitad verdad.

—Sí, lo sé.

—No. —Niego con la cabeza y deslizo la palma por la parte superior del volante—. Es que, de verdad, es prácticamente lo único

que tengo en mi vida. No soy como tú, Len. No crecí con padres, con opciones, con seguridad. —Suelto el aire lentamente.

Ella se gira hacia mí y se sube las gafas de sol a la cabeza. Sus ojos azules me atraviesan y, joder, quiero ahogarme en ellos.

—No te digo esto para hacerte daño. Te lo digo para que entiendas de dónde vengo. No sé hacer esto. —Aprieto sus dedos—. No sé hacer nada, ni construir ningún tipo de relación que no esté ligada a mi equipo. Es lo único que he conocido.

—¿Nunca… has salido con alguien? —pregunta, confundida.

—No en serio. He llevado a mujeres a citas, claro. Las he invitado a cenar, a beber vino… Sí. He visto a alguna más de dos o tres veces. —Entrecierro los ojos, intentando recordar aquellos rollos fugaces—. Dos —confirmo—. Pero ¿una relación de verdad? ¿Con conversaciones sobre el futuro, conocer a sus padres, formar parte de su vida, de su trabajo? —Niego con la cabeza—. Nunca.

Se le abre la boca y el asombro brilla en sus pupilas.

—Besarte, joder, estar contigo… es confuso para mí. Me gusta pasar tiempo contigo, Leni. Me gusta hablar y decir cosas que son reales, que importan de verdad, por una vez. Pero… —suspiro mientras aparco en el restaurante de hamburguesas—. Pero eres la hija de mi entrenador. Tu padre me sacó de una época muy oscura y estuvo ahí cuando mi madre murió.

Leni inspira hondo, horrorizada. Vuelvo a apretar sus dedos.

Apago el motor y me giro hacia ella.

—No quiero decepcionar a un hombre al que admiro tanto, Leni.

—¿Por qué ibas a decepcionarlo? —pregunta.

Suelto una risa seca. Es tan ingenua. Tan buena. Con el corazón enorme.

—Cariño, no soy suficiente para ti.

—Talon…

—No lo digo para herirte. Es un hecho. No estoy en tu liga. Lo sé. Tu padre lo sabe. Y, en el fondo, espero que tú también lo sepas. —Trago saliva, incómodo. Nunca me abro así, pero si vamos a sobrevivir al fin de semana —y seguir siendo amigos… ¿somos amigos?— necesito ser sincero.

—El hecho de que digas todo eso te hace digno de cualquier mujer que quieras tener a tu lado —me responde con voz suave y ojos tristes—. He jurado toda mi vida que no saldría con jugadores de fútbol, Talon —dice en voz baja—. Eres el primero al que he besado. Y quería hacerlo.

—Len… —murmuro—. Hay cosas en juego. Nuestros futuros. —Joder. Con todo lo que he dicho, sé que me desmoronaría si ella me pidiera lo contrario.

—Lo sé —suspira—. Solo quería que supieras que yo quería ese beso.

Esbozo una media sonrisa y le suelto las manos para acariciarle la mejilla.

—Yo también, preciosa. Más de lo que imaginas. Quiero pasarlo bien contigo este fin de semana. No quiero más situaciones incómodas. No sé hacerlo. Si tienes algo que decirme, dímelo. Si hago algo que no te gusta, me lo dices. Si quieres algo de mí, me lo pides.

Abre los ojos, estudiándome.

—¿Así de simple?

—Así de simple, Len. Soy un tío que nunca ha tenido una relación de verdad. No tengo el manual para descifrar los sentimientos de una mujer si ella no me da pistas.

Suelta una risa suave.

—Vale. Seré directa.

Paso el pulgar por su pómulo antes de apartar la mano.

—Te lo agradezco. —La observo un segundo más, el brillo de sus ojos, la curva de su labio inferior, las pecas que salpican el puente de su nariz—. ¿Te apetece una hamburguesa?

Se ríe y pone los ojos en blanco.

—Claro. Luego habrá tráfico, mejor comer ahora.

Salimos del coche. Cuando avanzamos hacia la entrada, apoyo la mano en la curva de su espalda. En lugar de apartarse, se acerca un poco más a mi tacto.

Se siente natural.

Correcto.

Pero no dejo que eso signifique más de lo que es.

No puedo.

13

LENI

—¡FELIZ cumpleaños, preciosa! —abrazo a Marlowe con fuerza y le beso la sien.

—Estoy tan feliz de que estés aquí, Len —susurra, rodeándome la cintura con un brazo.

Marlowe siempre ha sabido montar una buena fiesta, pero hoy hay algo distinto en ella. Una tensión que no termino de entender. No está achispada. Tampoco parece relajada, como yo esperaba. Más bien… parece aliviada de que Talon y yo estemos aquí.

—¿Qué pasa? —pregunto en voz baja.

Niega con la cabeza, los ojos brillándole de emoción.

—Toby está borracho.

¿Y eso qué tiene de nuevo? Toby no aguanta el alcohol ni aunque le paguen.

—¿Y?

—Está diciendo cosas… cosas que no tienen sentido —admite—. No lo entiendo.

—¿Qué tipo de cosas? —pregunto, mientras una alarma empieza a sonar en mi cabeza. ¿Está enfadado? ¿Está soltando esa mierda que precede a una bofetada? ¿O a una botella de whisky estrellándose contra la pared?

—Sobre mi familia. Sobre mis padres. —Inspira hondo y mira alrededor. En la terraza de la casa del lago de los padres de Toby hay grupos dispersos de gente —algunos amigos nuestros del instituto, la mayoría colegas suyos de vete tú a saber dónde—, pero nadie nos presta atención.

—Feliz cumpleaños, Marlowe —dice Talon, asomándose por detrás de mí con una sonrisa—. Voy a por unas cervezas.

—Genial. Gracias.

Le sonrío, agradecida de que capte la situación. Para un tío que nunca ha tenido novia, no se le da mal leer el ambiente.

No es que yo sea su novia ni nada.

—¿Qué cosas? ¿Algo de tu abuelo McIntyre?

Marlowe niega con la cabeza. Parpadea rápido, como si intentara contener las lágrimas.

—Dice que mi padre no es mi padre.

—¿Qué? —me quedo helada—. ¿Por qué iba a decir algo así? ¿Y cómo demonios…? —Se me atascan las palabras. El padre de Marlowe y el de Toby son amigos íntimos desde el instituto.

—No lo sé. No lo entiendo. Pero la forma en que lo dice, Len… y cómo se han estado comportando mis padres últimamente… Hay una parte de mí que cree que Toby dice la verdad. Que sabe más sobre mi familia que yo.

—¿Dónde está? —pregunto, mirando alrededor. Toby no está en la terraza. Qué sorpresa. Es un novio de mierda.

Marlowe se encoge de hombros.

—Se ha llevado la lancha con unos amigos.

—Ah —murmuro, sin añadir nada.

Me dedica una sonrisa temblorosa.

—Sé lo que estás pensando.

Suspiramos las dos. Prometimos ser sinceras.

—Te mereces algo mejor.

—¿Sí? —Que lo cuestione me preocupa. ¿Dónde está mi amiga divertida, arrolladora, segura de sí misma?

En dos años yo cambié. Tenía que hacerlo. Pero al mirarla ahora, me doy cuenta de que ella también. Toby, su familia, todo lo que ha pasado… le ha apagado el brillo.

—Sí —respondo con firmeza.

Suelta una risa breve y apoyo un brazo en su cintura. Deja caer la cabeza sobre mi hombro.

—Estoy tan feliz de que estés aquí, Leni.

Le beso el pelo, consciente de cuánto nos necesitamos.

—Yo también, Mar. Y este va a ser un cumpleaños increíble.

Se ríe y niega con la cabeza, sabiendo que estoy exagerando.

—Puede serlo —insisto—. Este año tiene que ser el año en que vayas a por lo que quieres. Si necesitas respuestas, búscalas. Te mereces algo mejor en todo. No te conformes con menos.

Me sostiene la mirada un largo instante antes de asentir.

—Tienes razón.

—Claro que la tengo.

—Y tú deberías aplicarte el cuento.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Me estás llamando la atención?

—Alguien tiene que hacerlo. —Sonríe y me tiende la mano.

Se la estrecho.

—Por el próximo año.

—Otra vuelta al sol —dice ella.

—Y una cerveza nueva —añade Talon, acercándose con tres vasos rojos de plástico equilibrados en las manos.

—Gracias, Talon —dice Marlowe, cogiendo uno.

—No puedes estar con las manos vacías el día de tu cumpleaños. —Le guiña un ojo.

Brindamos por Marlowe. Doy un trago y me relamo los labios.

—¿Yuengling?

Marlowe asiente.

—Joder, Leni —comenta Talon—. No te pegaba nada lo de chica de cerveza.

Marlowe suelta una carcajada.

—Es alemana.

—Eso lo explica —responde él.

—Soy más de pilsner, sobre todo Beck’s —aclaro.

Talon sonríe de lado.

—Tomo nota.

Me rodea la cintura y me acerco a él como si me atrajera un imán.

—Hacéis buena pareja —dice Marlowe.

Me tenso al oírlo. Un cosquilleo recorre mi cuerpo.

¿Alguien estará haciendo fotos esta noche? ¿Las verá mi padre? ¿Se preguntará por qué Talon y yo parecemos tan cómodos juntos? ¿Y Talon…?

—Gracias —responde él con naturalidad, dando otro trago a su cerveza.

No parece incómodo en absoluto. Al contrario, su mano se abre más sobre mi espalda baja y el meñique se desliza ligeramente bajo la cinturilla de mis vaqueros.

Marlowe me lanza una mirada cómplice y aprieto los labios para no sonreír como una idiota.

No tengo ni idea de qué estamos haciendo Talon y yo. Es una danza delicada. Un paso adelante, uno atrás. Pero es emocionante. Vertiginoso. Un soplo de aire fresco después de la mierda que Craig me hizo pasar.

Y quiero disfrutarlo.

El rugido del motor de una lancha nos hace girarnos hacia el embarcadero. Toby se acerca conduciendo. Los chicos que van con él están momtando un escándalo, mucho más borrachos que los que estamos en la terraza, y una sombra de pánico cruza el rostro de Marlowe.

—Ahora vuelvo —dice, caminando hacia el muelle.

—Avísanos si necesitas refuerzos —ofrece Talon, leyendo la situación a la perfección.

No es la primera vez que me siento aliviada —y, joder, quizá incluso un poco agradecida— de que mi padre insistiera en que Talon viniera este fin de semana.

El brazo de Talon se tensa a mi alrededor y me acerco más, apoyando la cabeza en su pecho firme.

—Merece alguien major que él —dice, verbalizando lo que pienso.

—Muchísimo mejor —coincido, alzando la vista hacia él—. Gracias por venir conmigo, Talon. Sé que no es así como querrías pasar un

día libre, pero…

—Estoy justo donde quiero estar, Leni —responde con dulzura. En serio. Una comisura de su boca se curva hacia arriba y se inclina para depositar un beso en la coronilla de mi cabeza.

Nos quedamos así un rato, observando cómo los chicos bajan de la lancha. Vemos cómo estalla la discusión entre Marlowe y Toby —gesticulaciones exageradas, él alejándose con paso furioso—. El olor a barbacoa me distrae y Talon se ofrece a ayudar con la parrilla.

Los chicos que al principio se mantenían a cierta distancia empiezan a acercarse a él. Y es tan condenadamente natural. Relajado. Encantador. Se ríen como si llevaran años siendo amigos, y las mujeres le sonríen con corazones en los ojos.

Pero yo me doy cuenta de algo más. De cómo mantiene la conversación en la superficie. No ofrece nada realmente suyo, se limita a anécdotas divertidas sin detalles personales. No se aparta para charlas más profundas de tú a tú; prefiere dar la vuelta a las hamburguesas y dirigirse al grupo en general.

Algunos le piden selfies y posa sin problema, incluso me arrastra a un par de fotos.

Hay música y risas. Cerveza y chupitos de vodka.

Y cuando miro a Talon, siento algo que no me pasa con nadie más. Hay una conexión. Una comprensión. Algo más que hace que las mariposas agiten sus alas en el centro de mi pecho y que yo sonría con corazones en los ojos.

Cuando él me devuelve la sonrisa, también los veo en los suyos.

A MEDIDA que avanza la noche, el ambiente se vuelve más descontrolado. Los amigos de Toby que venían en la lancha están borrachos perdidos, el licor fuerte corriéndoles por las venas. Un grupo de chicas —reconozco a una del instituto— redobla la apuesta en una partida de beer pong, intentando alcanzarlos.

Alguien enciende una hoguera y se asan nubes que luego aplastan entre galletas con chocolate para hacer s’mores. Dedos

pegajosos, melenas balanceándose, el cielo negro salpicado de estrellas y el murmullo suave del lago. Las antorchas tiki y las velas de citronela mantienen a raya a los mosquitos. El aroma flota en el aire, mezclándose con cerveza, perfume y ese olor denso y dulzón del verano.

—¿Has visto a Marlowe? —le pregunto a Talon mientras da un trago a una botella de agua de plástico.

Ha estado con la misma cerveza casi todo el día y, cuando empezó a encargarse de la parrilla, la cambió por agua.

Recorre el jardín con la mirada antes de negar con la cabeza.

—Hace rato que no.

Inclino la cabeza hacia la casa, algo retorciéndose en mi estómago. No sé exactamente qué es, pero me resulta raro no haberla visto en horas. Hace un par de años habría asumido que ella y Toby se habían apartado para tener su momento a solas, pero Toby acaba de beberse una cerveza de golpe y está retando a un amigo a tirarse desde la terraza al lago. Menudo capullo.

—Voy a buscarla —señalo la puerta trasera de la casa, por donde salen amigos borrachos agarrados unos a otros, riéndose a carcajadas.

Por un segundo me recuerdan a Marlowe y a mí. O a mi hermana y a mí. La nostalgia me golpea en pleno pecho y me pregunto si volveré a sentir esa ligereza pura, esa risa despreocupada y contagiosa, con alguna de ellas.

—Voy contigo —ofrece Talon.

Apoyo la mano en su pecho y noto cómo se tensan los músculos bajo mis dedos. Dios… es una distracción maravillosa.

—No hace falta. Ahora vuelvo.

La mandíbula se le endurece, pero asiente.

—Si no vuelves en unos minutos, voy a buscarte.

Asiento, un escalofrío recorriéndome la espalda ante su tono protector. Después de meses temiendo la ira de mi ex, es reconfortante estar con un hombre que solo quiere asegurarse de que estoy bien.

—Estaré bien.

Avanzo hacia la casa, esquivando grupos en la terraza, y empujo la puerta trasera para entrar.

—Jesús… —murmuro, contemplando el desastre que ha explotado en la cocina.

Botellas de licor de todo tipo se alinean sobre la encimera, muchas sin tapón. Una torre de vasos de plástico se ha volcado y ruedan por la superficie y el suelo. Cajas de pizza se apilan en la isla, con trozos de pepperoni y bordes resecos tirados al lado. Charcos de líquidos pegajosos y azucarados se extienden en manchas brillantes. Esquivo una zona del suelo, frunciendo el ceño al no poder distinguir qué es. Huele fatal, como a cerveza rancia con un fondo agrio de vómito. Me tapo la nariz con la mano y reprimo una arcada.

—¿Estás bien? —pregunto a una mujer que se tambalea, balanceándose peligrosamente.

Me sonríe con las pupilas dilatadas.

—Yo me encargo —dice un chico.

Entrecierro los ojos al mirarlo.

—¡Kevin! ¡Te quiero! —grita ella, echándole los brazos al cuello.

Él pierde el equilibrio cuando ella se desploma sobre su pecho, pero un segundo después la levanta en brazos.

—Necesitas agua, Mel —murmura, llevándola hacia la terraza.

Niego con la cabeza y me adentro más en la casa, buscando a Marlowe con la mirada. El espacio, decorado hace años por la madre de Toby con un estilo náutico cuando aún estábamos en el instituto, se ve anticuado pero limpio. Cuidado. Hasta este fin de semana.

Ahora parece el escenario de una fiesta universitaria que se ha ido de las manos, y algo en todo eso me molesta.

Toby y sus amigos ya no son niñatos de diecinueve años intentando engañar a sus padres sin saber medir. Son adultos. Licenciados. Deberían saber comportarse. Tener más respeto. Sobre todo Toby, teniendo en cuenta que es la casa de sus padres y no están obligados a dejársela para montar fiestas.

Pongo los ojos en blanco y me agacho para recoger un puñado de botellas de cerveza vacías. Las dejo sobre la mesa de centro. Conociendo a Toby, acabará culpando a Marlowe y será ella quien cargue con la decepción de sus padres.

—Quiero irme —resuena la voz de Marlowe.

Me giro al instante, siguiendo el rastro de su angustia.

Bajo por un pasillo estrecho, paso frente a un dormitorio y un baño, y empujo la puerta del segundo cuarto sin llamar.

Los ojos de Marlowe se clavan en los míos.

Delante de ella está su primo Keller, con una mano apoyada en su codo. Tiene los ojos hinchados y enrojecidos de tanto llorar. Keller parece destrozado y le pasa un brazo por los hombros antes de mirarme bruscamente.

Cuando ve que soy yo, se relaja.

—Cierra la puerta —me indica con la cabeza hacia la hoja que he dejado entreabierta.

La empujo hasta que encaja.

—Mar, ¿estás bien? —intento que mi voz suene ligera.

Pero Marlowe parece vacía por dentro. Como si el mundo hubiera temblado bajo sus pies y hubiera perdido el equilibrio. Suelta un suspiro tembloroso y las rodillas le fallan, incapaz de sostener el peso de lo que sea que esté procesando.

Keller se adelanta y la sujeta antes de que caiga al suelo. La sienta con cuidado en el borde de la cama.

—¿Qué está pasando? —pregunto, sentándome a su lado.

Le rodeo los hombros con el brazo y ella se apoya en mí. En cuanto su frente toca mi brazo, el llanto la sacude entera. Su torso tiembla con la violencia de los sollozos, pero no emite sonido alguno.

—¿Qué coño ha pasado? —mi tono se vuelve cortante mientras la abrazo con fuerza.

Miro a Keller buscando respuestas.

—Joder… —murmura él, cerrando los ojos y llevándose la mano a la nuca.

Cuando vuelve a mirarnos, sus ojos están cargados de tristeza y vergüenza.

—Marlowe… —dice en voz baja, como esperando que ella le indique qué hacer, qué decir.

Marlowe sorbe por la nariz, tragando bocanadas de aire.

—Díselo. Puedes contárselo —su voz se quiebra y se aparta el pelo detrás de la oreja.

Tiene las mejillas encendidas, pero en su mirada hay una determinación que antes no estaba.

Keller traga saliva.

—Toby tenía razón. Mi padre, Rick —ahora hay filo en su voz— no es mi padre biológico.

Me quedo sin aire.

—¿Qué? ¿Cómo… cómo lo sabes?

La puerta del dormitorio se abre de golpe y Toby ocupa el marco. Su sombra invade la habitación. Frunce el ceño, la expresión indescifrable, las pupilas dilatadas.

—¿Qué coño está pasando aquí? —balbucea.

Señala alternativamente a Keller y a mí, con la boca abierta, incrédulo.

—¿Te lo vas a follar, Len? Lo sabía, joder. Todos estos años haciéndote la estirada, la pija, la intocable de mierda. ¿Y ahora vas a estar con Keller?

Da un traspié hacia delante y se agarra al marco de la puerta para no caerse. La rabia le brota por los hombros mientras me atraviesa con esos ojos oscuros.

—¿Por qué conmigo? Yo lo haría de puta madre…

El asco me recorre por dentro al mirarlo, atónita. Empiezo a temblar mientras asimilo sus palabras.

Intocable de mierda.

¿Es por eso por lo que me ha odiado todos estos años?

¿De verdad pensó alguna vez que podría pasar algo entre nosotros? Es el novio de mi mejor amiga.

Un escalofrío me sacude, por lo que ha dicho, por la imagen que acaba de pintar. Por su perspectiva retorcida. Y entonces me doy cuenta de que ni siquiera ha visto aún a Marlowe sentada a mi lado.

Ella inspira bruscamente y el corazón se me rompe.

—Cállate de una puta vez —dice Keller, avanzando hacia Toby.

Detrás de Toby veo a una rubia bajita. Abre los ojos como platos, agacha la cabeza y se da la vuelta. Y la situación empeora.

—¿Eh? —Toby se gira—. ¡Megan! Espera.

Aprieta más el marco mientras se tambalea.

—Podemos echarlos. ¡La cama sigue siendo mía!

—¡Tu novia está ahí dentro! —susurra Megan, horrorizada.

La comprensión me golpea en el pecho y la náusea me revuelve el estómago. Toby estaba a punto de liarse con Megan. En la fiesta de cumpleaños de Marlowe. En la casa del lago de sus padres.

—¿Marlowe? —entrecierra los ojos—. Lo entenderá. Es jodidamente sumisa… ¿Con quién iba a salir en este pueblo que sea mejor que yo? ¡Nadie! —se ríe solo.

Marlowe se encoge aún más, aplastada por la derrota, mientras mi rabia se arremolina. ¿Qué coño le pasa a Toby?

Está demasiado borracho para entender nada. En lugar de pedir perdón, nos fulmina con la mirada a Keller y a mí.

—¿Por qué coño me estás bloqueando, joder? —balbucea.

La furia endurece el rostro de Keller. Entrecierra los ojos, frunce la boca.

—Lárgate ahora mismo, Toby, antes de que te estampe contra el suelo.

Toby niega con la cabeza, confundido. De repente ve a Marlowe y abre mucho los ojos.

—¿Por qué lloras, Mar? Te he montado una puta fiesta. ¿Qué más quieres?

—Deja de hablar, Toby —le advierto, sintiendo cómo Marlowe se queda rígida a mi lado.

Busco su mano, pero sus dedos están fríos, rígidos entre los míos. No tengo ni idea de cómo está procesando estas bombas que le caen encima una tras otra, explotándole en la cara. Creo que está empezando a desconectarse.

Toby sonríe con desprecio.

—Ah, mierda. Leni, ¿ahora me vas a decir tú lo que tengo que hacer? Vuelves por fin, honrándonos con tu presencia. ¿Por qué no me das a mí lo mismo que le das a Keller? O a ese puto jugador de fútbol.

Se agarra la entrepierna de forma obscena.

—Ya basta —Keller se coloca delante, interponiendo su cuerpo entre Toby y nosotras.

Me levanto e intento tirar de Marlowe para que se ponga en pie, pero no se mueve. Ni siquiera levanta la vista. Sus labios articulan

palabras mudas y su cara es una máscara vacía que me destroza.

—Que te jodan —resopla Toby.

Echa el brazo hacia atrás, la mano convertida en puño. Cuando avanza, pierde el equilibrio al cambiar el peso del cuerpo. Tropieza hacia delante y su puño viene hacia mí como un tren de mercancías.

Levanto las manos, giro la cara y me inclino sobre Marlowe, preparándome para el golpe que nunca llega.

En su lugar, estalla un forcejeo. Zapatos raspando el suelo. Una cacofonía de insultos.

Cuando vuelvo a alzar la cabeza, la presencia de Talon llena toda la habitación. Su expresión es oscura, indescifrable.

Los bíceps se le tensan, las Fuertes líneas de su espalda se expanden mientras se inclina sobre Toby. Una mano le aprieta la garganta y la rodilla la tiene clavada en el centro del pecho.

Su voz es mortalmente tranquila. Uniforme. Medida. Helada.

No pierde la calma pero parece a punto de estallar.

La cara de Toby está completamente roja, con los ojos desorbitados. Golpea el suelo con una mano, pero Talon sigue hablando. Toby vuelve a aporrear el suelo, esta vez con desesperación, y empieza a preocuparme que no pueda respirar.

—Tío… —murmura Keller.

Talon suspira, como si le molestara la interrupción, y afloja la presa.

—Vuelve a mirarla y te juro que acabaré contigo. —No es solo una advertencia; es una promesa—. ¿Le hablas otra vez? Me ocuparé de que sea lento y haré que te duela de verdad.

Cuando Talon se incorpora y Toby logra por fin llenar los pulmones de aire, todos en la habitación saben que no está fanfarroneando.

Keller me mira.

—¿Estás bien?

—Sí —respondo con voz temblorosa. La adrenalina me inunda la boca y el miedo me sacude las extremidades.

El sonido de una botella de whisky estrellándose contra la pared retumba en mi cabeza.

La piel a lo largo de mi clavícula arde.

El peso de la mano de Craig en la nuca me mantiene prisionera.

—Voy a llevarla a casa —explica Keller, acercándose a su prima y sacándome de mis pensamientos.

Marlowe deja que Keller la sostenga. Se apoya en él como una niña, casi aferrándose a su brazo en busca de seguridad.

—Quiero que duerma bien esta noche y que despierte en un sitio familiar, con la familia —añade Keller.

—Claro —asiento, frunciendo el ceño—. Puede venirse a casa conmigo.

Keller sostiene mi mirada. Años de amistad me permiten comprender la gravedad del momento, la preocupación que late en sus iris.

—Lo sé, Len. Pero va a tener preguntas. Muchísimas. Y conociendo a mi madre… tendrá respuestas.

—Ya… —murmuro—. ¿Necesitas algo?

—No. Yo me encargo.

Keller alza a Marlowe en brazos. Ella esconde la cara en su pecho y yo le acaricio el pelo con suavidad.

—Te llamo mañana, Mar. Te quiero.

Sus ojos buscan los míos y una chispa de reconocimiento ilumina su mirada.

—Leni.

Es lo único que dice antes de que Keller la saque de la habitación.

Una corriente fría recorre la estancia con su marcha. La puerta se cierra tras ellos y una pesadez —una cinta ardiente, furiosa, incrédula de tensión— se posa sobre el espacio.

Siento que me quedo sin fuerzas y me dejo caer en el borde de la cama.

Talon está en la esquina de la habitación. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho, la postura amplia, imponente. Y sus ojos —esos iris grises, como nubes de tormenta, demasiado observadores— están clavados en mí.

Dejo caer los hombros y tomo aire, preguntándome qué se supone que debo decir ahora.

Antes de que lo decida, Talon se separa de la pared y avanza hacia mí.

—Nos vamos —dice, tajante.

La tensión se quiebra y la confusión lo inunda todo. ¿Nos vamos?

Extiende la mano, tira de mí para que me levante y me guía fuera de la habitación.

Al parecer, sí. Desconecto la mente y lo sigo. Sé que me mantendrá a salvo. Confío en él.

Apenas registro las expresiones sorprendidas de los invitados cuando Talon me conduce fuera de la casa del lago. No vuelvo a respirar del todo, ni a parpadear, ni a comprender lo que ocurre a mi alrededor hasta que estoy sentada en el asiento del copiloto de su coche.

Se inclina sobre mí, abrocha el cinturón y me coloca el bolso en el regazo. ¿De dónde lo ha sacado?

—Ahora vuelvo —murmura, apartándome el pelo de la frente antes de dejar un beso allí.

Jadeo, alzando la vista hacia él, pero ya está trotando de regreso a la casa. Sale unos minutos después con nuestras bolsas de fin de semana colgadas de los hombros.

Las guarda en el maletero, se desliza al volante, sale marcha atrás del camino de entrada y alarga el brazo por encima de la consola central.

Talon toma mi mano. Aprieto sus dedos y una ola de calma me atraviesa. Está aquí. Estoy a salvo. Todo está bien.

Nos alejamos de la casa del lago y, en mi mente, una puerta metálica se cierra con estrépito.

No miro atrás.

14

TALON

—DOS HABITACIONES —digo, levantando dos dedos.

La mujer detrás del mostrador de la pequeña posada junto al lago me observa con recelo por encima de las gafas.

—Estamos en agosto.

Ya lo sé. Por favor, que tenga una habitación libre.

—Sí, señora —respondo, cambiando el peso de un pie a otro y recolocando las bolsas de fin de semana en el hombro.

Quizá piensa que Leni es mi hermana. O una amiga.

La mujer suspira con pesadez. Debe de rondar los sesenta y las líneas de su rostro dicen que lo ha visto todo. Y ahora mismo, no le gusta lo que está viendo.

Joder. Solo necesitamos una habitación.

Si no estuviera tan preocupado por Leni, tan cabreado por el numerito de Toby y tan agotado, me reiría al ver cómo me examina de arriba abajo. En vez de eso, rezo para que deslice dos juegos de llaves por el mostrador y pueda asegurarme de que Leni está bien y meterla en la cama para que descanse.

—Solo nos queda una habitación —dice al fin—. Y es la mejor.

Entrecierra los ojos ante la pantalla del ordenador y arquea las cejas.

—El precio es…

A mi lado, los hombros de Leni se desploman y se balancea ligeramente. La pobre está deshecha ahora que la adrenalina se ha disipado. Está a punto de desplomarse. Quizá sea mejor que compartamos habitación para poder vigilarla.

—Nos la quedamos.

Deslizo mi tarjeta de crédito por el mostrador antes de que diga la cifra. Lo único que me importa ahora mismo es que Leni esté bien.

La mujer vuelve a mirarme, con el ceño fruncido.

Por el amor de Dios.

Contengo las ganas de poner los ojos en blanco. No tengo ni idea de lo que estará pensando. Solo espero que no me reconozca a mí —ni a Leni— y convierta esto en algo más de lo que es.

Resopla, pasa la tarjeta y me entrega un juego de llaves.

—Gracias —digo, recolocando las bolsas.

Luego apoyo una mano en la espalda de Leni y la guío hacia el pasillo.

—Vamos, Len.

Siento la mirada de la mujer clavada entre mis omóplatos hasta que doblamos la esquina.

—Estamos en la dieciséis —informo.

Leni ni siquiera responde.

Localizo la puerta, meto la llave y la abro.

Ella entra delante de mí, camina directa hacia la cama y se sienta en el borde. Un segundo después, se deja caer de lado y se encoge sobre sí misma.

Joder.

Me siento fuera de mi elemento en estos momentos.

Dejo las bolsas en el suelo, me arrodillo junto a ella y aparto con cuidado un mechón de su precioso pelo dorado de la cara.

—Eh —murmuro.

Leni parpadea y veo cómo el reconocimiento ilumina su expresión.

—Talon.

—Dime qué necesitas, cariño.

La preocupación me atraviesa como un puto rayo. Solo quiero que se sienta segura. Protegerla para que nada —ni nadie— pueda tocarla.

—Estoy… muy cansada —susurra.

Le acaricio el pelo.

—Lo sé.

Escuchar las barbaridades que salieron de la boca de Toby ya fue suficiente para que me hirviera la sangre. Pero cuando levantó la mano contra Leni, vi rojo.

Me abrí camino entre el grupo de gente que bloqueaba la puerta. Solo alcanzaba a ver su pelo rubio sobresaliendo entre cuerpos.

Y fue la forma en que se encogió. Cómo alzó los brazos para protegerse. El miedo que cruzó su rostro.

Me golpeó de lleno.

La silueta de mi madre en el suelo del baño.

El recuerdo irrumpió sin permiso. Nítido, demasiado nítido. Y en lo más profundo de mí lo supe.

Toby no era el primer capullo que alzaba la mano contra mi chica.

En ese instante así pensé en Leni. Así la vi.

Y ahora mismo sigo sintiéndolo igual.

No voy a permitir que nadie le haga daño ni a un puto cabello de su cabeza.

Pero ¿qué coño pasó?

¿Fue su ex? ¿Craig? ¿Por eso dejó Nueva York? ¿O fue otro? ¿Un episodio aislado del que no ha podido hablar?

Quiero saberlo todo. Todo. Pero antes necesito que Leni sepa que está a salvo. Que estoy aquí. Que haré lo que sea que necesite.

Metó la mano en mi bolsa y saco una botella de agua de plástico que cogí al salir de la casa del lago.

—Toma, Len. Bebe un poco.

Destapo la botella y la acerco a sus labios.

Parpadea otra vez, clavando sus ojos en los míos.

Le sujeto la nuca con suavidad y la incorporo un poco. Le vierto un pequeño sorbo en la boca y observo cómo bebe. Traga. Vuelve a parpadear.

—Gracias, Talon. Por estar aquí. Yo… lo siento.

Suena derrotada. Triste. Perdida. Nada que ver con la chica de las historias del entrenador. Nada que ver con la mujer que me ganó en la piscina. Ni con la seductora inconsciente que me cocinó la cena.

Le rozo la mejilla con las yemas de los dedos y me inclino hacia ella. Apoyo mi frente en la suya y cierro los ojos.

—Cariño, no tienes nada de lo que disculparte.

—Sí que lo tengo, Talon —insiste—. Tengo mil cosas por las que pedir perdón. Demasiados errores. Demasiadas oportunidades perdidas.

—Dime qué necesitas. Ahora mismo, Leni.

No puedo quedarme de brazos cruzados. Necesito ayudarla. Estar aquí para ella. Y no tengo ni idea de cómo hacerlo.

El eco de los sollozos de mi madre, de hace tantos años, resuena en mi cabeza como si fuera ayer. ¿Qué coño está pasando?

Siento cómo el rostro se me descompone y unas lágrimas —lágrimas que no he derramado en décadas— me queman detrás de los párpados.

Alguien ha hecho daño a mi chica. Igual que alguien hizo daño a mi madre.

Y ella lo perdió todo.

Pero no voy a permitir que eso le pase a Leni. No lo voy a consentir.

—Quiero ducharme —susurra, estremeciéndose bajo mi mano. Está fría. Joder, la adrenalina se le ha desplomado—. Y ponerme algo calentito. Y meterme en la cama.

—Vale.

Suelto el aire con alivio. Eso sí puedo hacerlo.

—Es una buena idea.

La ayudo a incorporarse. Mantengo una mano apoyada en su muslo y lo aprieto con suavidad.

—Voy a preparar el agua.

Asiente y se pasa la lengua por el labio inferior, seco.

La dejo un momento para encender la luz del baño, abrir el grifo de la ducha y girar el mando hacia el agua caliente. Compruebo que

hay champú, acondicionador y gel. Sacudo una toalla y la cuelgo junto a la ducha. Coloco la alfombrilla en el suelo y traslado el albornoz de la parte trasera de la puerta al mueble del lavabo.

Cuando vuelvo al dormitorio, Leni sigue exactamente donde la dejé.

Le castañetean los dientes. Tiene los ojos casi cerrados.

—Vamos, Leni —murmuro, colocándome entre sus piernas y agachándome frente a ella.

Deslizo los dedos bajo el dobladillo de su camiseta y sostengo su mirada.

—¿Te ayudo?

Levanta los brazos en respuesta y le quito la camiseta con cuidado, dejándola sobre la cama.

—Tú puedes —digo, para los dos.

Le rodeo la zona lumbar con un brazo y la ayudo a ponerse en pie. Luego me arrodillo ante ella, desabrocho el botón de sus pantalones cortos y se los bajo por los muslos.

Lleva un conjunto rosa claro a juego, sujetador y tanga. Solo veo el color. No la miro con deseo. No la evalúo. Estoy centrado en que esté bien.

La guío hasta el baño y descorro la cortina de la ducha.

El vapor llena la estancia y empaña el espejo.

Un suspiro de alivio escapa de sus labios. Me mira por encima del hombro.

—¿Te quedas? ¿Me esperas?

—Estoy aquí —prometo.

Asiente.

—Voy a… —se señala el pecho, dejando la frase en el aire.

—Vale.

Me doy la vuelta para darle intimidad. Cuando oigo que la cortina se cierra, me siento en la tapa del inodoro y espero mientras se ducha.

Su ropa interior rosa está en el suelo. La recojo y la coloco sobre el mueble, junto al albornoz.

No quiero presionarla, pero necesito saber qué ha pasado esta noche.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Sí —responde. Su voz suena más firme que hace unos minutos —. Ya casi termino.

—Tómate tu tiempo.

Espero hasta que el agua deja de caer.

Saca la cabeza por la cortina y coge la toalla. Sus ojos buscan los míos y una expresión tímida le suaviza el rostro.

—Gracias por quedarte conmigo.

—Estoy aquí para lo que necesites —le digo, y no hay una sola mentira en esas palabras.

Se mete de nuevo bajo la ducha y, un instante después, aparta la cortina.

La toalla le envuelve el cuerpo, con un extremo metido entre los pechos para que no se abra. Es corta, le llega a mitad de muslo. El pelo rubio, ahora más oscuro por el agua, le cae por la espalda y se le pega a los omóplatos. Regueros de agua le recorren el cuello, gotean por las puntas del cabello y se hunden en el rizo absorbente de la toalla.

Joder.

Desvío la mirada. Lo último que debería hacer es mirarla con deseo. Sobre todo después de todo lo que ha pasado esta noche.

Me aclaro la garganta y señalo el albornoz.

—Salgo un momento.

—Solo tardo un minuto.

Salgo del baño y aspiro una bocanada profunda de aire. Entre el vapor, la imagen de Leni envuelta en una maldita toalla y la intensidad emocional de la última hora, necesito un segundo para recomponerme.

Me paso la mano por el pelo y aprovecho para sacar del bolso unos pantalones cortos de dormir y una camiseta de tirantes. Quiero darme una ducha antes de acostarme, pero primero necesito asegurarme de que Leni esté tranquila.

Un momento después sale del baño envuelta en el albornoz grande y mullido.

—¿Tienes hambre? —pregunto.

Niega con la cabeza y bosteza.

—Más sueño que otra cosa.

—Vale.

Señala hacia el baño.

—¿Quieres ducharte?

—Sí. —Cojo unos bóxers limpios del bolso y los enrollo junto al pijama—. Métete en la cama. Yo duermo en el suelo y…

—¿Qué? —Leni niega con la cabeza—. Talon, eso es absurdo. Es una cama king size. Cabemos los dos de sobra.

Sacudo la cabeza.

—No quiero que te sientas incómoda. Ha sido una noche dura y…

—Por favor —me interrumpe, acercándose y apoyando una mano vacilante en mi brazo—. Me siento segura contigo, Talon. Nunca me has hecho sentir otra cosa que no sea seguridad.

Sus palabras son, al mismo tiempo, una patada en el pecho y un bálsamo sobre heridas viejas.

—Leni… —La voz me sale tensa. Y el resto de mi cuerpo también lo está. No sé si soy capaz de dormir a su lado estando así de inestable.

Furioso por lo de Toby. Muerto de preocupación por ella. Y consumido por la curiosidad de saber qué demonios pasó en Nueva York.

—Por favor, Talon —suplica, los ojos azules brillantes, cargados de lágrimas que no llegan a caer—. Ve a ducharte.

Suspiro y hago lo que me pide. No sé si soy capaz de negarle nada. Desde el primer día ha sido la única mujer con ese poder sobre mí. Su inocencia y su dulzura, en total contraste con la dureza que me ha moldeado, me resultan irresistibles.

Me tomo un momento extra bajo el agua para darle tiempo a acomodarse en la cama y para darme una maldita charla mental.

No voy a cruzar ninguna línea.

Voy a asegurarme de que Leni se sienta cómoda y a salvo.

Voy a comportarme como un caballero.

Mientras me seco, me quedo mirándome en el espejo y me juro hacer las cosas bien con mi chica. Encontrar al cabrón que le puso las manos encima. Y asegurarme de que Toby no vuelva a alzar la mano contra una mujer jamás.

Luego me pongo el pijama, entro en el dormitorio y rezo para que Leni esté dormida.

Su respiración acompasada, seguida de un suave ronquido que rompe el silencio, me confirma que lo está. Suelto el aire con alivio y rodeo la cama hasta el otro lado. Me detengo un instante y me inclino para observarla.

Parece un ángel.

El pelo húmedo se extiende sobre la almohada, un halo de oro oscuro. Las pestañas largas, dos tonos más oscuras que su cabello, dibujan medias lunas sobre sus pómulos altos. Sus labios llenos, recogidos en un capullo de rosa, apenas se separan en una rendija mínima.

Está de lado, con las manos juntas bajo la barbilla y el edredón blanco subido hasta los hombros.

—Radiante Leni —murmuro, acariciándole el pelo—. Duerme bien, cariño.

Después me meto en la cama a su lado, procurando dejar espacio entre los dos, y me dejo arrastrar por el sueño.

SON CASI las cuatro de la mañana cuando empieza a gemir en sueños.

—No, no… —el quejido se le escapa entre los labios, la angustia marcándole el rostro.

—Leni —murmuro, acercándome más y apoyándome sobre un codo—. Shh… estás bien.

—¡No me hagas daño! ¡Para! Me estás haciendo daño.

Alza las manos para protegerse la cara y el estómago se me retuerce de pura impotencia.

—Cariño, estás a salvo. Shh… —intento tranquilizarla mientras la rodeo con los brazos y la atraigo hacia mí.

Le acuno la cabeza, mi palma sostiene su mejilla. En cuanto la otra mejilla descansa contra mi pecho, sus sollozos se suavizan. Se

acurruca más contra mí, los párpados le tiemblan un par de veces y un suspiro se le escapa.

—Radiante Leni, estás bien, pequeña. Te tengo. No voy a dejar que nadie vuelva a hacerte daño.

Apoyo los labios en la coronilla de su cabeza y repito esas palabras una y otra vez hasta que su respiración vuelve a acompasarse.

Me rodea con más fuerza, aferrándose a mí mientras sigo susurrándole. Mi voz es baja, tranquila. Por dentro, en cambio, soy un torbellino. ¿Se lo digo al entrenador? ¿Hablo con Marlowe? ¿Le pido que me cuente todo?

¿Cómo ayudo a mi Radiante Leni a recuperar su luz? Esa seguridad que su padre siempre elogiaba. Esa chispa que yo he visto en momentos fugaces.

Me incorporo un poco y me apoyo contra el cabecero, acomodando mejor su cuerpo sobre el mío. Le acaricio la mejilla, deslizo los dedos por su pelo y la observo mientras duerme. Debe de estar agotada.

Yo estoy completamente despierto. La cabeza me va a mil.

En la mesilla, el móvil de Leni vibra con un mensaje entrante. Veo cómo se ilumina la pantalla y vuelvo a mirarla a ella.

Pero vibra otra vez. Y otra.

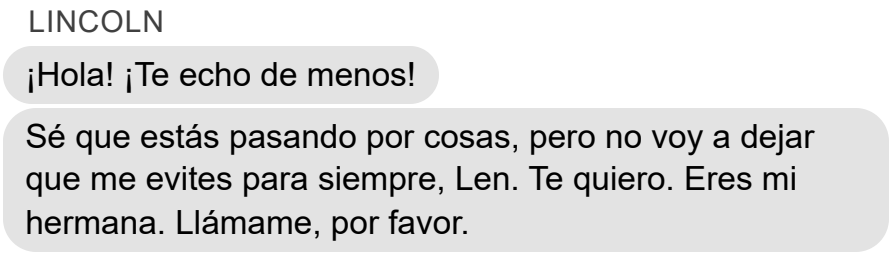
¿Será el entrenador? ¿Estará preocupado?

¿O Marlowe? ¿Ha pasado algo más?

Cuando vuelve a vibrar, alargo la mano.

Leni duerme profundamente. No me entusiasma la idea de leer sus mensajes, pero empiezo a preocuparme de verdad.

Cojo el móvil.



KELLER

Marlowe y yo hemos llegado a casa. Está dormida y yo estoy a punto de caer también. Gracias por todo esta noche, Leni. Y dale las gracias a Talon de mi parte.

Mañana te escribo. Buenas noches.

Suelto el aire con alivio y estoy a punto de dejar el móvil cuando entra otro mensaje.

Esta vez, la sangre se me hiela.

CRAIG

No puedes mantenerte alejada para siempre, Leni. Pienso en ti todo el tiempo. En lo que voy a hacer cuando vuelva a tenerte entre mis manos.

Nuestros amigos empiezan a preguntarse qué ha pasado y ya sabes lo mucho que detesto mentir.

Más te vale volver, Leni. Aunque tenga que arrastrarte yo mismo.

No voy a dejar que me dejes, cariño. Sabes que estamos hechos el uno para el otro.

Sabes que eres mía. Lo entiendes, ¿verdad?

Porque te quiero, Leni. Y no sé qué haré si no vuelves a casa conmigo.

No sé de lo que soy capaz. No lo digo para asustarte, cariño.

Lo digo porque te quiero. Siempre te querré.

Y voy a ir a por ti, dulce Leni.

Voy a buscarte.

La rabia me devora a medida que leo cada mensaje. La visión se me nubla. La ira me arde en las venas y el horror me martillea en las sienes.

Aprieto el móvil de Leni con más fuerza.

Hijo de puta.

El exnovio.

¿Cómo se atreve a ponerle la mano encima? ¿Cómo se atreve a amenazarla? ¿Cómo se atreve siquiera a escribirle?

Bajo la mirada hacia el ángel que duerme en mis brazos y lo tengo claro.

Estoy perdido.

Cruzaré todas las líneas rojas. Mandaré mi carrera a la mierda si hace falta con tal de mantenerla a salvo. Porque lo que siento por ella… joder, no sé ponerle nombre, pero es algo.

Y por primera vez en mucho tiempo, eso —ella— es lo único que importa.

15

LENI

—BUENOS DÍAS, Radiante Leni.

Talon sonríe en cuanto abro los ojos.

—Hola —murmuro, todavía algo descolocada.

Echo un vistazo a la habitación, anticuada pero limpia, y los recuerdos de la noche anterior me golpean de lleno.

Toby y la lancha.

Las preocupaciones de Marlowe.

Keller sosteniéndola para que no se viniera abajo.

Las palabras de Toby, llenas de odio, cargadas de veneno.

Su puño echándose hacia atrás.

El olor a whisky.

Y Talon.

Talon ocupándolo todo, poniendo a Toby en su sitio y sacándome de allí.

Trayéndome aquí. Ayudándome a ducharme. Sosteniéndome durante toda la noche.

Estoy aquí. Estás a salvo. Te tengo.

Talon me mantuvo entera.

Parpadeo varias veces y me aparto el pelo de la cara, colocándolo detrás de las orejas.

Lo miro. Él me sostiene la mirada, expectante, sentado en el borde de la cama.

—Siento lo de anoche —consigo decir, con la garganta áspera.

Niega con la cabeza. Algo indescifrable cruza sus ojos grises. Hoy están tormentosos, pero su voz es suave cuando añade:

—No tienes nada por lo que disculparte, cariño. Absolutamente nada.

Inclino la cabeza hacia un lado. Sé que eso no es del todo cierto. Mi estómago ruge con fuerza y Talon esboza una sonrisa ladeada.

—¿Tienes hambre?

—Sí —admito cuando vuelve a gruñir—. Muchísima, la verdad.

—Venga, vamos al pueblo a desayunar. Luego decidimos qué hacemos hoy.

Alzo las cejas, sorprendida.

—¿No quieres volver a casa? El cumpleaños de Marlowe ha sido un desastre. —Suspiro—. Tengo que hablar con ella. Y… —señalo hacia él— hoy es tu día libre. Puedes hacer lo que quieras. No tienes que pasarlo…

—No hay nadie con quien prefiera pasar el día que contigo —me interrumpe.

Se levanta y coge una gorra de los Coyotes Football, que se coloca del revés.

—Pero… —añade— me apetece hacer algo divertido. Así que vamos a comer algo y preparamos algún plan.

—Algún plan —repito.

No digo nada más porque estoy demasiado ocupada mirándolo. Entre la gorra hacia atrás, la barba incipiente marcándole la mandíbula y los músculos tensándose bajo la camiseta de tirantes, mi cerebro se queda en blanco. Mi cuerpo, en cambio, despierta.

Y anoche parece pertenecer a otra vida.

Ahora solo quiero quedarme en esta, donde me siento segura y tranquila al lado del hombre más sexy con el que he estado jamás.

Talon sonríe.

—¿Me estás fichando, Len?

Me ruborizo, pero no aparto la mirada.

—Es difícil no hacerlo, Talon. —Hago un gesto hacia él—. O sea… mírate.

—Prefiero mirarte yo a ti —responde, con una naturalidad desarmante.

Resoplo y él se ríe.

—Voy a bajar a por unos cafés. Te dejo tiempo para vestirte y hacer… lo que sea que hacéis las chicas.

Suelto una carcajada.

—Lo mismo que los chicos, supongo. Pero el café me parece perfecto.

Asiente, coge las llaves y el móvil.

—En quince minutos estoy de vuelta.

—Vale. Gracias.

Estiro los brazos por encima de la cabeza y me quedo en la cama hasta que la puerta de la habitación se cierra.

Entonces me inclino y cojo el móvil de la consola central. El mensaje de mi hermana me arranca una sonrisa y, por primera vez en semanas, le respondo.

LENI

Yo también te echo de menos, Lincoln. Tenemos muchísimo de lo que hablar. Perdona por haber sido una hermana de mierda, pero te quiero tal y como eres y gracias por no rendirte conmigo. Te llamo esta semana. Lo prometo. Besos.

Respiro hondo después de enviarlo. Le debo mucho más que una llamada, pero… paso a paso.

Después leo el mensaje de Keller. Sé que probablemente siga dormido y que me llamará cuando él y Marlowe tengan respuestas.

Aun así, le escribo a Marlowe para decirle que la quiero. Y a mamá le mando un mensaje para tranquilizarla: que estoy bien y que mañana vuelvo a casa.

Entonces veo los mensajes de Craig y la sangre se me hiela.

¿Por qué demonios no me deja en paz? ¿Piensa venir hasta aquí?

Respiro hondo y cierro los ojos. Odio que mi intuición de no bloquear su número haya resultado acertada. Necesito saber si va a

aparecer en Knoxville. Y ahora mismo esa posibilidad me parece demasiado real.

Suelto el aire, temblorosa, y vuelvo a abrir los ojos.

No llega la oleada de pánico. No aparece la visión borrosa, ni el corazón desbocado, ni esa incapacidad para llenar los pulmones de aire.

Estoy… enfadada. Frustrada. Exhausta.

Pero también me siento a salvo. Y sé que se lo debo a Talon. Aunque él no lo sepa. Aunque jamás llegue a saberlo.

Aparto el edredón y me levanto de la cama, estirándome de nuevo. Lo mínimo que puedo hacer es asegurarme de que disfrute su día libre. Talon no ha hecho más que portarse bien conmigo, y anoche fue mucho más allá, apareciendo cuando más lo necesitábamos, mi amiga y yo.

Hoy me apunto a lo que sea que le apetezca hacer. Y me aseguraré de que lo pasemos en grande.

Quizá solo esté distrayéndome de mi realidad. Pero ahora mismo necesito esa distracción. Necesito un respiro del torbellino de las últimas veinticuatro horas. Quiero divertirme con Talon y vivir, aunque sea un rato, en esa otra versión de mi vida.

Con la decisión tomada, camino hasta mi bolsa de viaje, saco el neceser y entro en el baño. Me arreglo el pelo, me maquillo un poco y me visto para el día.

Cuando Talon vuelve con los cafés, estoy lista. Y me encanta la doble mirada que me dedica al verme.

Hoy va a ser algo más que un buen día. Va a ser el día en que empiece a recuperar partes de mi vida. De mí misma.

Y no estoy segura de que tuviera el valor para hacerlo sin Talon a mi lado.

—¿TIENES alguna idea de qué quieres hacer en tu día libre? —pregunto mientras me llevo a la boca un tenedor bien cargado de huevos revueltos.

Sus ojos se iluminan y asiente, terminando su segunda tortita.

—Sí.

Me inclino hacia delante y alzo una ceja.

—Hay un parque acuático a diez minutos de aquí —anuncia, con el entusiasmo de un adolescente el primer día de vacaciones de verano.

Se me escapa una carcajada.

—¿En serio?

Talon asiente, sin perder la sonrisa.

—Madre mía, hace… años que no voy a un parque acuático. —Frunzo el ceño, intentando recordar cuántos—. Desde el instituto, con Lincoln —concluyo.

—Yo no voy desde el verano pasado, pero los parques acuáticos son mi debilidad, así que… —deja la frase en el aire.

—Me encantaría ir a un parque acuático.

—Bien —dice, empezando su tercera tortita—. Son muy lo mío.

Resoplo.

—¿Muy lo tuyo?

Asiente, con los ojos brillándole de emoción.

—Fui una vez de pequeño. Debía de estar en quinto o sexto. Mis padres de acogida —Allen y Kim, probablemente los mejores que tuve— tenían un hijo biológico, Frankie. Era su cumpleaños y invitó a unos cuantos amigos… y a mí. Fue uno de los mejores días de mi vida.

La mirada de Talon se pierde en la distancia, como si estuviera reviviendo aquel recuerdo. La sonrisa no desaparece de su rostro.

—Me encantaron todas las atracciones en las que monté… menos la de caída libre. Joder, eso sí que fue salvaje. —Se ríe entre dientes —. Desde entonces me he propuesto ir a todos los parques acuáticos que pueda.

—¿A cuántos has ido? —pregunto, intrigada.

Resopla.

—Por lo menos a trescientos.

—¡¿Trescientos?! —Entorno los ojos—. ¿Me estás tomando el pelo?

Talon asiente con entusiasmo.

—Es uno de los puntos de mi lista de cosas pendientes.

—¿Ir al mayor número posible de parques acuáticos?

—Ir a un gran parque acuático en cada estado. Hace unos años, cuando estaba en la universidad, uno de mis compañeros me invitó a su ciudad en Wisconsin. Estaba cerca de Noah's Ark. Fue brutal. El pueblo incluso se llama la Capital Mundial de los Parques Acuáticos.

—¡Venga ya! —me río, fascinada por esta faceta suya. El Talon divertido, juguetón, que comparte más de sí mismo de lo habitual. Es como asomarme tras una cortina que llevaba años queriendo descorrer.

Y me encanta todo lo que me está contando.

—¿Qué más hay en tu lista? —pregunto.

Niega con la cabeza y da un mordisco al bacon.

—No es tan elaborada como la tuya. Aunque quizá debería serlo. Pasar tiempo contigo, Leni, me ha hecho pensar.

—¿En qué?

—En la vida, supongo. Nunca he viajado de verdad, ¿sabes? Nunca me he parado a pensar en lugares que ver o experiencias que vivir. Durante años todo fue fútbol. Conseguir una beca, mantenerla, que me eligieran en el draft. Firmar un buen contrato. Mantener mi puesto en el equipo. No sé hacer otra cosa que luchar por seguir en lo alto. La única vez que realmente paré fue cuando murió mi madre y, sinceramente, si no hubiera sido por tu padre, no sé si habría podido pasar tanto tiempo con ella como pasé.

—¿Mi padre te ayudó con todo eso?

—Sí —confirma Talon.

—No me sorprende —digo—. Es solo que… nunca ha mencionado nada.

—Es un tío íntegro.

—Ya —asiento—. Es curioso, ¿sabes? Durante años nunca pensé en mis padres como personas con identidades propias, relaciones y vidas más allá de ser los padres de Lincoln y míos.

Talon me observa con curiosidad.

—No sé yo —responde con honestidad, pensativo—. Pero imagino que tú y Lincoln tampoco les contáis absolutamente todo. Y

estoy seguro de que saben que vuestras vidas son mucho más que ser sus hijos.

—Sí… —murmuro, preguntándome otra vez si debería haber confiado en ellos antes. ¿Qué les habría dicho? ¿Qué habrían hecho?

—Tienes suerte, Leni. No conozco a muchos hombres que quieran a sus hijos como tu padre os quiere a ti y a Lincoln.

Me mira de nuevo, esta vez con mayor seriedad. Como si intentara decirme algo más de lo que está dispuesto a verbalizar.

Frunzo el ceño y Talon se aclara la garganta.

—¿Sabes? —continúa, haciéndome un gesto para que siga comiendo. Consigo meterme otros dos bocados—. Cuando mi madre estaba en el hospital, el entrenador venía muchas noches a sentarse conmigo. Fue entonces cuando empezó a hablarme de vuestra familia, a contarme historias sobre ti y tu hermana.

Esboza una sonrisa traviesa y yo gimo.

—¿Qué te contó?

Talon suelta una carcajada.

—No voy a traicionar su confianza, Len.

—Oh, Dios. Eran historias vergonzosas, ¿a que sí?

—Adorables —corrige—. Me encantaba escuchar todo lo que compartía sobre ti. Fue en aquella época —una de las más oscuras de mi vida— cuando empecé a pensar en ti como puro sol.

Su confesión me deja sin aliento y dejo el tenedor sobre el plato.

—¿Cómo que…?

—Conocerte era cuestión de tiempo —explica—. Pero me ayudaste a atravesar un momento muy duro de mi vida. Y ni siquiera lo sabes.

Suspira y se limpia la boca con la servilleta. Luego me mira con firmeza.

—Si alguna vez hay algo en lo que pueda ayudarte… —alza una ceja— aquí estoy, Len.

Otro mensaje en clave.

¿Va por lo de anoche? ¿Por Toby y Marlowe?

O… mi corazón empieza a latir con fuerza… ¿ha visto los mensajes de Craig? ¿Lo sabe Talon?

Murmuro un gracias y él sigue comiendo como si no acabara de poner mi mundo patas arriba.

¿Estoy imaginando cosas?

Niego con la cabeza y doy un sorbo al café.

—Cuéntame más sobre el baile de debutantes. ¿Cuándo es el gran día? —pregunta Talon. Tiene la expresión abierta, interesada, lo que me desconcierta todavía más.

Tengo que estar sacando conclusiones precipitadas. Eso es. Aún no se me han calmado los nervios después de las últimas veinticuatro horas.

—Es el veintiuno de septiembre. Normalmente se celebra en junio, pero la organizadora principal, la señora Tipton, está embarazada. Por las complicaciones que tuvo y porque hubo que redistribuir las tareas del comité, decidieron aplazarlo. Pero ya va tomando forma. Estoy ilusionada con el evento y con formar parte de él. La hermana de Marlowe, Adi, es una de las participantes.

—¿Ah, sí?

Talon parece realmente interesado, así que le cuento más detalles: el menú, el primer vals, el cóctel especial de la noche.

Cuando termino, ya está llamando al camarero para pedir la cuenta.

Y después nos vamos al parque acuático para pasar una tarde despreocupada, divertida.

Otra cosa que hacía años que no vivía.

Otra experiencia que no querría compartir con nadie más que con Talon Miller.

16

TALON

LENI STRAUSS DEBERÍA TENER PROHIBIDO IR en bikini.

En serio. Ver la cantidad de hombres que se giran para mirarla —algunos incluso acompañados por sus propias parejas— resulta, como mínimo, inquietante. Claro que Radiante Leni no se entera de nada. Va dando pequeños saltitos sobre las puntas de los pies, señalando un tobogán y luego otro, emocionada como una cría.

Pero yo no pierdo detalle. Cada segunda mirada. Cada ojo que se detiene más de la cuenta. Incluso dos silbidos.

El interés que despierta hace que no me separe de ella ni un segundo. Sé que estoy siendo posesivo, quizá un poco exagerado, pero no parece molestarle. Al contrario. Se engancha a mi brazo, me dedica otra de esas sonrisas llenas de luz y me reta a carreras hasta la cima de cada atracción.

—¡Este! ¡La caída libre es el siguiente! —exclama, tirando de mí hacia el tobogán que me convirtió en fan absoluto de los parques acuáticos.

Y es curioso, porque en el fondo no deja de ser una tontería, pero me encanta compartir este día con ella. Durante años iba a parques acuáticos y arrastraba conmigo a algún compañero de equipo que se animara. Y sí, nos lo pasábamos bien.

Pero hoy es distinto. Hoy es especial. Y me calienta por dentro, como si el sol me atravesara el pecho. Como aquellos rayos que no sentía desde aquella primera vez, cuando tenía unos doce años.

Leni y yo llegamos arriba del todo y echo un vistazo hacia abajo.

La oigo contener el aliento. Giro la cabeza por encima del hombro.

Busca mis ojos. Una sonrisa lenta se dibuja en su cara preciosa.

—¿Lista, Radiante? —pregunto.

—Después de ti, Miller.

Resoplo.

—¿Seguro? ¿Las damas primero?

—Podéis bajar juntos. Hay dos toboganes —nos informa el socorrista.

Alzo una ceja. La sonrisa de Leni se ensancha y cada uno ocupa su posición.

—A la de tres —digo.

—Nos vemos abajo —responde ella.

—Sí, llegaré antes.

Leni se ríe por lo bajo.

—Tres —empiezo—. Dos…

Y suelto un grito de sorpresa cuando Leni se lanza antes de tiempo, pequeña tramposa escurridiza.

—¡Leni! —grito, empujándome hacia el vacío.

El corazón se me sube a la garganta y el estómago se me cae hasta los pies. Durante un latido, no peso nada.

No soy el crío con la rabia clavada en el pecho. No soy el alma de la fiesta solo para que me acepten. Por un segundo, solo soy Talon. Un tío en caída libre por la mujer más preciosa, dulce y luminosa que he visto en mi vida.

Cuando llego abajo, el tobogán se aplana y el agua salta a mi alrededor.

Leni ya está esperándome en el borde.

—Te he ganado.

—Eres una jodida tramposa —me río.

Ella sonríe con picardía.

—Menuda caída libre.

—Ya… —murmuro, perdiéndome en sus ojos azul cerúleo—. Ya lo creo.

Pasamos el resto de la tarde en el río lento. Yo me tomo una cerveza; ella, un mojito. Hablamos de todo y de nada.

De fútbol y de organización de eventos.

Me cuenta que algún día quiere dedicarse a organizer bodas. Y la veo ahí, con claridad. Encaja perfectamente.

Le digo que me alegra que haya vuelto a casa. Y lo digo de verdad. Desde que está aquí, algo ha cambiado para mí. Solo que aún no sé exactamente qué.

Porque aunque he ido dejando migas de pan, esperando que se abra y me hable de Craig, de Nueva York, de la verdadera razón por la que ha regresado a Tennessee… no ha dicho ni una palabra.

En su lugar, me ha dado sus ojos azules brillantes. Su risa. Su luz.

Cuando volvemos al hotel, me doy cuenta de que estoy colado hasta las trancas.

Y quiero todo con Leni Strauss.

Lo bueno, lo malo y lo feo.

—¿TE apetece salir a cenar? —pregunto cuando termina de secarse el pelo con el secador.

—La verdad es que estoy reventada. ¿Pedimos servicio de habitaciones?

—Claro —acepto.

Leni sonríe y se deja caer de espaldas sobre la cama.

—Ojalá no tuviéramos que volver mañana a casa.

—Ha sido una escapada épica.

—¿Has disfrutado tu día libre? —pregunta, incorporándose sobre un codo.

—Ha sido increíble —respondo, sentándome a su lado. El colchón se hunde bajo mi peso.

Leni lleva una camisa blanca de lino, abotonada y con un escote pronunciado, y unos shorts cortos de algodón. Tiene ese aire relajado, cómodo, como si nada pudiera perturbarla.

Yo, en cambio, empiezo a notar que el reloj corre en nuestra contra.

Ha sido un fin de semana vertiginoso. Solo dos días, pero siento que entre nosotros han pasado demasiadas cosas. Por fin he admitido que lo que siento por la hija del entrenador es real. No pienso desperdiciarlo. Y sé que tengo que ser sincero con Leni, decirle lo que siento.

Pero también quiero que confíe en mí. Que se abra. Que me hable de Craig.

Y sigue sin decir nada.

Si mañana volvemos a Knoxville sin mencionar al elefante que tenemos plantado en medio de la habitación, ¿qué pasará? ¿Seguiremos esquivándonos?

Joder, no soporto eso. No después de todas estas horas juntos. La tuve entre mis brazos toda la noche. No puedo fingir que eso no ocurrió. O, peor aún, que no significó nada.

—Voy a llamar para pedir la cena —dice, repasando el menú—. ¿Qué te apetece?

—Hamburguesa con patatas —respondo, mi pedido clásico de hotel.

Hace la llamada. Cuando cuelga, se gira hacia mí.

—¿Y ahora qué?

Y ahí está mi oportunidad.

Suspiro y decido soltarlo todo.

—Hoy me lo he pasado muy bien, Leni.

—Yo también —dice. Pero algo en mi tono la alerta. Se incorpora del todo y apoya la espalda en los almohadones.

—Anoche vi tu móvil —confieso—. Leí los mensajes de Craig.

—Yo… —Se detiene, frunciendo el ceño—. ¿Leíste mi…?

—Me preocupé. Pensé que podía ser algo de tus padres. O de Marlowe. Te habías despertado gritando por una pesadilla —explico —. No quería despertarte, así que solo quería asegurarme de que asegurarnos de que Marlowe estuviera bien. Era un mensaje de tu

hermana y luego de Keller. Estaba a punto de dejar el móvil cuando empezaron a entrar los de Craig. Uno tras otro.

Se le frunce el entrecejo. Entrecierra los labios. Pero no es traición lo que cruza su rostro. Ni rabia. Para eso estaba preparado.

Es vergüenza. Y eso me revuelve por dentro de una forma brutal.

—Seguramente estaba borracho —confiesa en voz baja.

—¿Con qué frecuencia te escribe? —mantengo la voz suave.

—Demasiado a menudo —responde—. Pero no he contestado a ninguno. Ni a uno solo.

Asiento, sosteniéndole la mirada.

—¿Qué pasó en Nueva York, Len? ¿Por qué volviste en realidad?

Los ojos se le llenan de lágrimas. Los cierra. Una se desprende y desciende lentamente por su mejilla mientras intenta ordenar sus pensamientos.

Creía que se pondría a la defensiva. Que me gritaría. Que me apartaría.

En lugar de eso, parece destrozada. Rota por dentro. Y odio verla así.

Extiendo la mano con cuidado para secarle la lágrima. Antes de retirarla, ella la atrapa y la sujeta con fuerza.

—Tuve que irme —su voz se quiebra.

—Me alegro de que lo hicieras. —Me acerco un poco más—. Puedes contarme lo que sea, cariño. No voy a juzgarte. Estoy en tu equipo. Solo quiero que estés a salvo. Y, Len, esos mensajes no son ninguna tontería. No si tuviste que marcharte.

—Lo sé —admite.

—¿Te puso las manos encima?

Hay un filo en mi voz que no logro ocultar. Y me da igual. No quiero asustarla, pero las imágenes que me cruzan la cabeza son insoportables. Necesito saber la verdad. Necesito saber a qué coño me enfrento.

—Sí —susurra.

—¿Llegaste a denunciarlo?

Niega con la cabeza. Más lágrimas le recorren las mejillas.

—¿Alguna vez…? —Joder, ni siquiera sé cómo decirlo—. ¿Te obligó a hacer algo más de lo que querías?

Me mira un segundo eterno. Sus ojos se abren con horror.

—No. No, nunca. —Niega con vehemencia y una mínima, diminuta chispa de alivio se cuela en mi pecho.

Pequeños putos milagros.

—A veces se enfadaba. Tiraba una botella de whisky. Me daba una bofetada o me pellizcaba. Solo una vez fue realmente grave.

—Nunca es "solo una vez", Leni —murmuro.

—Lo sé —admite, abatida.

—¿Qué pasó?

—Él… —Se interrumpe. Los hombros le tiemblan.

—Está bien, cariño. —Le apoyo una mano en la rodilla, intentando transmitirle calma.

Vuelve a negar con la cabeza, no sé si para contradecirme o para aclararse las ideas.

—Me agarró del cuello. Me dejó marcas en la clavícula. Y a la mañana siguiente llamé a mi madre.

—Joder, mi luz… —me siento mareado, enfermo. La acerco hacia mí, despacio, esperando que no la incomode. Gracias a Dios viene sin dudarlo. La envuelvo con los brazos y la aprieto contra mi pecho —. Leni, lo siento tanto.

—No lo sientas. Es mi—

—Ni se te ocurra terminar esa frase —la corto—. Ni se te ocurra decir que fue culpa tuya.

—Debería haberme ido, Talon. Debería haberlo dejado semanas antes. Pero me repetía que si conseguía… ser mejor, cambiar… todo estaría bien. Y, en lugar de eso, cada vez iba a peor.

—¿Cuánto tiempo te quedaste?

—Casi dos años —susurra.

Cierro los ojos. Siento cómo la sangre me abandona la cara. Joder. No quiero presionarla demasiado, pero no consigo frenar los pensamientos que me asaltan.

—¿Fue violento desde el principio?

Leni tiembla entre mis brazos.

—Empezó a los seis meses. Fue progresivo. Cada vez más controlador. Un comentario un día, un estallido de rabia semanas

después. —Niega con la cabeza—. Sé cómo suena, Talon. Pero cuando estás dentro… hay cosas que decides no ver. O no admitir.

Me rompe el puto corazón. Contengo mis emociones para no asustarla. Lo único que quiero es que sepa que puede confiar en mí.

Le beso la coronilla y murmuro:

—Ahora estás a salvo, Leni. Estás aquí. En casa.

—Lo sé —solloza—. Marlowe me dijo lo mismo.

—Entonces hablaste con ella. —Eso me tranquiliza un poco. Significa que está empezando a asumirlo. A abrirse.

—Sí. Hace poco pasó algo parecido en su familia y… —Sacude la cabeza—. Es mi mejor amiga. Las dos guardábamos secretos, pero fui yo quien puso distancia. Hice lo mismo con mamá y papá. Con Lincoln.

Suelto el aire despacio.

—Tu familia y tus amigos te quieren, Leni. Más que nada en el mundo. Lo van a entender. Estamos todos de tu lado. Pero tenemos que protegerte, cariño. Necesito mantenerte a salvo.

Asiente. Sus ojos no se apartan de los míos, aunque las lágrimas siguen cayendo.

—Me siento segura contigo, Talon. Desde el primer momento.

Le seco otra lágrima con el pulgar.

—Me alegro. Me destrozaría saber que no es así. Porque, Len, más que nada en el mundo quiero protegerte. Lo que siento por ti… nunca lo había sentido antes.

—¿Nunca?

Niego con la cabeza.

—Anoche, cuando te vi levantar los brazos para protegerte del puñetazo de Toby, fue como un puto despertador. Recordé a mi madre. Yo era solo un crío y aun así esa imagen, ese recuerdo, sigue ahí. Nunca me he quedado de brazos cruzados cuando un hombre —cualquier puto hombre— se ha puesto violento con una mujer. Pero anoche… Leni, podría haberlo matado.

—Siento haberte puesto en esa situación —murmura, horrorizada.

—No, cariño. ¿No lo entiendes? Significas muchísimo para mí. Haría lo que fuera por ti. Y lo que siento… la intensidad… es nuevo

para mí. Estoy cruzando todas las malditas líneas rojas y, Len, me da igual. Me importas tú. Tu seguridad. Tu felicidad. No quiero que cargues con vergüenza ni culpa ni nada de eso. Quiero que vuelvas a encontrar tu luz. Y quiero ayudarte a hacerlo.

Leni inspira hondo.

Y entonces se inclina hacia delante y posa sus labios sobre los míos.

17

LENI

SABOREO la sorpresa de Talon cuando lo beso. Sé que le estoy lanzando demasiadas cosas de golpe, pero Dios… quiero —no, necesito— que este hombre me recuerde que no estoy rota.

Valgo. Soy suficiente.

Y sus palabras… Dios, esas palabras salvaron una parte de mi alma.

Estoy cruzando todas las malditas líneas y, Len, me da igual. Me importas tú y tu seguridad. Tu felicidad. No quiero que cargues con vergüenza ni culpa ni nada de eso. Quiero que vuelvas a encontrar tu luz. Y quiero ayudarte a hacerlo.

Me acerco más y, cuando intensifico el beso, Talon reacciona. Su mano me sujeta la mejilla mientras me devuelve el beso. Al principio, con cautela. Dulce. Suave. Después más firme, con un filo que me enciende la piel.

—Len… —se separa apenas, apoyando la frente contra la mía—. Cariño, nosotros…

—Por favor, Talon.

Me da igual lo necesitada que suene. Llevo meses cuestionándome. Semanas castigándome por dentro. Y ahora que por fin he reunido el valor para contarle la verdad, él… él me ha ofrecido comprensión sin condiciones. Me ha dado su luz.

Se ha entregado. Y yo lo quiero entero.

—Te necesito —confieso.

Sus ojos brillan. Se oscurecen. Y luego arden. Pura intensidad. Deseo.

—Leni, acabas de contar cosas muy duras. Quizá—

—Sé lo que quiero, Talon —lo interrumpo. Entiendo lo que intenta hacer. Lo quiero más por ello. Pero—. No es una decisión desesperada ni impulsiva. Te he deseado durante semanas. Hemos estado dando vueltas, evitando el momento, pero lo que siento por ti es real. Has sanado partes de mí que ni siquiera sabes que estaban heridas. Y quiero esto. Te quiero a ti.

—Dios…

Suena casi dolorido. Se muerde el labio mientras deslizo los dedos por la barba incipiente de su mandíbula. Su respiración se entrecorta. La mano que tiene en mi costado se aferra con más fuerza.

—Si hacemos esto, Leni, se hará realidad. No voy a poder marcharme luego. Ni fingir que fue cosa de un fin de semana. Ni ocultarlo de tu padre ni del equipo. Eres la única mujer por la que he sentido algo así. Y no soy un novato, cariño. O esto es real… o somos solo amigos. Pase lo que pase, siempre te cubriré las espaldas. Te ayudaré con lo que venga. Pero esto no difumina una línea. La cruza por completo.

Es exactamente lo que esperaba que dijera. Aun así, escucharlo pronunciarlo en voz alta —que me quiere de verdad— hace que una ola de alivio y esperanza me recorra el cuerpo. Sus palabras se mezclan con el deseo que ya me arde bajo la piel.

—Quiero cruzar todas las líneas contigo —admito.

Él exhala, sin apartar los ojos de los míos.

Llaman a la puerta.

—Servicio de habitaciones.

Talon resopla y empieza a levantarse.

—Déjalo —digo, negándome a que nada interrumpa este momento—. Te quiero, Talon.

Lo miro directamente cuando lo digo.

—Yo no era una chica que se encogía. Sabía lo que quería y lo pedía. La versión en la que me convertí… no estoy orgullosa. Pero estoy volviendo a encontrarme. Y tú has sido una parte enorme de eso. Sé lo que siento por ti. Sé lo que quiero contigo. Quiero esto.

Señalo el espacio entre los dos antes de dejar la mano sobre su muslo.

—Servicio de habitaciones —insisten al otro lado.

—Ahora mismo voy. Podéis dejarlo —responde Talon.

Sonrío, mordiéndome el labio inferior.

Niega con la cabeza.

—Vas a acabar conmigo, Leni.

Y entonces nos movemos a la vez. Nos encontramos en el centro. Nuestros labios chocan con hambre. Me incorporo de rodillas mientras sus brazos me rodean la cintura. Una mano se apoya en el centro de mi espalda, anclándome a él.

Cuando me atrae hacia su cuerpo, mis pechos se aplastan contra su pecho y ese simple contacto me dispara la sangre. Hace demasiado tiempo que no me dejo caer en un momento así con un hombre sin sentir miedo.

Mientras reclamo partes de mí misma, una excitación casi eufórica vibra en mis venas. Lo beso con intensidad y él responde con la misma urgencia. Nuestras lenguas se buscan, se rozan, se exploran. Sabe a menta. A verano. A esperanza.

Mis manos agarran el bajo de su camiseta. Se la subo despacio, inclinándome hacia atrás para admirar los músculos que se tensan bajo la piel. Abdomen marcado. Torso firme. Pectorales perfectos.

La camiseta desaparece por encima de su cabeza y, en el siguiente segundo, sus brazos vuelven a rodearme. Me empuja con suavidad hasta tumbarme boca arriba y cubre mi cuerpo con el suyo.

Me río.

Él sonríe.

—¿Está bien? —pregunta en voz baja.

—Más que bien.

Le rodeo la cintura con las piernas, cruzando el tobillo derecho sobre el izquierdo.

—Si algo no te gusta o no es lo que quieres—

—Te lo diré —prometo.

Sostiene mi mirada un instante, como si midiera la sinceridad de mis palabras. Después vuelve a besarme. Más a fondo. Más intenso.

Sus manos se deslizan por mi cuerpo y se cuelan bajo la tela fina de la camisa. Una cubre el encaje de mi sujetador y aprieta mi pecho con un gesto juguetón antes de bajarlo lo suficiente para atrapar mi pezón entre sus dedos y hacerlo girar con suavidad.

Gimo, arqueándome hacia él.

Su lengua invade mi boca mientras mi centro se frota contra su creciente erección.

Y joder… qué bien se siente. Solo el roce me arranca un gemido bajo mientras me muevo despacio contra él.

Él sisea y rueda a un lado. Una de sus grandes manos baja por mi vientre hasta deslizarse dentro de mis braguitas. Sus dedos me separan y un gemido se me escapa sin control.

—Joder, Leni, estás empapada —su voz se vuelve más grave.

Me aferro a su antebrazo, como si así pudiera mantener su mano entre mis piernas. Necesito el contacto. La fricción. El alivio.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —pregunta mientras sus dedos recorren mis pliegues y empiezan a dibujar círculos lentos sobre mi clítoris.

—Demasiado —jadeo.

—Joder, cariño…

Me besa con hambre.

Y entonces lo siento por todas partes. Su boca en mi oreja. Sus labios en mi cuello. Una mano en mi pecho, la otra entre mis muslos. Baja despacio por mi cuerpo, tomándose su tiempo para subir mi camisa por completo, dejando mis pechos al descubierto, atrapados sobre las copas del sujetador.

Estoy tan excitada que me importa un carajo cómo me veo.

Talon me baja los shorts y las braguitas por las piernas y los lanza a un lado. Sus rodillas golpean el suelo. Me arrastra hasta el borde de la cama y me coloca las piernas sobre sus hombros.

—Joder… tu coño es jodidamente precioso, cariño. Brilla para mí de una forma que… —gruñe, devorándome con la mirada.

—Talon… —gimoteo.

—Dime que quieres esto, Leni.

—Lo quiero con locura —confieso, sin apartar los ojos de él mientras se recrea observándome.

Entonces apoya los antebrazos a cada lado de mis muslos, baja la cabeza y arrastra la lengua por mi centro.

Me arqueo contra él. Es demasiado. Demasiado bueno.

Talon empieza a lamer y succionar, su lengua dibujando círculos lentos alrededor de mi clítoris. Introduce un dedo y jadeo. Antes de que pueda acostumbrarme, añade un segundo y casi se me ponen los ojos en blanco. Me estira de una manera deliciosa. Eso unido a cómo juega con mi clítoris al mismo tiempo me desarma por completo.

Talon me saborea sin prisa. Me consume.

Cada caricia me eleva un poco más. Mi cuerpo responde al instante.

Pero no es solo físico. Es la libertad mental. La claridad. El deseo sin cadenas lo que termina por desbordarme.

—¡Talon! —grito su nombre.

Responde acelerando el ritmo de sus dedos y succionando con tanta fuerza mi clítoris que oigo el sonido húmedo de mi excitación contra sus labios.

Me corro para él. Intensa. Rápida. Necesitada.

—Oh Dios… —suspiro, buscando su mano.

Él atrapa mis dedos y los sostiene.

—Joder… eres jodidamente preciosa.

Me río entre jadeos, todavía temblando.

—Nunca… Dios, hacía tanto tiempo…

Talon trepa por mi cuerpo hasta quedar sobre mí.

—Me encanta poder hacerte sentir bien, Leni.

Le rodeo la cintura con las piernas otra vez.

—Quiero hacerte sentir bien a ti también.

Sonríe con media boca y aparta el pelo de mi cara.

—No hay prisa, cariño.

Y me encanta que me dé esa salida. Que ponga mis necesidades primero. Pero ¿no entiende cuánto lo necesito?

—No estoy yendo deprisa. Te quiero —repito.

Algo que se parece mucho a la esperanza cruza su mirada antes de que baje la cabeza y me bese con hambre. Me saboreo en sus labios y gimo en su boca.

—Tan dulce… —murmura mientras se coloca en mi entrada. Luego se detiene—. Joder, cariño. No tengo condón.

—Estoy con anticonceptivos. La inyección —le explico.

Talon exhala con tensión.

Elevo la pelvis, deslizando mi coño contra su erección dura como una roca.

Gime, los ojos entornados.

—Estoy limpia —añado—. Me hice pruebas… después.

—Yo también estoy limpio —responde, obligándose a mirarme—. Y nunca me acuesto con nadie sin condón.

Mierda. Asiento y dejo caer las caderas contra la cama.

—Lo entiendo. Yo—

Sus manos encuentran mis caderas y aprietan.

—No lo decía por ti, Leni. Joder, quiero esto. Solo quiero asegurarme de que—

—Estoy segura.

Un músculo le palpita en la mandíbula.

—Joder… —gruñe antes de besarme con fuerza.

Y entonces entra en mí con una embestida firme. Grito de placer, girando la cabeza a un lado.

Se hunde por completo y se queda quieto un momento, dejándome adaptarme a su tamaño. Que es enorme. Pero se siente increíble. Potente.

Sale despacio y vuelve a entrar. Nuestras miradas se mantienen y veo asombro en sus iris grises. Una calidez me recorre el cuerpo, seguida de una calma que nunca antes había sentido.

Deslizo la palma por su mejilla, mis dedos perdiéndose en su pelo oscuro. Se inclina hacia mi caricia de forma instintiva. Natural.

El tiempo se detiene. Una paz me envuelve. Talon roza mis labios con los suyos y me derrito. Con él me siento completa como nunca antes con un hombre.

Valiosa. Suficiente. Entera.

Su cuerpo protege el mío; sus brazos me enmarcan como un refugio, y debajo de él me siento tan segura, tan cuidada, que las lágrimas me escuecen en los ojos.

—Leni… —murmura, con preocupación.

—No te merezco, Talon.

Resopla y me besa con suavidad.

—No, Radiante. Soy yo quien no te merece. Pero que me maten si no voy a intentarlo.

Después marca un ritmo constante. Nuestros cuerpos por fin alcanzan lo que nuestras mentes y nuestros corazones ya sabían.

Nos deshacemos al mismo tiempo. Y en ese instante, también nos unimos del todo.

—ES la mejor hamburguesa fría que he comido en mi vida —dice Talon mientras estamos sentados en la cama, la cena esparcida a nuestro alrededor y reposiciones en la tele.

Me río, llevándome una patata templada a la boca.

—Hace mucho que no me sentía tan llena.

Talon se ríe por lo bajo, captando mi doble sentido.

—Bien. —Me pellizca el costado—. Tienes que comer, cariño. Y pienso alimentarte siempre que pueda.

Pongo los ojos en blanco y doy un sorbo a mi Coca-Cola.

Pasamos el resto de la noche así. Se siente normal, fácil.

Comemos y hablamos. Vemos la tele y nos acurrucamos.

Me quedo dormida con la camisa abotonada y las braguitas puestas. Talon se estira a mi lado en bóxers. En algún momento de la noche me rodea con los brazos y me pega a su pecho.

Y duermo profundamente. Sin pesadillas. Sin miedo.

Es el mejor sueño que he tenido en más de un año.

Cuando me despierto por la mañana, me encuentro directamente con los ojos gris jaspeado de Talon.

—¿De verdad pasó todo eso?

Sonríe.

—Sí. Y no ha hecho más que empezar, Leni.

18

TALON

CONDUZCO DE VUELTA a Knoxville con la mano de Leni entrelazada con la mía. El perfume que lleva nos envuelve y los recuerdos de anoche regresan en oleadas.

Este fin de semana lo ha cambiado todo.

La miro de reojo. Está observando por la ventanilla, absorta en sus pensamientos. La música suena suave por los altavoces y el silencio entre nosotros no pesa. Es cómodo.

Lo incómodo ya quedó atrás. Lo hemos atravesado.

El alivio me recorre el cuerpo y sonrío sin darme cuenta.

Como si notara mi mirada, Leni se gira y me sorprende observándola. Me devuelve la sonrisa.

—¿En qué piensas? —pregunto.

Se sonroja y se muerde el labio inferior.

—En anoche.

Mi media sonrisa se ensancha mientras vuelvo la vista a la carretera.

—¿Qué parte?

—En todas. Pero sobre todo… en cuándo podemos repetirlo.

Resoplo divertido.

—¿Esta noche?

Asiente despacio.

—Mi padre…

—No te preocupes por tu padre, cariño. Voy a hablar con él.

Se queda en silencio y la miro de nuevo.

—¿Estás preocupada? —aventuro.

Suspira.

—Sí. No sé cómo se lo va a tomar.

Una punzada de decepción me remueve el estómago y arrastra consigo la euforia de anoche. Aunque no debería sorprenderme.

—¿Porque soy jugador de fútbol?

Niega con la cabeza.

—Porque llevo meses mintiéndoles. A él y a mamá.

La decepción se transforma en orgullo mientras asimilo sus palabras.

—¿Vas a hablar con ellos, Leni? ¿De verdad?

Me dedica una sonrisa temblorosa.

—Quiero hacerlo, Talon. Pero tengo miedo. Mucho.

Aprieto su mano.

—¿Por qué? Tus padres son de las personas más comprensivas que conozco. Querrán saber la verdad.

—No lo dudo —admite—. Es que… estoy tan decepcionada conmigo misma. Por haber seguido con Craig, por justificarlo. Mis padres no me educaron para ser una cobarde.

—No eres—

Niega con la cabeza.

—Me refiero a haberles mentido. Lo he dejado pasar durante demasiado tiempo y ahora siento que les he fallado tanto como me he fallado a mí. —Se encoge de hombros—. No quiero decirles eso.

—Len… —suspiro—. Lo haremos como tú quieras. Estoy contigo. Pero tus padres nunca van a dejar de estar a tu lado, cariño. Y yo no puedo mirar a tu padre a los ojos y mentirle. Sobre lo que siento por ti —aclaro.

Asiente.

—¿Te parece bien que primero les contemos lo nuestro? Y luego… poco a poco les explicaré lo que pasó con Craig.

—Claro que sí.

—Eso significa que la rabia de mi padre… —deja la frase en el aire y sopla—. No quiero que descargue su frustración contigo. No sería justo.

Niego con la cabeza, casi divertido por su preocupación. Nadie me había cuidado así. Me gusta. Pero no quiero que se preocupe por eso.

—No le des vueltas, Leni. Puedo con ello.

El alivio atraviesa sus ojos azules.

—Gracias, Talon.

—Lo que necesites —le recuerdo.

El resto del trayecto transcurre entre música y conversaciones suaves. Me habla de Marlowe y de cuánto le preocupa. De lo mucho que echa de menos a su hermana y de que va a llamar a Lincoln. Me confiesa lo feliz que la ha hecho este fin de semana.

La escucho con atención, queriendo escuchar cada uno de sus pensamientos. Sigo subido a la euforia natural de anoche. Y también de esta mañana.

Perderme en Leni es fácil. Y por primera vez entiendo lo que vivieron Cohen y West la temporada pasada. Cómo sus mundos dieron un vuelco de un día para otro.

Es algo que no comprendes hasta que te pasa. Hasta que esos sentimientos te golpean de frente y lo cambian todo. Lo curioso es que los deseas más de lo que los temes. En ese momento sabes que es lo realmente importante.

Leni es lo jodidamente importante. Tanto que voy a dar la cara y hablar con el entrenador Strauss. Jamás arriesgaría mi relación con él y con el equipo si no estuviera completamente seguro de que Leni es para mí.

He estado solo mucho tiempo. Que esta sea la primera vez que siento algo así lo dice todo. No voy a arriesgar mi orgullo ni mi posición por algo que no sea mi oportunidad única en la vida. He visto a compañeros cometer ese error demasiadas veces.

Antes quizá no entendía lo que estaba en juego. Ahora sí. No voy a perder una oportunidad real, un futuro real con Leni cuando lo tengo delante.

Cuando llegamos a su casa, aparco en la entrada y apago el motor.

Respira hondo.

—¿Estás seguro de esto?

—Completamente.

Se vuelve hacia mí.

—No quiero que sientas que estás poniendo en riesgo tu carrera o tu puesto en el equipo por… esto. —Señala el espacio entre los dos —. Es nuevo y—

—Sé lo que siento por ti, Len. —Necesito que confíe en mi instinto como yo lo hago—. Admiro demasiado a tu padre como para ir a escondidas. Es el tipo de hombre en el que quiero convertirme. ¿Qué haría él? —alzo una ceja, sabiendo la respuesta.

Leni suspira.

—Lo mismo que tú. Tuvo que luchar por la mano de mi madre. Era un inmigrante alemán y ella venía de una familia tradicional del sur, con mucho dinero. Había expectativas muy claras para ella.

—¿Y? —insisto, queriendo saber cómo terminó la historia.

—No se rindió. Y al final, mi abuelo terminó respetándolo por ello.

Sonrío con suficiencia.

—Acabas de darme la razón.

—Pero no fue fácil, Talon. Durante años los padres de mi madre no aceptaron a papá. Les pusieron las cosas muy difíciles a los dos.

—Nunca he tenido nada fácil, Len. Y, siendo sincero, si lo fuera, no lo querría. No confiaría en ello.

—Vale… —murmura, todavía preocupada.

Durante un segundo, los nervios me recorren el cuerpo.

—Estás segura de que quieres esto, ¿verdad?

Mierda. ¿Estoy interpretándolo mal? ¿Voy demasiado deprisa, esperando de Leni algo para lo que quizá aún no está preparada? Es fácil desear algo en el calor del momento. Otra cosa muy distinta es admitirlo al día siguiente.

Sus ojos se agrandan y un destello de pánico cruza su rostro.

—Más que nada —susurra—. Supongo que es solo que… es más de lo que esperaba. Tú eres más de lo que jamás soñé.

Niego con la cabeza y le acaricio la mejilla con ternura. Lo que más me apetece ahora mismo es inclinarme sobre la consola y besarla. Pero antes tengo que dar la cara con el entrenador.

Por mucho que quiera su bendición, por mucho que quiera ganarme su respeto, no estoy dispuesto a renunciar a Leni diga lo que diga. Y eso es una certeza que asusta.

Durante años he vivido y muerto según las normas no escritas del equipo. Ahora las rompería todas por tener una oportunidad con Leni.

Me dedica esa sonrisa radiante que tanto me gusta y salimos del todoterreno.

Enderezo los hombros y camino hasta la puerta principal de sus padres, esperando a que ella nos abra.

No llevamos ni veinte segundos en el recibidor cuando el entrenador y Vicki doblan la esquina. Él tiene el gesto tenso; ella, una expresión esperanzada.

Respiro hondo para serenarme y le tiendo la mano al entrenador.

La estrecha con firmeza, escrutándome con la mirada.

—¿Qué tal el fin de semana?

Leni suspira y señala el salón con la cabeza.

—Tenemos que hablar.

—¿De qué? —pregunta Vicki, ya preocupada.

—Para empezar, de Marlowe —admite Leni.

Eso parece relajar ligeramente a sus padres. La seguimos hasta el salón.

—¿Queréis algo de beber, Talon? ¿O de comer? ¿Tenéis hambre? —Los ojos de Vicki saltan de Leni a mí.

—Estoy bien —dice Leni.

—Todo perfecto, Vicki. Gracias —respondo.

—¿Qué ha pasado con Marlowe? —el entrenador frunce el ceño.

Vicki se inclina hacia delante en el asiento y detecto la inquietud en su expresión. Los Strauss son buena gente. Cuesta creer que existan familias así. ¿Podré tener algo parecido algún día? ¿Llegarán a aceptarme del todo?

Eso espero. Contengo las emociones que me aprietan el pecho y presto atención a la explicación de Leni.

Les habla de Toby y de la lancha.

De los rumores sobre el padre biológico de Marlowe.

Ante eso, el entrenador suelta una palabrota y Vicki se lleva la mano a la boca.

Pero luego Leni describe cómo Toby perdió el control, levantando el puño contra ella y contra Keller.

El entrenador ya está de pie cuando Leni añade:

—Y entonces Talon lo tiró al suelo.

Se gira bruscamente hacia mí y me clava la mirada.

—¿Estás bien?

Levanto las manos.

—Estoy bien. Nos… nos fuimos de la casa del lago y nos alojamos en un hotel el resto del fin de semana.

El entrenador frunce el ceño. Los ojos de Vicki van de Leni a mí, luego a su marido y otra vez a mí. Algo empieza a encajarle. Él, en cambio, sigue confundido.

—¿Por qué no volvisteis a casa? —le pregunta a Leni.

Ella me mira, desvalida. Y sé que este es el momento.

—Siento algo por su hija, entrenador.

Lo digo. Lo suelto.

Vicki sorbe por la nariz y lo siento como un golpe en el estómago. ¿Está horrorizada?

Pero cuando la miro, no veo horror. Veo… emoción contenida. Como si estuviera intentando asimilar una felicidad inesperada.

Los ojos del entrenador se entornan y su expresión se endurece.

—¿Perdona? —espeta—. ¿Qué coño acabas de decir?

—Siento algo por Leni, señor. De verdad.

Se queda mirándome boquiabierto.

—Leni, a tu habitación. —Señala el pasillo sin mirarla siquiera.

—Friedrich… —murmura Vicki.

—Papá —dice Leni, acercándose a mí y entrelazando nuestros dedos—. Soy adulta. No necesito tu permiso para salir con—

—En mi casa se hace lo que yo diga —gruñe él.

Vicki niega con la cabeza.

—¡Pues vale! —Leni levanta una mano al aire—. Entonces me iré a vivir con Talon.

Mierda. Mis pensamientos se dispersan y los nervios me atraviesan el pecho mientras la situación se enrarece. Aun así, no suelto la mano de Leni. Porque si hay algo que no voy a perder hoy es a ella.

—Entrenador —digo, sosteniéndole la mirada—. Lo respeto más que a ningún otro hombre que conozca. No estaría diciendo esto si fuera algo pasajero. Me conoce. Y espero que conozca mi carácter. Nunca he tenido una relación seria.

—Créeme, lo sé —interrumpe con sequedad.

Vicki se coloca a su lado y le toca el antebrazo en un gesto de advertencia.

—Sigue, Talon —dice, sin dureza.

—Leni lo es todo para mí, señor. No esperaba que esto pasara, pero ha pasado. Y no estoy pidiendo su bendición. Se lo estoy diciendo de hombre a hombre porque lo admiro muchísimo. Me estoy enamorando de Leni.

—Ha sido un fin de semana —escupe, levantando un dedo.

—Viene de antes —admito.

—Acabas de salir de una relación —le reprocha a su hija—. ¿Es… para llenar el vacío? —señala el espacio entre nosotros.

Joder. Eso sí que ha dolido.

—¡Friedrich! —sisea Vicki.

—¿Qué? —le lanza una mirada furiosa y luego vuelve a centrarse en mí—. No, no acepto esto. Leni, a tu habitación. Talon, lárgate de mi casa.

Sale del salón dando zancadas. Un segundo después oigo la puerta trasera cerrarse de un portazo. Me estremezco.

—Se le pasará —dice Vicki, a modo de disculpa.

A mi lado, Leni pone los ojos en blanco. Como su madre, no parece tomarse demasiado en serio la reacción de su padre.

—Vamos, te acompaño. —Tira de mi brazo.

Me levanto a su lado, desconcertado, sin saber muy bien cuál es el siguiente paso.

—Talon —me llama Vicki cuando paso junto a ella.

Me detengo y la miro por encima del hombro.

Me dedica una sonrisa sincera.

—Gracias por cuidar de mi niña.

—De nada —respondo con sinceridad—. Nunca dejaré de cuidar de Leni.

Me observa un largo instante antes de asentir.

Leni me conduce hasta el porche. Cuando la puerta se cierra tras nosotros, suelta un suspiro.

—Bueno, ha ido más o menos como esperaba.

Resoplo.

—Pero no pareces muy afectada.

—Nah. —Se encoge de hombros—. Papá acabará cediendo. Solo que procesa las cosas… más despacio que mamá.

Niego con la cabeza y le rodeo la cintura con un brazo. Ella apoya la cabeza en mi hombro.

—¿Te puedo invitar a cenar mañana por la noche, Leni?

Alza la vista hacia mí.

—Me encanta tu optimismo, Talon.

La miro, frunciendo el ceño.

—No pensarías que iba a rendirme porque tu padre no esté emocionado con la noticia, ¿verdad?

—No. —Me besa el pecho y se acurruca más contra mí—. Pero mañana va a ser implacable contigo. Te va a dejar echo polvo. Estarás demasiado cansado para salir a cenar. —Sus ojos brillan con chispa traviesa—. ¿Y si voy a tu casa y te cocino algo?

Suelto una carcajada, aunque sé que tiene razón. El entrenador me va a pasar por la trituradora mañana. Pero saber que puedo volver a casa y encontrarme con una cena casera y con Leni… eso ya lo compensa todo.

—Entonces nos vemos mañana por la noche.

—¿Qué te apetece cenar?

—Sorpréndeme.

Se pone de puntillas y roza mis labios con un beso.

—Lo haré.

—Dejaré una llave de repuesto en recepción, en seguridad. Pásate cuando quieras.

Asiente.

—No te preocupes por papá, Talon. Esto no es fácil para él. Pero su reacción tiene más que ver conmigo y con que salga con un jugador de fútbol que contigo por ser sincero. Eres un buen hombre y, en el fondo, sabe que no podría aspirar a nada mejor que tú.

Resoplo.

—No estoy tan seguro de eso, Radiante Leni. Duerme bien esta noche.

—Lo haré. Pero solo porque espero que mañana me mantengas despierta.

Me río mientras camino hacia mi todoterreno. Ahí está la mujer segura y especial de las historias del entrenador. Vuelvo a ver destellos de su luz. Y aunque mi carrera —mi identidad, incluso— esté en juego, no me resulta tan aterrador como imaginaba.

En lugar de obsesionarme con cómo afectará esta decisión al equipo, paso la noche preguntándome con qué me va a sorprender Leni en la cena de mañana.

19

LENI

—YA ERA HORA —responde mi hermana cuando coge el teléfono al día siguiente.

Enrosco un mechón de pelo en el dedo y tiro suavemente.

—Lo siento.

—No lo sientas, Leni. Sé sincera conmigo.

Lincoln suena dolida, y eso me hace sentir aún peor.

Pero también sé que estaremos bien. Somos hermanas. Pase lo que pase.

—Te echo de menos —confieso.

—Yo también te echo de menos, joder, enana —me suelta. Y luego resopla—. Pero me alegro de que hayas llamado. ¿Qué ha pasando?

Su tono se suaviza.

—Tuve que dejar a Craig —digo despacio.

—No me digas —replica—. ¿Fue muy grave?

—Sí.

El silencio pesa un segundo. Sé que está valorando cuánto puede presionarme.

—¿Estás preparada para hablar de ello?

—Estoy en ello —admito.

—¿Lo sabe Marlowe? —pregunta.

Mi cercanía con Marlowe nunca molestó a Lincoln. Siempre supo que nuestro vínculo de hermanas es indestructible, aunque a veces confiáramos antes en otras personas. Siempre decía que, mientras yo tuviera a alguien con quien hablar, no me apretaría demasiado.

Me aclaro la garganta.

—Y Talon.

—¿Talon? —pregunta. Luego aspira con fuerza y sé que ha encajado las piezas—. ¿El jugador de fútbol?

Sonrío.

—Sí.

—¡Mamá no me lo ha contado!

—¿Cuántas veces habláis de mí tú y mamá?

—Al menos una vez al día —dice sin titubear.

Resoplo.

—Seguro que sabía que estaba a punto de rendirme y llamarte.

—Probablemente —coincide Lincoln—. Te he echado mucho de menos, Leni. Quiero saberlo todo sobre Talon. Pero… ¿estás bien?

—Voy estando mejor. Han pasado tantas cosas, Linc… Y durante mucho tiempo me dio demasiada vergüenza admitirlo. —Suspiro—. ¿Cuánto tiempo tienes?

—Para ti, toda la eternidad.

Su tono es serio. Lleno de una compasión que no sé si merezco.

Cruzo las piernas y me apoyo contra los almohadones de la cama mientras me abro con mi hermana. Le cuento los últimos meses en Nueva York, la pelea con Craig que me llevó a llamar a mamá y cómo regresé a Tennessee.

Le hablo del comité organizador del baile de debutantes y del abuelo McIntyre. De lo que está viviendo Marlowe, de lo que intenta asimilar. De cómo papá metió a Talon en mi vida nombrándolo mi acompañante oficial para un fin de semana.

—¡No puede ser! —exclama.

—Créeme que si.

Lincoln resopla.

—Y le salió el tiro por la culata.

Me río con ella.

—De manera espectacular.

—Sigue —dice, con más calidez ahora que hemos dejado atrás la parte de Craig.

—Pasamos dos noches juntos. En una posada preciosa junto al lago. Me llevó a un parque acuático. Vio los mensajes de Craig y ahora lo sabe todo. Incluso habló con papá.

—No… —susurra—. Joder, Leni, entonces si que vas es en serio.

—¡Lo sé! —exclamo—. Me ha dejado una llave en su casa y esta noche voy a ir a cocinarle.

Mi hermana guarda silencio un segundo.

—¿Estás segura de que es buena idea, Len? No querrás repetir viejos patrones, hacer lo mismo que intentaste con Craig.

Niego con la cabeza, aunque no pueda verme.

—Entiendo lo que dices. Pero no tiene nada que ver. Él quería invitarme a cenar fuera, y yo le propuse quedarnos en casa. Lincoln, papá va a machacarlo hoy en el entrenamiento.

—¡Ostras! No lo había pensado. ¿Crees que lo sentará en el banquillo?

Apoyo la cabeza en el cabecero.

—Espero que no.

—Tienes que cocinarle, definitivamente. Y quizá preparar postre también.

Me río.

—Para el postre ya tengo planes —respondo con picardía.

—¡Por fin vuelves a ser tú! Bienvenida de nuevo a la vida, Leni. Te he echado de menos.

Me río más fuerte.

—Yo también, Linc. ¿Cuándo vienes a casa?

—Bueno… aún no le he dicho nada a mamá ni a papá, pero…

—¿Pero?

—He terminado el máster.

—Sí, eso ya lo sabemos. Todos nos preguntamos qué viene ahora…

Se ríe.

—He aceptado una oferta de trabajo.

—¿En Alemania? —pregunto.

—¡En Londres! —exclama.

—¡Guau! Es increíble, Lincoln. Cuéntamelo todo.

Mientras me habla del proceso de entrevistas, del nuevo trabajo, del chico con el que ha tenido dos citas, me voy relajando. Las piezas de mi vida empiezan a recolocarse y estoy descubriendo mi nueva normalidad.

Y es incluso mejor de lo que imaginaba.

Cuando colgamos tras una hora hablando, lo hago con una sonrisa en la cara.

Paso un par de horas trabajando en los preparativos del baile de debutantes, que se acerca rápido. También hago algo de estudio de mercado para la empresa de organización de bodas que me gustaría lanzar. Algún día.

Miro el móvil, satisfecha de que no haya nuevos mensajes de Craig. ¿Habrá entendido por fin? ¿Estará dejándonos atrás igual que yo lo he hecho?

Poco después de la hora de comer, bajo las escaleras de un salto. Tengo que ir al supermercado a comprar los ingredientes para la cena de esta noche: pasta alla Norma y una ensalada verde.

—¡Ahí estás! —exclama mamá cuando me ve—. ¿Qué has hecho hoy?

—He hablado con Linc.

Mamá sonríe de oreja a oreja.

—Me encanta oír eso.

Saca algunas verduras de la nevera y empieza a cortarlas.

—Esta noche vamos a hacer un salteado.

—En realidad… —me muerdo el labio inferior y señalo las bolsas reutilizables que cuelgan junto a la puerta trasera—. Voy a cocinar para a Talon.

—¿Ah, sí? —Mamá alza las cejas—. ¿Qué vas a preparar?

—Pasta alla Norma.

—Una elección estupenda —dice, animándome.

—¿No estás enfadada? —me inclino hacia delante, apoyo los codos en la isla de la cocina y robo una tira de pimiento rojo.

—¿Por lo tuyo con Talon? No. —Me pasa otra rodaja y se queda con una para ella—. Leni, volviste a casa como una sombra de ti misma. Estas últimas semanas te he visto volver a encontrarte.

Primero con el comité organizador. Luego con Marlowe. Y ahora con Talon. Sé que él tiene mucho que ver con que estés aprendiendo a confiar en ti otra vez. También sé que hay cosas de tu relación con Craig que has decidido guardarte.

Suspira y parte su tira de pimiento en dos antes de dejarla caer sobre la tabla.

—Odio verte sufrir, cariño. Y estoy aquí para lo que necesites. Si quieres hablar, no voy a juzgarte.

—Lo sé, mamá.

—Solo me alegra verte feliz otra vez. Y si eso tiene que ver con Talon, ¿cómo voy a enfadarme? Estoy agradecida. Además, por lo que me ha contado tu padre y por cómo lo he tratado yo misma, es un chico estupendo. Lo sé desde hace tiempo. Tu padre también lo sabe. Acabará aceptándolo.

—Con el tiempo —asiento.

Mamá sonríe.

—¿Necesitas ayuda con la compra?

Inclino la barbilla hacia la tabla de cortar.

—¿Y tu salteado?

Se encoge de hombros y empuja la tabla un poco más hacia el centro de la isla.

—Puede esperar. Prefiero estar contigo.

—A mí también me apetece.

Mamá coge el bolso mientras yo me pongo unas sandalias y agarro un par de bolsas reutilizables. Después salimos juntas hacia su coche, rumbo al mercado de agricultores y al supermercado.

Es familiar. Fácil. Natural.

Toda la tensión y el miedo que llevaba encima los primeros días de vuelta en casa se han evaporado. Otra pieza encaja en su sitio y siento cómo la ligereza me corre por las venas.

Es pura luz.

20

TALON

APENAS PUEDO MOVERME cuando entro en mi apartamento. Tengo el cuerpo dolorido y estoy reventado después de un entrenamiento brutal.

Pero el delicioso olor a ajo y berenjena me recibe en cuanto cierro la puerta, y saber que Leni está aquí alivia parte del cansancio.

Sale de la cocina al oírme.

—¿Qué tal ha ido? —pregunta, mordiéndose el labio inferior con inquietud.

Abro los brazos y ella se lanza a ellos.

—Nada que no pueda manejar —la tranquilizo.

Solo abrazarla ya me hace sentir mejor.

Tiro suavemente de su coleta y su rostro se acerca al mío. Sonriendo, bajo la boca hasta sus labios irresistibles y los rozo con un beso.

—Huele increíble.

Leni se sonroja.

—Espero que te guste la cena.

—Me basta con verte, Len.

Entrelaza nuestros dedos y me conduce hacia la cocina. Me encanta tenerla aquí, verla moverse por mi espacio como si siempre

hubiera sido suyo. Se desplaza con naturalidad entre los fogones, y me fijo en el jarrón con flores frescas sobre la mesa del comedor. Eso me arranca una sonrisa.

Mi casa ha sido austera durante mucho tiempo. Nunca vi sentido en decorar ni en llenar el espacio de cosas innecesarias. En un solo día, Leni ha conseguido que esto parezca un hogar y no solo el sitio donde duermo. Y me gusta. Me hace preguntarme cómo será dentro de unos meses.

—¿Ha sido horrible papá? —sirve la pasta en dos cuencos.

—No —resoplo, negando con la cabeza. No le cuento que el entrenador ha decidido castigarme con más series de lo habitual. Ni que mis compañeros se han dado cuenta. No quiero darle otra preocupación.

Lo único que quiero es cenar con ella, acurrucarnos en el sofá y tenerla cerca.

—Todo bien. Solo quiero disfrutar de estar contigo —digo, cogiendo la ensaladera mientras nos sentamos a la mesa.

—Cuéntame tu día. ¿Qué has hecho?

Leni sonríe radiante.

—He llamado a mi hermana.

—¿Sí? ¿Cómo está Lincoln?

—¡Genial!

Me habla de su hermana, de la compra con su madre, de Marlowe y del próximo baile de debutantes.

Me quedo con cada palabra. Me encantan los detalles que colorean sus historias. El niño que le regaló una flor en el mercado. La forma en que sus ojos bailan cuando se ríe: azul cielo con destellos caribeños. Podría pasarme horas mirándola, agradecido por estar orbitando en su mundo.

Entiendo, otra vez, lo que intentaban decirme mis compañeros la temporada pasada.

Cuando encuentras a la mujer adecuada, todo lo demás pierde intensidad. Incluso el fútbol.

Después de cenar, recojo los platos. Leni protesta, pero niego con la cabeza.

—Tú cocinas, yo limpio —le recuerdo. Le sirvo una copa de vino y le pido que me haga compañía.

Lo hace. Bebe despacio, sentada en el borde de la encimera, balanceando las piernas.

Cuando guardo la última olla, me coloco entre sus muslos y apoyo las manos en sus caderas.

—Desearía que pudieses pasar la noche conmigo.

—Yo también —admite, dejando la copa a un lado y rodeándome el cuello con los brazos—. Ojalá pudiera dormir contigo todas las noches.

Me besa con suavidad y yo la sujeto por la parte trasera de los muslos, levantándola con facilidad. Mientras el beso se intensifica, la llevo hasta mi dormitorio.

La tumbo en el centro de la cama y me quito la camiseta de un tirón. La lanzo al suelo antes de dejarme caer sobre ella.

Vuelve a rodearme con los brazos, atrayéndome hasta que nuestros labios se encuentran. Cuando me envuelve la cintura con las piernas, giro sobre la cama hasta quedar boca arriba y ella sentada a horcajadas sobre mí.

Le sujeto las caderas y la miro desde abajo. Dios… es preciosa.

La ansiedad que antes la envolvía como un abrigo casi ha desaparecido. En su lugar, hay una versión segura y sexy de ella que me dedica una sonrisa ladeada, con sus ojos azules brillando.

Apoya las palmas en mi pecho y empieza a moverse despacio. Provocadora.

Mi polla se despierta al instante, necesitada de su calor. Sigue dibujando círculos lentos con las caderas, hipnótica.

Le agarro una cadera y deslizo la mano bajo su camiseta. Cuando mis dedos rozan el borde del sujetador, empieza a desabrochar los botones uno a uno. Se quita la camisa y después lleva las manos a la espalda para soltar el broche del sujetador.

Cuando la prenda cae al suelo, se me escapa un gemido al ver cómo sus pechos rebotan libres. Los cubro con las manos, disfrutando de que encajen perfectamente en mis palmas.

Leni se arquea contra mi contacto y reduce el ritmo hasta hacerlo casi insoportable.

—Joder, cariño —murmuro, con la polla dura como acero—. Me pones duro solo con mirarme.

Sonríe, los ojos velados por el deseo.

—Ningún hombre me ha puesto así, Talon. Estoy empapada por ti.

—Joder… —gimo, fascinado por saber que me desea, odiando siquiera imaginarla con otro. *Soy su puto hombre.*

Intento girarnos para tomar el control, pero Leni niega con la cabeza.

—Déjame hacerlo hacerte disfrutar, Talon.

—Contigo siempre disfruto —respondo con sinceridad.

Me empuja suavemente contra el colchón, sujetándome por los hombros, y desciende por mi cuerpo mientras arrastra la cintura de mis pantalones de deporte. Cuando mi polla queda libre, se ríe.

—¿Sin ropa interior?

—No.

—Me gusta —susurra, y su aliento roza la punta de mi polla.

Se estremece y me aprieta con más firmeza.

—Leni… —murmuro.

—Déjame —dice antes de que sus labios carnosos se cierren sobre la cabeza de mi polla y casi me muera de placer.

Echo la cabeza hacia atrás, una mano enredándose en su pelo. Mis dedos se tensan entre sus mechones dorados mientras ella lame y succiona mi verga con una destreza que me arranca un gemido grave.

Había recibido mamadas antes. Muchas mamadas. Pero saber que es Leni —mi puto rayo de sol— quien me está dando placer… es diferente.

No es solo el acto físico. Es sensual. Emocional. Es confianza.

Empieza a moverse sobre mí, coordinando mano y boca con una precisión que me vuelve loco. Sin poder evitarlo, empujo las caderas hacia arriba, follando despacio esa boca preciosa.

En algún momento, sus uñas se clavan en mi muslo y levanto la cabeza, preocupado. Pero al instante siguiente su mano desaparece y la oigo gemir. El sonido húmedo de su excitación me golpea los

oídos y lo entiendo: Leni se está tocando mientras me chupa la polla.

Esa imagen, sumada a la certeza de lo que está haciendo, me dispara aún más. Maldigo entre dientes y me incorporo para girarla sobre la cama.

—Quiero correrme dentro de ti, cariño —digo, llevando mi mano a su coño—. Y si vas a tocarte, quiero verlo.

Le cojo la mano y llevo sus dedos hasta su clítoris.

—Enséñame —murmuro.

Leni sostiene mi mirada, audaz y jodidamente sexy, mientras sus dedos empiezan a frotar su clítoris y dos de los míos se hunden en su interior caliente.

—Joder… eres increíble… —balbuceo.

La veo tragar saliva. Cuando sus muslos empiezan a temblar, me coloco entre sus piernas y sustituyo mis dedos por mi polla.

Leni grita de placer cuando me deslizo dentro de ella despacio. Sus dedos se mueven rápidos sobre su clítoris y yo aumento el ritmo para acompasarnos.

—No puedo aguantar… —admite.

—Entonces no lo hagas, cariño. Déjate ir. Córrete para mí, Radiante.

Lo hace. Con un gemido ronco, Leni alcanza el orgasmo. Me pierdo en sus ojos azules profundos, incapaz de articular palabra ante lo increíblemente hermosa que está mientras se corre sobre mi polla. Dos embestidas después, la sigo, derramándome con su nombre en los labios.

Me dejo caer hacia delante y nos giro hasta quedar tumbados uno al lado del otro. Se acurruca contra mí y le beso la punta de la nariz.

—Me estoy enamorando de ti, Talon —confiesa—. No me dejes caer.

De nuevo me deja sin palabras con su capacidad de mostrarse vulnerable. De decir su verdad sin esconder nada.

Veo la confianza brillando en sus ojos y decido hacer lo mismo. Esta mujer me lo ha dado todo; lo mínimo que puedo hacer es ser

honesto. Le aparto un mechón sedoso detrás de la oreja y la miro de frente.

—Yo ya lo estoy, Leni. Estoy esperando por ti. Y esperaré lo que haga falta.

Exhala despacio, maravillada. Luego roza mis labios con los suyos. Le devuelvo el beso. Su palma asciende por mi costado y vuelvo a endurecerme, mi polla aún dentro de ella.

Intensifica el beso y balancea las caderas hacia delante.

Gimo y sostengo su rostro mientras respondo, embestida tras embestida.

Volvemos a follar. Lento. Profundo. Intenso.

Y en algún punto, entre su orgasmo y el mío, comprendo que esto es amor.

Amo a Leni Strauss.

DESPUÉS DE ESO, las cosas cambian. Estoy tan absorbido por Leni que no protesto cuando el entrenador me impone entrenamientos más duros. Ni cuando amenaza con sentarme en el banquillo antes del primer partido de la temporada delante de todo el equipo. Ni cuando mis compañeros me lanzan miradas escépticas y cautelosas.

Ignoro las pullas y las bromas. Paso de las copas en Corks.

Y hago como que no me afecta que el entrenador Strauss me ignore abiertamente, dejando que Stevens me dé indicaciones en lugar de hacerlo él mismo.

Sigo presentándome a cada entrenamiento y doy el cien por cien en cada sesión, en cada ejercicio. Incluso voy a la piscina municipal, muchas veces con Leni nadando en el carril de al lado, para meter sesiones extra de acondicionamiento.

Pero cada noche vuelvo a casa con mi chica. Me pierdo en su tacto, en sus besos, en ella.

Y es como caer al vacío. Cada día se siente como una euforia imposible que no quiero perder jamás.

—¡Miller! —grita Avery.

Me giro para mirarlo por encima del hombro. Trota detrás de mí en el aparcamiento y me alcanza a un par de todoterrenos del mío.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Avery resopla.

—Eso debería preguntártelo yo a ti.

Me encojo de hombros.

—Estás con Leni ahora, ¿no?

—Sí. —Mi tono suena más cortante de lo que pretendía.

—Tranquilo. —Avery se ríe, levantando la palma de la mano—. Mira, si estás dispuesto a arriesgarlo todo por estar con ella, entiendo que va en serio. Los chicos… —inclina la cabeza hacia el estadio—. Solo te están vacilando.

—Da igual. —Me importa una mierda lo que piensen.

Avery niega con la cabeza.

—No da igual. Te echamos de menos, tío. Deja de largarte de los entrenamientos en cuanto puedes. Ven a pasar el rato con nosotros. Trae a Leni. Si de verdad vais en serio, sabes que estamos contigo, ¿no?

Dudo un segundo, cambiando el peso de un pie a otro.

La verdad es que no lo sabía.

Estas últimas semanas, el entrenador ha actuado como si yo no existiera, y asumí que el equipo seguiría su ejemplo.

—¿Tan serio es? —pregunta Avery, curioso.

—La quiero —admito.

Espero que suelte una palabrota o se ría. En vez de eso, sonríe. Me agarra el hombro y me lo sacude.

—Entonces tráela a por una puta cerveza, hombre.

Frunzo el ceño.

—¿Lo dices en serio?

—Claro. —Asiente—. Si es tu elección, celébralo. Asúmelo. Tráela con nosotros.

—Pero el entrenador…

—Eres un hombre, Miller. Y Leni es adulta. Los dos podéis tomar vuestras propias decisiones. Y si el entrenador hubiera querido cargarse tu carrera, ya lo habría hecho.

—Me amenazó con sentarme en el banquillo —le recuerdo.

Avery vuelve a negar con la cabeza.

—Eres nuestro único kicker. Solo estaba cabreado y soltando pestes.

Suspiro, sabiendo que tiene razón. Aun así, el estallido del entrenador delante del equipo todavía escuece.

Avery esboza una sonrisa ladeada.

—Está entrando en razón, Talon. Solo necesita tiempo.

—Vale —digo despacio, procesándolo—. Llevaré a Leni a Corks la próxima vez.

—Después de que ganemos el siguiente partido en casa —decide Avery.

Resoplo. Me gusta que lo dé por hecho.

—Sí, cualquier día después del baile de debutantes el viernes. Está agobiada con eso y pasa todo el tiempo en el club de campo.

—Va a salir genial —dice, haciendo un gesto con la mano—. Esos eventos siguen un patrón.

—¿Has ido a alguno?

Baja la cabeza, algo avergonzado.

—Soy de aquí, ¿recuerdas?

—Cierto. Eh… ¿qué se supone que tengo que ponerme? —Espero que se ría, pero no lo hace. Me mira un segundo, entendiendo que ese baile es importante para mí porque lo es para Leni.

Silba bajo.

—Es de etiqueta, tío. Esmoquin negro, camisa blanca, pajarita negra. ¿Ves? Un patrón.

—Joder —murmuro. No sabía que fuera tan… formal—. Vale, gracias por avisar.

—Se pasa bien, ya verás. —Avery sonríe—. Pero no te excedas con la fiesta. Volamos a Kansas City al día siguiente.

—No llegaré tarde.

—Ya lo sé —masculla—. Solo te estoy vacilando. ¿La semana que viene entonces? ¿En Corks? —me señala para confirmar.

—Allí estaremos.

21

LENI

—TE HE ECHADO DE MENOS —digo en cuanto Talon cruza la puerta de su apartamento.

Sonríe y abre los brazos.

—Que buena sorpresa.

—Menos mal que te he pillado. —Me meto en su abrazo y lo beso a modo de saludo.

Frunce la frente.

—Hoy es… ¿la merienda?

—Eso fue ayer. Hoy es el almuerzo.

—Y mañana es la gran noche.

—¡Sí! —me acurruco más contra él—. Me hace muchísima ilusión este evento. Solo espero que salga todo perfecto.

—Va a salir genial. —Talon me suelta la mano para tirar suavemente de mí hacia el salón—. Siéntate conmigo un momento. Ponme al día.

Nos recostamos en el sofá, girados el uno hacia el otro. Entre el inicio de la temporada de fútbol y la inminencia del baile de debutantes, apenas nos hemos visto. Robamos minutos cuando podemos e intentamos cenar juntos al menos una noche a la semana, pero está siendo complicado.

Puede que esté en una nube en lo personal, pero vivir bajo el techo de papá no está siendo precisamente fácil. Oscila entre ignorarme y buscar cualquier excusa para lanzarme comentarios condescendientes sobre Talon.

Al menos eso hacía. Estos últimos días parece que empieza a ceder.

Raia me contó que papá llegó a amenazar con sentar a Talon en el banquillo para el primer partido, lo cual era absurdo: los Coyotes no tienen otro kicker.

Que Talon no se inmutara lo enfadó aún más, algo que a mamá le hizo bastante gracia.

Sin embargo, conforme se acerca el baile y papá ve lo atento y dispuesto que está siendo Talon, su frialdad empieza a derretirse.

Me ha preguntado dos veces si Talon asistirá el viernes. La segunda vez incluso gruñó algo parecido a aprobación, aunque fuera a regañadientes, cuando confirmé que sí.

Eso, sumado a que mamá no deja de alabarlo —la semana pasada la ayudó en el jardín—, está obligando a papá a aceptar que lo nuestro va en serio.

No es una fase rebelde por mi parte, ni Talon está intentando camelarse al entrenador.

—Los eventos de esta semana han ido bien. Adeline lo está disfrutando todo. No sé qué está pasando en la familia de Marlowe; sinceramente, creo que ella tampoco lo tiene claro. Pero su madre no apareció ayer en la merienda madre-hija.

—Joder… —susurra Talon, con los ojos muy abiertos.

—Adi estuvo bien —me apresuro a decir, apoyando la mano en su antebrazo—. Fue Marlowe en su lugar.

—Menos mal. —Talon me sienta sobre sus piernas—. Te he echado de menos.

—Yo también. —Me acurruco contra él—. Gran partido en Buffalo.

Siento la curva de su sonrisa en la nuca.

—¿Lo viste?

—Veo todos los partidos. —Me señalo—. La hija del entrenador.

Talon resopla.

—No me lo recuerdes.

Me giro en sus brazos, me coloco a horcajadas sobre él y lo beso con hambre.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —pregunta, deslizando los dedos por mi pelo hasta sujetarme la nuca.

—El suficiente —le aseguro, volviendo a buscar su boca.

—¿Quieres ver primero mi esmoquin? —susurra, frotándose contra mí.

—¿Te has comprado uno? —pregunto, sorprendida por su detalle. Aunque el código de vestimenta es formal, no quería presionarlo para que consiguiera un esmoquin y hacerlo sentir incómodo.

—Espera a verme con él… —desciende besos por mi cuello.

—Quiero verlo. —Lo empujo con suavidad, dividida entre no querer que se acabe el momento y la curiosidad.

Se ríe bajo, subiendo el bajo de mi camiseta.

—Te sorprenderé, cariño —responde, con los ojos brillando.

Y no pierde tiempo. Nos gira hasta que quedo tumbada boca arriba y él sobre mí. Sus ojos buscan los míos, profundos, llenos de sinceridad, y el corazón me late más rápido.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Niega una vez, con una pequeña sonrisa en los labios.

—Te quiero, Leni Strauss. —Lo suelta en un suspiro antes de inclinarse y besarme despacio—. Te quiero muchísimo.

Aspiro aire con fuerza, con la cabeza dándome vueltas. Le rodeo la cintura con las piernas y lo atraigo hacia mí. Cae encima de mí y nos reímos los dos.

Le sostengo el rostro entre las manos y lo miro fijamente.

—Me alegro. Porque yo también te quiero.

Y lo beso con intensidad.

Aprovechamos cada minuto que nos queda juntos.

Nos entregamos con ganas. Es intenso. Emocional. Le doy mi corazón junto con mi cuerpo, y él hace lo mismo.

Y ni siquiera estar en una nube es suficiente. Con sus palabras resonando en mi mente, su beso en mis labios y su amor envolviéndome como un escudo, floto todavía más alto.

—Está preciosa —susurro a Marlowe cuando anuncian a Adi.

El salón es perfecto. Las mesas, distribuidas con precisión alrededor de la pista de baile, lucen sillas Chiavari doradas, velas titilantes y centros de peonías en tonos crema y melocotón. Es Tennessee bañado por el sol en su máxima expresión, y me encanta haber podido formar parte de este día.

Ver a Adeline, una niña a la que conozco desde que nació, la hermana pequeña que nunca tuve, bajar la escalera y encontrarse con su acompañante —el hijo de unos amigos de la familia— me arranca una sonrisa.

—El vestido es una maravilla —murmuro, admirando el diseño blanco de corte A que se ajusta a Adi como un guante.

—Se lo compró la tía Rose Marie —explica Marlowe.

Asiento, comprendiendo que los problemas familiares de Marlowe son más profundos de lo que alcanzo a entender. Que sus padres hayan faltado a un evento tan importante para Adeline demuestra hasta qué punto la familia McIntyre ha tocado fondo.

No he querido presionarla para que me dé más detalles, pero espero que sepa que me tiene a mí —y a Keller y a su familia— para amortiguar los golpes que no dejan de llegar.

—Talon de etiqueta no está nada mal —murmura Marlowe, alzando la barbilla hacia el lateral del salón donde Talon y Keller conversan.

Keller hace girar su copa de vino tinto mientras Talon bebe agua con gas. La temporada regular ya ha empezado y mañana vuela a Kansas City. Que esté aquí esta noche… incluso papá no puede negar que Talon está tan implicado en esta relación como yo. Sobre todo teniendo en cuenta que papá tuvo que cancelar su asistencia al baile por una reunión de última hora.

No me esfuerzo en disimular mientras me recreo mirándolo. Dios, cómo le sienta el esmoquin. Nadie diría que apenas se ha vestido así un puñado de veces en su vida. Lo lleva con una seguridad natural, pura elegancia. Y esa pajarita clásica… no puedo dejar de mirarla.

Cuando nota que lo estoy observando, alza su vaso en mi dirección y me guiña un ojo. Me muerdo el labio para no lanzarle un beso.

Te quiero, Leni. Te quiero muchísimo.

Que esté aquí apoyándome significa todo para mí. Está celebrando este logro conmigo, completamente volcado en mi éxito. No veo la hora de bailar con él más tarde.

Vuelvo la vista hacia la parte alta de la escalera cuando presentan a la siguiente debutante.

Jasmine inicia su descenso. A mi lado, Marlowe se tensa. Su mano se cierra alrededor de mi muñeca y aprieta.

La miro.

—¿Qué…?

—Leni —susurra mi mejor amiga, el asombro y la preocupación floreciendo en su rostro.

Sigo la dirección de su mirada y siento que el suelo desaparece bajo mis pies.

Craig está en la barra, sosteniendo un vaso de whisky con aparente tranquilidad, mirándome fijamente. Sus ojos son oscuros y penetrantes, cargados de ira. Su expresión intenta mantenerse neutral, pero apenas logra ocultar la furia que sé que hierve debajo. Desvía la mirada hacia Talon antes de clavármela de nuevo. El resentimiento se dibuja en su rostro, transformándose en rabia pura.

Está furioso. Y ha venido a montar un espectáculo.

La sangre se me hiela. La nuca me arde. Mi cuerpo entra en alerta y odio que lo primero que haga sea buscar mentalmente las salidas.

El pulso se me acelera, el estómago se me encoge y el sabor metálico del miedo me inunda la boca.

Craig esboza una sonrisa ladeada. Sabe que estoy asustada. Le gusta que lo esté. Que esté valorando salir corriendo.

Marlowe suelta un improperio que provoca una mirada escandalizada de un invitado cercano. Estoy demasiado alterada para reprenderla. Su mano se posa en mi espalda y encuentro fuerza en su cercanía.

Entonces miro a Talon. Me está observando con el ceño fruncido, consciente de que algo va mal. Sabe que estoy a punto de desmoronarme.

Mierda. Necesito salir de aquí. Necesito calmar la situación.

Anuncian a la siguiente debutante.

Craig deja el vaso sobre la barra y da un paso amenazador hacia mí.

¿Cómo no lo vi venir? No lo bloqueé hace semanas para poder intuir su estado de ánimo y, aun así… me ha pillado desprevenida.

Dios mío, va a montar un numerito. Va a arruinar este evento y todo por lo que he trabajado. Va a sacudir mi confianza y dinamitar la vida que he reconstruido este verano.

El cuello de Talon gira bruscamente hacia Craig y le pasa su vaso a Keller.

La sorpresa y la confusión cubren el rostro de Keller mientras Marlowe se pega aún más a mí.

—Tenemos que movernos —dice en voz baja, enlazando su brazo con el mío y agarrándome la mano—. Deberíamos…

—Te he estado buscando por todas partes, Leni —resuena la voz de Craig, alta y atronadora, haciendo que varias mesas se giren hacia nosotros.

Un murmullo de molestia recorre el salón, irritado por la interrupción y su falta de respeto hacia las presentaciones. Siempre fue un arrogante, poniéndose por delante de todo. Incluso de décadas de tradición.

—No volviste a casa, cariño —continúa, sujetándome la otra muñeca con brusquedad. Los dedos de Marlowe se clavan más fuerte y por un instante me siento en medio de un tira y afloja—. Y ahora te encuentro aquí, sonriendo tan mona para—

—Quita la puta mano de encima. —La voz de Talon es baja, pero afilada como el acero. Fría. Un escalofrío me recorre la espalda.

Lo fulmina con una mirada que nunca le había visto. Es furiosa, calculada y peligrosamente contenida.

Craig suelta una risa breve, encogiéndose de hombros con falsa despreocupación.

—Joder… está completamente ido —murmura Marlowe, pegada a mi costado.

Craig me rodea con el brazo y me agarra el culo. Me estremezco, pero no lo aparto. No me muevo. No puedo. Estoy paralizada.

Es como si hubiera abandonado mi cuerpo y contemplara la escena desde fuera, como una espectadora neutral.

—Jamás había visto algo así —jadea una invitada cercana, llevándose la mano al collar de perlas como en una caricatura.

Si no estuviera luchando contra el frío entumecimiento que se extiende por mis extremidades, me reiría de lo tópico que resulta. Pero no puedo reír, ni hablar, ni siquiera moverme.

Talon no duda ni un segundo. Su brazo se dispara y aparta de un manotazo la mano de Craig. La palma de Craig resbala de mi trasero y Marlowe me tira un paso hacia atrás.

Craig se gira hacia Talon, se coloca frente a él y sonríe. Lo está provocando. Y antes de que pueda advertir a Talon, él muerde el anzuelo. Le suelta un puñetazo limpio en la cara y, acto seguido, le cierra la mano alrededor del cuello.

Un dolor fantasma florece en mi clavícula, pero cuanto más miro a Talon y a Craig, más se diluye, hasta que una sensación ligera, casi como el roce de una pluma, me acaricia la garganta en su lugar.

Marlowe contiene el aliento. El rostro de Keller aparece cerca. El silencio atraviesa el salón, ensordecedor en su quietud absoluta.

—No volverás a ponerle una mano encima jamás —continúa Talon, indiferente a las cien miradas horrorizadas clavadas en él—. Te mato antes de que eso pase.

Lo aterrador es que lo dice en serio.

Mientras el rostro de Craig se torna rojo y empieza a jadear en busca de aire, una parte de mi mente se pregunta si va a acabar con él aquí mismo.

—Talon, afloja —advierte Keller.

La noche en la casa del lago de Toby cruza mi mente. Talon con la mano en el cuello de Toby. Keller intentando rebajar la tensión.

El déjà vu me golpea con fuerza y lo único que soy capaz de hacer es parpadear. Parpadeo.

Craig golpea el brazo de Talon. Una vez. Dos.

Y entonces todo estalla.

Los invitados se levantan. Varios hombres se abalanzan sobre Talon por detrás. Aun así, cae repartiendo golpes, alcanzando a Craig una segunda vez en la cara y otra en el estómago.

Veo cómo la cabeza de Craig se echa hacia atrás. La sangre brota de su nariz y su labio a cámara lenta, salpicando el vestido blanco

impecable de una debutante cercana.

Esa mancha no saldrá jamás.

Niego con la cabeza ante el absurdo de mi pensamiento. Pero sigo sin moverme. No puedo.

—Respira. —Marlowe me sacude el hombro.

Obedezco y aspiro una bocanada de aire.

—Está en shock —dictamina Marylee.

Y entonces mamá está a mi lado. Me rodea la cintura y me conduce hacia un lateral del salón. Lejos de Talon.

¿Dónde está Talon?

Alargo el cuello, intentando verlo.

—No tienes que mirar esto —dice Marylee.

Pero sí. Lo necesito. Él me está protegiendo. Me está manteniendo a salvo.

Talon está boca abajo en el suelo, con la rodilla de un policía clavada en la espalda mientras le ponen las esposas.

No se resiste. No dice nada. Sus ojos buscan los míos y leo la preocupación en su mirada oscura.

Está preocupado… por mí.

A su lado, un sanitario atiende a Craig. ¡No! Se están ocupando del hombre equivocado.

Abro la boca para gritar, pero no sale ningún sonido.

En su lugar, una pequeña sonrisa se dibuja en los labios de Craig mientras me mira. «Nos vemos pronto», articula sin voz.

Un escalofrío me recorre el cuerpo y mis rodillas ceden. Estoy a punto de caer.

—La tengo yo. —Keller me alza en brazos y me saca de la sala.

—Necesita agua. —Mamá camina a nuestro lado.

Me llevan a una zona privada del recinto. Los arreglos florales son iguales que los del salón principal y me sorprende lo delicados que parecen. Dulces. Bonitos. Frágiles.

Me colocan una manta sobre los hombros. Dejan una botella de agua y una taza de té sobre la mesa. Mamá y Marlowe se sientan a ambos lados de mí, como si me sostuvieran entre ellas. Keller pasea frente a la puerta, vigilando como un león enjaulado. El tiempo pasa

rápido y lento a la vez. De hecho, dejo de percibirlo mientras una pesadez espesa se instala en la habitación y me oprime el pecho.

—Adeline está con la familia de Jasmine —informa Keller a Marlowe, que suspira aliviada.

—Leni… Leni, ¿por qué no me lo dijiste? —solloza mamá entre las manos—. ¿Te ha hecho daño? ¿Te ha amenazado?

Trago saliva. La garganta la siento seca, agrietada. Pero tengo que decir la verdad. Tengo que contarle todo a mamá. He esperado demasiado.

—¿Cómo no vi las señales? —continúa ella, culpándose.

¡No es culpa tuya! grita mi mente, pero no logro pronunciar las palabras.

—Leni —dice mamá, mirándome fijamente—. ¿Cuánto tiempo lleva Talon haciéndote daño?

Espera.

¿Qué?

La miro con los ojos muy abiertos. El sonido regresa de golpe, explotando en mis oídos como bombas. Tiemblo ante la acusación, los dedos apretando la tela de mi vestido.

—Está bien. No tienes que tener miedo. Estoy aquí —prosigue mamá, tomando mis manos temblorosas.

Cierro los ojos cuando otro estremecimiento sacude mi cuerpo.

Se están equivocando de hombre.

—Mamá… —susurro, intentando aclararme la garganta.

—¿Dónde está? —ruge papá, irrumpiendo en la sala y apartando a Keller—. He venido en cuanto he podido.

Marlowe se levanta de un salto y deja libre el sitio a mi lado para papá. Se coloca junto a su primo en la puerta y entre los dos intentan darnos la mayor intimidad posible mientras impiden que entren curiosos.

—¿Qué coño ha pasado, Leni? —la voz de papá retumba en la habitación.

—¡Shh! ¡No le grites! —le reprende mamá.

El arrepentimiento cruza el rostro de papá. Se pasa una mano por el pelo, claramente desbordado.

Empieza a caminar de un lado a otro frente a la mesa baja, igual que Keller hace unos minutos.

—Es Craig —susurro al fin.

Papá se queda inmóvil y me fulmina con la mirada. Mamá se pone rígida a mi lado. Marlowe suelta un suspiro de alivio.

—¿Qué pasa con Craig? —pregunta papá—. He hablado con el jefe de policía. Craig está bien, por cierto. Talon podría haberle…

—Craig me pegó —lo interrumpo, necesitándole oír la verdad—. Me amenazó. Me hizo daño.

Mi voz gana firmeza con cada confesión.

Alzo la vista y me encuentro con la expresión atónita de papá.

—No sabía cómo decírtelo. Pero durante semanas… meses, Craig me controló. Tiró una botella de whisky contra la pared en un ataque de rabia. Me estranguló. —Me llevo la mano a la clavícula—. Por eso me fui de Nueva York. —Miro a mamá, las lágrimas acumulándose en mis ojos—. Por eso volví a casa.

—Oh, Leni… —mamá me rodea los hombros con el brazo y me atrae hacia ella—. Dios mío. Estás bien, cariño. Todo va a estar bien.

—Me ha estado enviando mensajes desde que regresé. Me daba miedo bloquearlo. Y aquí me sentía segura por papá y… y por Talon. —La voz se me quiebra al pronunciar su nombre—. Pensé que leer sus mensajes me ayudaría a anticiparme, a saber cómo estaba de la cabeza. Una señal si alguna vez pensaba venir a Knoxville. Pero… apareció de la nada.

Mamá me abraza con más fuerza mientras rompo a llorar. El entumecimiento empieza a derretirse y los sollozos salen a borbotones, fuertes y descontrolados. Me deshago en sus brazos y es infinitamente más fácil sabiendo que puedo apoyarme en ella para volver a recomponerme.

Cuando mis gemidos se convierten en susurros, me atrevo a mirar a papá.

Parece como si alguien le hubiera arrancado el corazón. En sus ojos hay arrepentimiento; su boca, torcida por la culpa.

—Te puso las manos encima… —murmura.

Asiento.

—Por eso Talon…

—Sí —confirmo—. Talon lo sabe. Todo. —Añado, odiando el destello de traición que cruza la mirada de papá al comprender que se lo conté antes a mi novio que a él.

—¿Estás bien? —pregunta, en lugar de recriminarme.

Los brazos de mamá se tensan alrededor de mí.

—Lo estaré —consigo decir con sinceridad, secándome algunas lágrimas.

Papá suelta un juramento y se endereza, pasándose la mano por la cabeza. Mira a Keller.

—¿Puedes llevar a mis chicas a casa sanas y salvas?

—Claro —responde Keller.

—¿Adónde vas? —pregunta mamá.

—Papá… ¿dónde está Talon? —pregunto, el pánico apretándome el pecho.

Papá niega con la cabeza, abatido.

—Talon está en la cárcel. Y Craig anda suelto. —Aprieta la mandíbula—. Pero no por mucho tiempo. —Nos señala a mamá y a mí—. Nos vemos en casa.

Mamá asiente. Yo rompo a llorar al imaginar a Talon encerrado en una celda.

Apoyo la cabeza en el hombro de mamá y entierro el rostro cuando la puerta se cierra de un portazo.

—Freddy va a arreglarlo todo —declara Marlowe.

Y ojalá tenga razón.

Pero en el fondo no sé si esto tiene arreglo.

No tomé en serio los mensajes de Craig. No denuncié. Ni siquiera se lo conté a mis padres. Esa inacción ha provocado este desastre.

He arruinado el baile de debutantes.

Han detenido a Talon por mi culpa.

Y ahora… ¿lo apartarán del equipo?

¿He destrozado su carrera? ¿He destrozado lo nuestro?

22

TALON

LO PEOR DE estar entre rejas es preocuparme por Leni.

Odio con toda mi alma estar aquí, imaginando cada maldita pesadilla posible, mientras ese imbécil de Craig anda suelto, con vía libre para llegar a mi chica.

Mi preciosa luz, demasiado aterrorizada como para hablar. O moverse. O incluso respirar.

Ver cómo se quedó bloqueada me destrozó. La adrenalina me abrasó las venas y, en cuanto vi a Craig tocarla, me moví. En ese momento me importó una mierda quién estuviera mirando o grabando. No pensé en nada más que en asegurarme de que Craig no volviera a hacerle daño.

Y luego la manoseó. Le tocó el culo sin su consentimiento. La asustó. Otra vez.

Perdí el control. Y lo único que lamento es estar metido en esta maldita celda mientras Leni está ahí fuera sin poder contactar conmigo.

—Miller. Tienes visita —anuncia un agente.

Me incorporo, pero no respondo.

Antes de que pueda decidir quién será —apostaría por Keller o Avery— aparece el entrenador al otro lado de los barrotes.

—Entrenador. —Me pongo en pie de inmediato.

Me observa en silencio. Abre las piernas en una postura firme y cruza los brazos sobre el pecho.

Mierda. ¿Leni está bien? ¿Ha pasado algo más?

Suelto el aire con nerviosismo.

A nivel racional sé que mi carrera pende de un hilo. Hay vídeos míos estrangulando a Craig y amenazándolo de muerte. Hay una sala entera de testigos dispuestos a contar su versión de lo ocurrido.

Todo por lo que he trabajado está en juego.

Y la única persona que me importa es Leni.

—¿Está bien? —pregunto.

El entrenador suspira, profundamente. Los hombros se le vencen y baja la cabeza. Ha cargado con el mundo durante años y ahora parece que le pesa demasiado.

—¿Lo sabías? —dispara.

Sobre Craig. Tiene que referirse a eso.

Pero no voy a traicionar a Leni ni a revelar nada que ella no haya contado. No le haré eso.

—¿Cómo está? —insisto.

Levanta la cabeza de golpe, los ojos encendidos. No le gusta que yo haga preguntas, pero me da igual. Estoy demasiado revuelto por Leni y su seguridad como para preocuparme por la opinión que tenga de mí.

—Nos ha contado la verdad —dice, agarrando uno de los barrotes.

Suelto el aire. Gracias a Dios.

—¿Y Craig?

—Me he ocupado de él.

Hay dureza en su tono. Entrecierro los ojos, intentando entender por qué parece enfadado conmigo.

Y entonces lo comprendo. Soy el hombre al que su hija acudió antes que a él.

Es un padre, muerto de preocupación, y todavía no está preparado para ceder el lugar que ha ocupado tanto tiempo en la vida de Leni.

—Bien —respondo, y lo digo en serio. La protegeré con todo lo que soy, pero al final del día solo quiero que esté a salvo. Me da

igual quién lo garantice, siempre que lo esté.

—Te lo contó a ti primero. —Suena acusador.

—No quería decepcionarte.

—Joder. —Se pasa la mano por la cara—. Joder, Miller. Debería haberlo sabido.

—Sí —asiento—. Pero estaba lidiando con mucho… y, siendo justos, entrenador, lo intuí.

—¿Intuiste? —parpadea, sorprendido.

—Aquella noche en la casa del lago, con lo de Toby… vi la reacción de Leni. Me recordó a mi madre. —Me encojo de hombros, odiando haber tenido razón—. Hubo otras señales, pero no te castigues por no verlo. A veces hace falta distancia para entender las cosas. Vosotros siempre habéis sido muy cercanos.

La mandíbula se le tensa. En su expresión se mezclan rabia, dolor y alivio.

—Gracias, Talon. Por estar ahí para ella.

—Siempre lo estaré. No pienso irme a ningún lado, entrenador. Sé que nunca quisiste a Leni con un jugador de fútbol y créeme, sé que hay hombres mejores para ella que yo. Pero la quiero. Es ella. Y si necesitas descargar tu enfado conmigo el resto de la temporada para demostrar algo o ponerme en mi sitio, hazlo. No me voy a alejar de ella. Por nada del mundo. Ni siquiera por ti. Ni siquiera por el fútbol.

Me sostiene la mirada durante varios segundos. Ninguno de los dos parpadea.

Finalmente asiente.

—Saldrás en menos de una hora.

—¿Entrenador?

Suspira, cansado.

—El fiscal general es un gran fan de los Coyotes. He hecho unas llamadas. Te caerán unas horas de servicio comunitario.

Hostia. Bajo la cabeza mientras una ola de alivio y gratitud me inunda.

—Gracias, entrenador. De verdad. Gracias.

Asiente una vez.

—Te veo mañana en el aeropuerto.

Niega con la cabeza.

—No. Pásate por casa cuando salgas.

—Lo haré.

Sigue mirándome fijamente.

—¿Qué? —pregunto, incómodo.

—Te ganaste tu puesto en el campo, Miller. Eres un kicker cojonudo y un activo para el equipo. Lo mío con Leni es asunto mío. No me gustó no ver venir vuestra relación, pero eso es cosa mía. Te has ganado tu lugar a su lado. Estuviste ahí cuando te necesitó. Eres un gran hombre, Talon. Eres suficientemente bueno para mi hija. Pero no necesitas que yo te lo diga. Necesitas creértelo. Saber, en el fondo, que lo que compartís es especial. Que es suficiente.

Se gira para marcharse y yo alargo la mano.

—Espera.

El entrenador se detiene y alza una ceja.

—Gracias —digo, y lo digo de verdad—. Si no te hubiera conocido, si no me hubieras ayudado… creo que Leni nunca se habría fijado en mí.

Sostiene mi mirada y veo el instante exacto en que lo entiende. Comprende que su hija me eligió, en parte, por él. Suelta una risita nasal y niega con la cabeza.

—El mundo funciona de manera misteriosa, Miller. Nos vemos esta noche. —Mira el reloj—. Con suerte, antes de medianoche.

—Nos vemos, entrenador.

—Y asegúrate de tener la cabeza concentrada para el partido del domingo —añade mientras se aleja. Se vuelve una última vez antes de salir—. Y no te preocupes por ese hijo de puta de Nueva York. No volverá a haber problemas.

—Entendido —respondo, sabiendo que Craig está "resuelto". ¿Llegaré a saber hasta qué punto? Probablemente no. Pero estoy hecho de una pasta parecida a la del entrenador Strauss, así que si dice que no me preocupe, no pienso darle más vueltas.

Me dejo caer en el banco de la celda y espero. En menos de una hora estoy fuera, con las horas de servicio comunitario que dijo el entrenador. Mi agente, Callie, ya está al teléfono hablando de estrategia de relaciones públicas.

—Callie, ¿puedo llamarte mañana? —pregunto mientras me meto en el coche que me espera para llevarme a casa de los Strauss.

—Claro —responde—. Pero llámame a primera hora, Talon. Tenemos que adelantarnos a la narrativa. Necesito saber cómo quieres enfocar esto.

—Te digo algo mañana —contesto, sabiendo que dependerá de lo que Leni esté dispuesta a contar. No voy a presionarla para que comparta su historia ni para pintar a Craig de una manera concreta. Si no quiere revelar ni un detalle de lo que vivió con él, asumiré yo el golpe público y punto.

—Has tenido suerte hoy, Talon —dice Callie en voz baja.

Mientras las casas se difuminan tras la ventanilla y el coche se acerca a la casa del entrenador, la veo. Leni está sentada en el porche delantero, esperándome.

Sonrío en cuanto la distingo.

—Ya lo creo —murmuro, colgando.

Cuando el coche entra en el camino de entrada, Leni baja las escaleras casi corriendo. En cuanto salgo, se lanza a mis brazos.

La atrapo sin esfuerzo, un brazo bajo sus piernas y el otro sosteniéndole la nuca. La beso con fuerza y ella me rodea con los brazos.

—Gracias a Dios estás bien —susurro, apoyando la frente en la suya.

—Estoy tan contenta de que hayas salido… —me llena la cara de besos, en las mejillas, la nariz, los párpados—. Gracias por hoy, Talon. Siento muchísimo que yo…

—No tienes nada que sentir.

—Sí lo tengo. —Se aparta un poco; la decepción le ensombrece la expresión—. Debería haber hecho muchas cosas de otra manera. Ojalá hubiera hablado hace semanas sobre Craig. Ahora es un "él dice, ella dice" y… —traga saliva—. Te has quedado en medio.

La dejo en el suelo y niego con la cabeza.

—Cariño, ¿no lo entiendes? Mientras estés a salvo y feliz, me da igual todo lo demás.

—A mí no. —Me coge de la mano y tira de mí hacia la casa.

El coche que me trajo ya está saliendo del camino.

—Le pedí a papá que me pusiera en contacto con tu agente —continúa.

—¿Callie? Acabamos de colgar. —La miro, expectante.

Se sonroja.

—Lo sé. Me dijo que tenía que hablarlo contigo, pero Talon… estoy lista para hacerlo público. Mi padre es de Nueva York, ¿sabes?

—Sí.

—Está moviendo todos sus contactos. Al fiscal de distrito de Nueva York, que conoce de la universidad. Al fiscal general aquí en Tennessee…

—Que al parecer es fan —murmuro.

—Exacto. —Asiente—. Hace años otra mujer denunció a Craig. El fiscal de Nueva York va a reabrirlo. Yo he solicitado una orden de alejamiento. —Baja la mirada—. He hablado con mis padres. —Inspira hondo—. Estoy pensando en presentar cargos.

—¿En serio? —Abro los ojos, impresionado—. Estoy tan orgulloso de ti, cariño.

—¿Y si viene a por ti en represalia? —pregunta, preocupada.

—Leni… —niego con la cabeza—. Ni de coña. Si quieres denunciar—

—Quiero que todo el mundo sepa lo que me hizo, Talon. Quiero que sepan que me estabas protegiendo. Quiero salvar tu reputación igual que tú me has salvado a mí. Y quiero que superemos esto… juntos.

Me detengo y espero a que se vuelva hacia mí. Entonces la rodeo con los brazos y la beso con fuerza.

—Quiero todo contigo, Radiante. Jugaremos nuestras cartas como tú elijas, siempre que sea lo que tú quieres de verdad.

—Bien. —Sonríe, más segura y serena de lo que debería después de un día tan intenso—. Entonces déjamelo a mí.

Me inclino para besarla otra vez. Enredo la mano en su pelo y apenas noto el escozor en los nudillos por haberle pegado a Craig hace apenas unas horas.

Las luces del porche parpadean. Leni y yo nos separamos de un salto.

Vicki está en la puerta, riéndose.

—Hacía mucho que no tenía que hacer eso.

Miro a Leni, arqueando una ceja.

Ella se encoge de hombros.

—No era por mí.

—Era por Lincoln —aclara Vicki, sujetándonos la puerta.

Al cruzar el umbral, Vicki me abraza.

—Gracias por todo lo que has hecho por nuestra hija.

—No ha sido nada —respondo, sin saber muy bien cómo gestionar tanta emoción. Las mujeres Strauss no tienen ningún problema en mostrarse vulnerables.

Vicki niega con la cabeza.

—Ha sido importante, Talon. Cómo la protegiste, cómo confió en ti… eso importa. Vamos. —Enlaza su brazo con el mío y me conduce al comedor, donde el entrenador y Leni ya están sentados—. Espero que te guste la pizza.

Varias cajas abiertas se extienden por el centro de la mesa, junto a una ensalada verde y una caprese.

—Esto le da mil vueltas a la cena del baile de debutantes —bromeo.

El entrenador suelta una carcajada, Leni pone los ojos en blanco y Vicki sonríe divertida.

Tomo asiento. Todas las miradas se dirigen al entrenador, que alza su cerveza.

—Por Talon —dice, y noto un nudo subiéndome por la garganta —. Bienvenido a la familia, hijo.

A Leni se le llenan los ojos de lágrimas. Busca mi mano bajo la mesa y entrelazo los dedos con los suyos.

Por primera vez en mi vida siento que pertenezco a algo más que a un equipo de fútbol. Pertenezco a Leni. A los Strauss.

Es un regreso a casa que no sabía que necesitaba y, en este instante, se siente como ganar la Super Bowl.

—Gracias, entrenador.

Asiente.

—Y que no se te ocurra pensar que por esto voy a aflojar contigo… —deja la frase en el aire—. Porque no lo haré.

Leni se ríe mientras Vicki mira a su marido con una sonrisa cómplice.

—No esperaría menos —respondo, y lo digo en serio.

El entrenador se exige siempre el máximo. Que me incluya en ese estándar es, para mí, un honor.

23

LENI

—VAMOS, vamos… —doy pequeños saltos sobre las puntas de los pies mientras aprieto la mano de Lincoln.

—Va a meter el punto extra —dice Marlowe con ligereza desde mi otro lado.

Lincoln sonríe y me atrae más hacia él.

Nos sorprendió con una visita antes de mudarse a Londres, y no puedo estar más feliz de tenerla en casa.

Y de tenerla sentada a mi lado, animando a Talon y a los Coyotes en el partido de esta noche contra New Jersey. Ahora mismo, todo se siente como antes, y estoy saboreando esa sensación. La nostalgia se entrelaza con la expectación por la siguiente jugada y estoy casi eufórica cuando Talon sale al campo.

Irradia seguridad en sí mismo, está jodidamente sexy con el uniforme de fútbol americano.

Alza la vista hacia la grada, justo donde sabe que estoy sentada. No puedo ver sus ojos ni leerle los labios, pero sé que me está mirando a mí cuando levanta la mano en el aire.

—Joder… —murmura Lincoln, apretándome los dedos.

—Vamos, cariño —susurro.

Contengo la respiración cuando se produce el saque. Clavo la mirada en Talon mientras da un par de pasos ligeros hacia delante y

balancea la pierna, golpeando el balón en un arco perfecto. Marca el punto extra, dando a los Coyotes una ventaja de un punto, y el estadio entero estalla.

Rugen los gritos de júbilo. Hay gente bailando, cervezas derramándose. Una ola de emoción me arrastra con su corriente y suelto una carcajada, enamorada de la adrenalina de este instante.

Enamorada de estar aquí para apoyar al hombre al que quiero. De, por fin, estar a su lado como él merece.

El reloj se agota unos minutos después y los Coyotes aseguran otra victoria.

—¡Joder, sí! —grita Linc, envolviéndome en un abrazo.

—Menudo partidazo —añade Marlowe, aferrándose a mi otro brazo.

Sonrío a mi hermana y a mi mejor amiga.

—¿Nos vamos a Corks? —pregunto—. Le prometí a Talon que me pasaría luego a saludar al equipo.

Me sorprendió que Avery le preguntara cuándo iba a llevarme con ellos, pero supongo que ser la hija del entrenador y ser la novia de Talon son cosas distintas.

Por mucho que disfrutara del primer título, estoy enamorada del segundo. Me encanta ser la novia de Talon. Ha pasado más rápido de lo que jamás imaginé, pero cada paso se ha sentido correcto.

Real.

Para la romántica empedernida que estuvo a punto de rendirse, ahora me siento más fuerte que nunca. Talon me ayudó a recuperar la confianza y a entender que soy capaz de tomar mis propias decisiones. De confiar en mi intuición. De creer que hay algo más.

Valgo la pena.

Soy suficiente.

Y juntos somos todo lo que siempre soñé.

—Yo me voy a retirar —dice Marlowe, sorprendiéndome.

Lincoln frunce el ceño.

—¿Seguro?

—Sí —asiente Marlowe—. Tengo algunos asuntos familiares que resolver.

Abrazo a mi amiga.

—Llámame si necesitas cualquier cosa.

—Lo haré —susurra.

Han sido semanas duras para Marlowe y su familia. No conozco todos los detalles, pero sé que en la casa de los McIntyre están ocurriendo muchos cambios. Mientras ella hace todo lo posible por proteger a Adi del golpe, yo hago lo que puedo para que sepa que también tiene una red que la sostiene.

Marlowe nos dedica un gesto con la mano y señala la salida.

—Vamos a darle unos minutos a la gente para que se despeje —propone Lincoln.

Asiento y vuelvo a sentarme. Mi hermana y yo permanecemos en un silencio cómodo, mirando el campo que fue como nuestro segundo hogar mientras crecíamos.

—¿Te puedes creer que haya vuelto a casa? —pregunto, dándole un leve empujón con el hombro.

Lincoln se ríe.

—Sí. Encajas aquí, Leni. Verte con Talon… Este es tu sitio. Pero no sé si lo habrías descubierto sin darle una oportunidad real a Nueva York. Me alegro de que vivieras esa experiencia, aunque odio lo que pasó con Craig.

—Yo también —murmuro—. Pero tienes razón. Si no me hubiera ido a Nueva York, quizá me habría quedado con el "¿y si…?". Ahora solo quiero estar donde esté Talon.

Lincoln sonríe.

—Me alegro tanto por ti, Leni Lou.

Señala la salida. Nos levantamos y enlaza su brazo con el mío mientras bajamos de la grada.

—Hace siglos que no voy a Corks.

—Yo tampoco —me río—. No puedo creer que solo estés aquí unos días. Ojalá pudieras quedarte más.

—Yo también. Te he echado muchísimo de menos.

Lincoln apoya la cabeza contra la mía y me estrecha.

—Dime la verdad, ¿cómo estás llevando todo esto? —pregunta, escrutándome con sus ojos azules, del mismo tono que los míos.

—Estoy… mejor —admito—. Me daba miedo denunciar, pero una vez lo hice, me sentí mucho más ligera. Empecé terapia la semana

pasada y creo que me va a venir muy bien.

—Vi tus publicaciones en redes. Estoy orgullosa de ti por dejar en evidencia a ese capullo.

Una media sonrisa curva sus labios.

—Sí —asiento—. Medité mucho lo que quería decir. Pero jamás imaginé que la publicación se haría viral.

—¿De verdad perdió el trabajo? —pregunta Lincoln.

Asiento.

—¿Mamá te contó lo que pasó después?

—¡No! ¿Qué?

—Otra exnovia suya, Lisa, se puso en contacto conmigo. A ella le pasó lo mismo y se sintió impotente. No sabía qué hacer ni con quién hablar. Pero ahora que todo ha salido a la luz, ha dado un paso al frente y también ha presentado denuncia.

—¿Va en serio? —exclama mi hermana.

Asiento con la cabeza.

—No sé si prosperarán.

—¿Te sentiste mejor después de denunciar y de hablar con Lisa?

—Sí. Cada día es un poco más fácil. Talon ha sido mi refugio en todo esto. No habría llegado hasta aquí sin él, Linc.

—No tenía ni idea de que hubiera sido tan grave, Len.

—No debías saberlo. No quería que lo supieras.

—Lo siento —dice cuando nos acercamos a la entrada de los vestuarios.

—Yo también. Nada de secretos, ¿vale?

—¿Me lo prometes?

Lincoln extiende el meñique, como hacía cuando éramos niñas.

Suelto una carcajada y entrelazo el meñique con el suyo.

—Lo juro.

—Las hermanas Strauss vuelven a la carga —nos saluda el guardia de seguridad, Priest, cuando nos acercamos a la puerta.

—¡Aquí estamos, Priest! —sonrío, todavía enganchada al brazo de mi hermana.

—Problemáticas —resopla, antes de mirar a Lincoln—. Me alegro de verte, Linc.

Lincoln se sonroja levemente y me muerdo el labio por dentro para no echarme a reír. Lleva años coladita por Priest.

—Igualmente, Priest —consigue decir mientras él nos deja pasar.

En cuanto la puerta se cierra tras nosotras, estallamos en carcajadas, igual que cuando estábamos en el instituto. Algunas personas en el pasillo sonríen al vernos; otras nos miran como si estuviéramos locas, lo que solo consigue que nos riamos más fuerte.

—¡Eh! ¿Qué es tan gracioso? —pregunta papá, acercándose.

Negamos las dos a la vez, intentando articular algo que tenga sentido.

Papá sonríe y nos rodea con los brazos, besándonos en la coronilla.

—Os he echado de menos, chicas.

—Yo también, papá —dice Lincoln.

Me acurruco un poco más contra él y respiro hondo.

Todo en mi mundo vuelve a estar en su sitio.

—Gran partido, Miller —dice alguien, y me separo de papá al instante. Mis ojos buscan a su espalda hasta encontrar a Talon.

Papá se lleva la mano al pecho como si lo hubiera herido y Lincoln suelta una risita.

—Ya es mayorcita, papi —bromea ella.

—Nunca —gruñe papá.

Al segundo siguiente, Talon me levanta en volandas.

—¡Partidazo, cariño! —le digo antes de besarlo con ganas.

—No puedo mirar —se queja papá con buen humor, dándose la vuelta.

—Yo sí —replica Lincoln.

Talon se ríe y me abraza un momento antes de dejarme en el suelo.

—Me alegro de que hayas podido venir, Lincoln. Sé que solo estás aquí unos días.

—Como si este me hubiera dejado faltar —dice Lincoln, señalando a papá con el pulgar mientras Talon la abraza.

—¡Bienvenida a casa, Linc! —saluda Cohen al pasar. Nos señala con el dedo—. ¿Venís a Corks?

—Solo si va Raia —responde Lincoln.

Cohen sonríe.

—No se lo pierde ni loca.

—Nos vemos allí —digo mientras Talon me rodea los hombros con el brazo.

—Te las devolveré sanas y salvas, Entrenador —le asegura a papá, que pone los ojos en blanco.

Después dejamos el estadio atrás, nos metemos en el SUV de Talon y ponemos rumbo a Corks para celebrar otra victoria de los Coyotes.

—¡ME encanta que estés saliendo con Talon! —dice Raia Callaway, abrazándome nada más verme.

—Y a mí me encanta que estés jugando al fútbol profesional —le devuelvo, sonriendo también a su compañera de equipo, que está en la ciudad con ella este fin de semana. Aunque he visto a Raia en algunos partidos, no hemos tenido muchas oportunidades de ponernos al día esta temporada. Se reparte entre Knoxville y Chicago, donde juega con las Chicago Tornadoes.

—A mí también —sonríe Raia, con los ojos brillándole—. ¡Y tú también has vuelto a casa, Linc!

—Solo por unos días —responde Lincoln—. Luego me voy a Londres.

—¡¿Londres?! —exclama Raia—. Necesitamos copas. Quiero saberlo todo.

Le agarra del brazo y tira de ella hacia la barra, donde su compañera está pidiendo otra ronda.

Mientras brindan alzando las copas, a mí me atrapa Jag en una conversación. Después me paro a charlar con Kiki, una de las periodistas deportivas que cubre habitualmente a los Coyotes.

—¡Len! ¡Bebida! —mi hermana levanta una margarita en el aire para mí.

—Más vale que vayas —dice Kiki.

Me despido y me acerco a Lincoln.

—Gracias. —Cojo el vaso de su mano.

Choca su margarita contra la mía.

—Es como en los viejos tiempos, ¿eh?

—Sí —dice Avery, apareciendo detrás de nosotras—. Solo que ahora Leni está saliendo con Talon y no tengo que preocuparme de que el entrenador pierda la cabeza porque uno de sus jugadores le tire los trastos a su hija.

Talon se ríe.

—Sí. Ese barco ya zarpó.

—No en mi caso —interviene mi hermana, levantando la mano—. Sigo soltera.

—No hay prisa, Linc —apunta Cohen, uniéndose a nuestro corrillo.

—Eh, chicos —anuncia West Crawford, asomando la cabeza—. Me tengo que ir.

—¿Turno de padre? —bromea Cohen.

West sonríe.

—Echo de menos a mis chicas. No me juzguéis.

—Jamás —responde Talon, con media sonrisa. Pero su tono es serio. Tener una familia a la que adoras no es ninguna broma. Es el mayor motivo de orgullo.

—Oye, una cosa rápida. —West me mira—. He oído que eres súper fan de The Burnt Clovers.

Abro la boca y miro a Talon.

Él levanta las manos y se encoge de hombros, aunque la diversión brilla en sus ojos.

—Y-yo… sí —balbuceo.

West sonríe.

—Perfecto, porque tenemos entradas para su concierto de Spring Break en Cancún y vosotros venís. —Mueve el dedo entre Talon y yo —. Nos vemos luego. Buen partido.

Le da una palmada en la espalda a Talon y se marcha.

Me quedo mirándolo, boquiabierta.

—Cierra la boca, tía —murmura Lincoln.

La cierro de golpe y vuelvo los ojos, enormes, hacia Talon.

—¿En serio?

—En serio. —Me rodea con el brazo y me pega a su pecho. Inclina la cabeza y me besa la sien.

—Vas a descubrir tus raíces irlandesas —susurro.

Talon suelta una carcajada que atrae miradas curiosas de sus compañeros.

Lincoln sonríe.

—Si que vais en serio —dice.

—Siempre —añade Talon, entendiendo su tono.

Le devuelvo la sonrisa, radiante, y él me besa con intensidad.

—Oh, por Dios, buscad una habitación —bromea Cohen.

—Mira quién fue a hablar —refunfuña Avery.

Lincoln resopla, divertida.

Pero Talon y yo los ignoramos a todos mientras intensifico el beso.

Estoy saboreando esta sensación de estar envuelta en nuestra pequeña burbuja. De sentirme querida, sostenida, adorada por Talon Miller.

EPÍLOGO

DOS AÑOS DESPUÉS

Talon

—¿QUÉ es? —pregunta Leni, mordiéndose el labio inferior. Agita la caja y frunce el ceño, incapaz de adivinar el ruido que suena dentro.

—Ábrelo. —Le acerco el regalo un poco más. Estoy deseando ver su reacción.

Me dedica una sonrisa ladeada antes de rasgar el papel como una niña pequeña.

—Sabes que mi cumpleaños no es hasta dentro de unos meses.

—Lo sé —respondo—. No es un regalo de cumpleaños. Es un regalo porque sí.

—¿Porque sí… qué? —insiste.

—Porque te quiero —digo, sin más—. Y marzo es nuestra major época. No tengo fútbol y la temporada de bodas está tranquila.

Desde que Leni lanzó su empresa de organización de bodas hace poco más de un año, no ha parado. Entre su experiencia en Nueva York, la red de contactos que hizo en el comité del baile de debutantes y la fama que ganó en internet por dejar en evidencia a Craig, las novias han hecho cola para trabajar con ella en sus bodas rústico-chic por todo Tennessee.

—Entonces… ¿nos vamos de viaje? —aprieta ella, impaciente.

Me río.

—Abre la caja.

Suspira y levanta la tapa. Me encanta el gesto de desconcierto que le frunce los labios.

—Son… botas de nieve. —Saca una de las botas blancas con pelo gris y pompones.

—Lo son —confirmo.

—¿Vamos a esquiar? —dice, frunciendo la boca.

Me encojo de hombros.

—No lo sé. ¿Vamos?

—¡Talon! —resopla, dándome un manotazo adorable.

Me inclino y rozo sus labios con un beso.

—Piensa, Sunny Leni. ¿Dónde usarías botas de nieve?

La concentración le cruza el rostro y, de pronto, un destello de emoción lo ilumina.

—Talon… —Hay esperanza en su voz y a mí me invade el alivio.

—Abre el sobre —le sugiero.

Lo rasga y, cuando lee los billetes de avión, suelta un chillido.

—¡Oh, Dios mío!

Se lanza a mis brazos y la atrapo, apretándola contra mi pecho.

—¡Vamos al Círculo Polar Ártico! ¡Vamos a ver la aurora boreal! —agita los billetes como si fueran alas.

—Nos vamos en una semana.

Su entusiasmo es contagioso.

—No me lo puedo creer —murmura—. Es mi sueño.

—Lo sé. —Le paso la mano por el pelo.

Se gira hacia mí, con el rostro bañado en amor y luz. Puro sol.

—Gracias, Talon. Te quiero.

—Yo también te quiero, Leni —respondo antes de besarla.

Se inclina hacia delante hasta hacerme caer hacia atrás y me inmoviliza debajo de ella. A horcajadas sobre mí, sonríe.

—Estoy en shock ahora mismo. No puedo creer que vayamos a cumplir mi sueño. Juntos.

—Créetelo, Radiante. —Le devuelvo la sonrisa desde abajo.

Cuando vuelve a inclinar la cabeza, nuestro beso deja de ser dulce para volverse urgente. Nunca me cansaré de esto.

Hacemos el amor en el suelo del salón, en mitad de un martes cualquiera, y no le digo que en realidad ya estoy viviendo mi sueño desde hace tiempo. Que conocerla, enamorarme de ella, cambió mi forma de ver la vida y reordenó todas mis prioridades.

De hecho, ya hemos tachado el primer punto de mi lista de deseos.

Y me encanta ir cumpliendo cada uno de los suyos.

Juntos.

Para siempre.

¡ESPERO que hayáis disfrutado del romance de Leni y Talon!

La siguiente historia tiene a Avery como protagonista, y me hace muchísima ilusión contaros que **Atados y Atrapados** se publicará en castellano el 3 de abril de 2026. ¡Reserva ya tu ejemplar!

Pasa de página y descubre los dos primeros capítulos de la historia de Avery y Valentina en **Atados y Atrapados.**

ATA**DOS** Y ATRA**PA**DOS

1. AVERY

—Está preciosa —murmura mamá a mi lado, alzando la copa de champán hasta los labios—. Me encanta verla así de feliz.

Da un sorbo, pero no aparta la mirada de mi hermana Raia.

—A mí también —respondo. Y es verdad.

Raia irradia felicidad mientras contempla a su prometido —mi mejor amigo y compañero de equipo—, Cohen Campbell. Cuando me enteré hace un año de que estaban saliendo, no fue la noticia soñada. Pero lo que me dolió no fue la relación en sí, sino que me lo ocultaran.

La realidad es que Raia y Cohen encajan a la perfección. Si tuviera que elegir un hombre para mi hermana, no habría nadie mejor que Cohen. Sé que la respetará y la querrá como merece. Y ella… nunca la había visto tan segura, tan en paz, tan feliz como ahora, con el anillo de compromiso brillando en su dedo anular.

Están eufóricos, enamorados de una forma que yo todavía no he vivido.

Le doy un trago a mi champán y recorro la sala con la mirada. Está abarrotada: mis compañeros de los Coyotes, los de fútbol americano, los de Raia del equipo de fútbol, nuestra familia,

amigos… Todos celebrando. Y de pronto tengo la incómoda sensación de que soy el único que se ha quedado fuera del juego.

Cohen y Raia van a casarse.

West y Nova tienen una niña preciosa.

Joder, hasta Talon, nuestro kicker, está en las nubes con su novia, Leni, la hija del entrenador.

Nuestra prima Anna rehízo su vida con Brooks, el ex de Raia. Y las amigas del internado han venido todas con pareja.

Solo yo voy por libre.

Puede que tenga fama de ir cambiando de chica cada semana, pero no he tenido nada real —algo profundo, de verdad— desde hace años. No desde que rompí con mi novia del instituto, Mila, engañándola en un escándalo que le destrozó el corazón, sacudió a toda nuestra pequeña comunidad y me obligó a mirarme al espejo con desprecio. Sí, era joven. Y Mila estaba atravesando un duelo terrible por la muerte de sus padres. Me convencí de que ya nos habíamos distanciado, de que pensaba dejarlo incluso antes del accidente.

Pero lo gestioné fatal.

¿Qué clase de hombre le hace algo así a una mujer —a una persona— a la que dice querer?

Después de la ruptura, Mila perdió su trabajo con los Coyotes. Y yo… yo crucé el incendio y salí al otro lado convertido en el Hombre Más Sexy de América. Desde fuera parecía que todo me sonreía, pero por dentro me ahogué en culpa y vergüenza durante años.

Y hay días en los que todavía no puedo sostenerme la mirada en el espejo.

He intentado compensarlo. Hablé con Mila, aclaramos las cosas y le deseé lo mejor cuando empezó algo con la estrella del hockey Devon Hardt. Me esforcé por reforzar la relación con mis padres y con Raia. Por ser mejor amigo para Cohen. Por convertirme en un líder sólido para mis compañeros.

Y aun así sigo solo.

Sigo buscando algo. A alguien.

Suspiro y apuro el champán. Le quito a mamá la copa vacía de la mano.

—Ahora vuelvo con más.

Mamá me dedica una sonrisa cálida.

—Tú también estás muy guapo esta noche, Avery.

Resoplo.

—No hace falta que me digas cosas bonitas. Es la noche de Raia.

Inclina la cabeza.

—Lo sé. Pero me duele ver a cualquiera de mis hijos pasándolo mal.

Me doy la vuelta antes de contestar. ¿Eso es lo que estoy haciendo? ¿Pasarlo mal?

Tenía que ser ella quien lo notara, justo en una sala llena de gente que celebra.

La vergüenza casi me asfixia mientras me dirijo a la barra. ¿Qué dice eso de mí? Mi hermana flotando en una nube y yo aquí, revolcándome en mis propios demonios. Es asqueroso.

—Vaya, qué sorpresa verte por aquí —bromea el abuelo cuando me planto frente a la barra.

—Podría decir lo mismo, viejo.

Bufa entre dientes y hace un gesto al camarero para que le sirva otro whisky.

—Y un pinot grigio —añade.

Levanto las dos copas vacías de champán y el camarero asiente, manos a la obra.

—Mírale los ojos —suspira el abuelo, sonriendo hacia Raia—. Le brillan. Está desbordando felicidad.

—Los dos —confirmo, fijándome en la sonrisa bobalicona de Cohen mientras su hermano Cooper le rodea el hombro.

El abuelo me mira de reojo, pensativo.

—Siempre pensé que serías tú quien se casara con Mila.

Me aclaro la garganta. Mi familia, pese a la decepción enorme que se llevó conmigo cuando engañé a Mila, nunca me dio la espalda. Ni siquiera eso —su perdón, el de ella— consigue aliviar el peso. Al contrario, ensancha el desprecio que siento por mí mismo y multiplica los remordimientos.

El abuelo niega con la cabeza, agradece el whisky al camarero y deja un billete doblado de veinte dólares en el bote de propinas. Da

un trago y chasquea los labios.

—No todo el mundo está hecho para esto —dice, paseando la mirada por la sala—. El matrimonio, los hijos, la casita con valla blanca.

Se encoge de hombros, pero detecto la decepción en su tono.

Él pensaba que yo sí estaba hecho para eso. Es el hombre de familia por excelencia. El que todavía baila en la cocina con la abuela y compra la marca de detergente que a ella le gusta, aunque cueste tres euros más que la otra. El que casi no se perdió casi ninguno de mis partidos, ni de Raia o Anna, cuando éramos pequeños.

Duele que no me vea capaz de llenar unos zapatos así. Y peor aún es saber que no lo dijo para herirme. Fue un comentario lanzado al aire. Un consuelo.

Asiento mientras se aleja, deteniéndose para besar a la abuela en la mejilla y entregarle el pinot grigio.

Vuelvo hacia el camarero, le doy las gracias, dejo otro billete de veinte en el bote y voy en busca de mamá.

La encuentro riéndose con su hermana, mi tía Karen.

—Aquí tenéis —digo, pasándoles una copa a cada una.

—Ay, gracias, Avery —sonríe la tía Karen—. Tu madre me estaba contando los sitios que Raia y Cohen están valorando para la boda. ¡Va a ser preciosa!

—Lo será —asiento.

—Eh, tío —dice Talon, dándome una palmada en la espalda—. Ven a contarle a West lo de tu acosadora.

—¿Tienes una acosadora? —jadea la tía Karen, llevándose la mano al colgante de perla que cuelga de su cuello.

—Avery —me reprende mamá. Alza las cejas como diciendo: ¿y eso no pensabas contármelo?

—Es inofensivo. —Hago un gesto con la muñeca—. Es más una broma que otra cosa.

Lanzo una mirada a Talon mientras me aparto de mi tía y de mamá.

Él articula un "perdón" en silencio y hace una mueca.

—Talon dice que esa chica apareció en varios entrenamientos de puertas abiertas —se ríe West cuando me acerco a él, a Talon y a

Leni.

—¿La has vuelto a ver desde entonces? —pregunta Leni, frunciendo el ceño. Hace poco salió de una relación horrible con un ex abusivo y detesto que este tema pueda removerle algo.

Niego con la cabeza.

—No transmite nada raro. Quizá lo de acosadora fue exagerado —rectifico—. Es solo que me la cruzo constantemente en el edificio, en el vestíbulo, en el gimnasio… por el barrio. Y la forma en que me mira…

—¿Le gustas? —aventura West.

—Más bien lo contrario —aclaro—. Es como si me estuviera… estudiando.

Talon suelta una carcajada y West se parte.

West niega con la cabeza.

—Tío, tu vida es rarísima. —Mira por encima del hombro y sonríe al ver a Nova—. Menos mal que ya pasé la etapa de intentar descifrar la mente femenina.

—Amén —coincide Talon, rodeando la cintura de Leni con el brazo.

Ella se inclina hacia él y suspira, satisfecha.

Ojalá no le hubiera dado mi champán a la tía Karen. Ahora mismo me vendría de lujo el alcohol. O algo más fuerte.

—¿Alguien quiere otra? —propongo, señalando la barra.

—Estoy bien —dice West, levantando su cerveza casi llena.

—Ve ahora, antes de que empiecen los brindis —me aconseja Leni.

Asiento y me escabullo de la conversación para volver a la barra.

—¿Otro champán? —supone el camarero.

—Ponme algo más fuerte, tío.

Me dedica una mirada cómplice y me sirve el mismo whisky que está bebiendo el abuelo.

Le doy un trago al líquido ámbar y disfruto del ardor mientras baja por mi garganta. Entonces me giro hacia el frente de la sala al oír el tintineo de un tenedor golpeando una copa.

Mi hermana sostiene un micrófono. Cohen está a su lado, con el brazo rodeándole la cintura y la mano apoyada en su cadera.

—¡Hola a todos! —saluda Raia, agitando la mano con timidez. El murmullo se apaga y todas las miradas se centran en ellos—. Queremos daros las gracias por estar aquí esta noche celebrando con nosotros.

—¡Estamos en semana de descanso! —grita uno de mis compañeros, creo que Gage Gutiérrez—. ¡No hay otro sitio donde prefiramos estar!

Sí, definitivamente es Gage.

Las risas llenan la sala.

—Es verdad —admite Raia—. Cohen y yo estamos inmensamente agradecidos de que forméis parte de nuestras vidas.

Mientras continúa agradeciendo a familiares y amigos, observo cómo la gente se agrupa.

Parejas. Amigos de toda la vida. Familiares.

Yo me quedo junto a la barra, al margen del grupo. Siempre al margen y, sin embargo, para todos, en el centro.

Es una sensación extraña. Un viaje mental.

Todos me miran y creen que llevo una vida glamurosa. Quarterback de los Knoxville Coyotes. Avery Callaway, el Hombre Más Sexy del Año.

Pero la realidad es que estoy solo. Hay días en los que me limito a cumplir. Y la mayoría de ellos estoy harto de mis propias mierdas.

Por una vez, me gustaría que alguien esperara más de mí.

No en el campo ni en mi carrera. En la vida. En lo personal. Como hombre.

Recorro con la mirada el salón lleno de ruido y me duele que ninguna de esas personas esté en ese lugar conmigo.

Me siguen dando vía libre.

Y no la merezco. Hace mucho que no.

Estoy agotado cuando llego a la puerta principal de mi edificio. A mi alrededor, el centro de Knoxville bulle de vida. El conductor del Uber

se detiene junto a la acera y levanto la mano para indicarle que puede marcharse.

Mientras se aleja, observo cómo las luces traseras de su Tesla se difuminan en la noche. Echo la cabeza hacia atrás y contemplo el edificio. Vivo en el séptimo piso. Mi apartamento está completamente a oscuras. No dejé ninguna luz encendida. No hay nada que invite a entrar. De hecho, ahora mismo no me apetece subir en el ascensor y sentarme en ese espacio vacío. Solo.

Sacudo la cabeza, intentando desprenderme de este ánimo turbio, de esta energía inquieta. En lugar de entrar, doblo la esquina. Hay un bar de barrio que nunca está ni demasiado lleno ni demasiado vacío. Es punto de encuentro para los vecinos y, a la vez, un sitio acogedor donde algún turista despistado puede tomarse una pinta.

Me cuelo en el Sal's Sports Bar y suspiro aliviado. Me tomaré una cerveza, veré el partido que estén poniendo en la tele y dejaré que el murmullo de desconocidos me envuelva. Luego me iré a casa y caeré rendido.

Estoy a punto de sentarme en la barra cuando la veo. O mejor dicho, cuando la oigo.

Tiene el móvil pegado a la oreja y habla en español, rápido, entrecortado. Su tono roza el pánico. Me fijo en cómo sus uñas —cortas, limpias, sin esmalte— repiquetean contra la madera de la barra.

Melena larga y rizada, ligeramente encrespada. Ojos azul verdosos que normalmente rebosan curiosidad y ahora parecen al borde del colapso. Un puñado adorable de pecas cruzándole el puente de la nariz. Y el jersey más informe que he visto jamás sobre el cuerpo de una mujer.

Es mi acosadora.

2. VALENTINA

—Te pedí que no te metieras —le recuerdo a mi padre, con la voz tensa, cortante.

—Vale… —suspira con pesadez, usando mi apodo. Me lo imagino frotándose los ojos, esos dedos largos deslizándose por la frente—. Solo intentaba ayudar.

Me muerdo la lengua. No dudo de su intención. El problema es que cada vez que mi familia intenta ayudar, lo estropea aún más. Mi mundo —la universidad, la investigación— no tiene nada que ver con el suyo: el fútbol. O, como lo llaman aquí en Estados Unidos, soccer.

Mi padre es considerado uno de los mejores futbolistas de todos los tiempos.

Rubén García. Cinco Balones de Oro. Varias Botas de Oro, Pichichis de la Liga. Dos mundiales. Entrenador del Año de la FIFA. Es una institución, una leyenda viva. Un nombre que todo el mundo conoce, sobre todo en Europa.

Mi hermano, Alejandro, ha seguido sus pasos. Algunos ya especulan con que Ale superará los logros de papá. En reconocimiento mediático, desde luego, ya lo ha hecho. A medida que el fútbol gana popularidad en Estados Unidos y Canadá, sus contratos publicitarios lo han llevado a portadas de revistas y a gigantescos carteles en Times Square, en Nueva York, y en Dundas Square, en Toronto.

Mi hermana, Carla, juega en los Chicago Tornadoes y se ha convertido en referente para las niñas que practican deporte, además de embajadora de varias marcas internacionales de cosmética.

Mamá ha celebrado cada triunfo volcándose por completo en ese universo. Ahora es el único que conoce.

Y ahí está el problema. Salvo mi abuela, nadie en mi familia entiende quién soy ni lo que me apasiona. Soy la hija de en medio, la rara, atrapada entre dos atletas de élite. Mi obsesión por los estudios, la investigación y todo lo relacionado con la ornitología ha pasado casi desapercibida en casa. Y cuando, de vez en cuando, muestran interés o intentan echar una mano, rara vez sirve de algo.

Como ahora.

—Papá. —Respiro hondo, intentando armarme de paciencia, y clavo la vista en mi copa vacía—. ¿Qué dijo exactamente el abogado?

Busco la mirada del camarero mientras escucho a mi padre titubear al otro lado del teléfono. Le indico que me ponga otra copa de vino. Una más de la cuenta para mí.

Ya noto el efecto de la primera, y beber así, rápido y con el estómago vacío, es una receta para el desastre. Pero mientras el silencio de papá se alarga, sé que mi futuro también va en esa dirección.

—Es la maldita burocracia —acaba diciendo.

Cierro los ojos, resignada.

—Me han denegado el visado.

—Por ahora —admite, a regañadientes.

—Papá… —murmuro. Se me retuerce el estómago y siento cómo la sangre abandona mi rostro—. Me mudé aquí, a Tennessee, por esta mentoría. Si no puedo trabajar con el doctor Mendoza, si no puedo publicar con él, entonces…

—Lo sé, lo sé —me interrumpe. La vergüenza tiñe su voz. Sé que se arrepiente de haber metido la mano en mi proceso de visado. Es muy propio de él pensar que su nombre, su influencia, bastarían para allanar el camino. Pero ese tipo de empujones no funcionan con el sistema de inmigración estadounidense—. Encontrarás otra solución. Siempre has sabido arreglártelas, Valentina.

Suelto una risa breve, casi un resoplido. Además de no comprender la carrera que quiero construir —un doctorado en Ecología y Biología Evolutiva, docencia universitaria, una plaza con opción a titularidad y publicaciones académicas—, su fe ciega en que "ya me apañaré" resulta tan cómica como frustrante. No se improvisa otra vía para quedarse en un país cuando tu visado no ha sido aprobado.

—Vale —susurro. De acuerdo.

—El mes que viene voy a Estados Unidos por el partido de Carla —continúa.

Claro que sí. Papá entiende de fútbol. Él y mamá, junto con mis abuelos, asisten a todos los partidos posibles de Ale y Carla.

—Intenta subir a Chicago —añade.

Me aclaro la garganta, tragándome la punzada de decepción al comprobar que no ofrece venir aquí. A Knoxville. A ver dónde vivo. A

interesarse por la investigación que estoy llevando a cabo.

—Iré —respondo al final. Si ellos no vienen, ya me desplazaré yo a Chicago. Es lo que se espera de mí. Y yo siempre cumplo con lo que se espera.

—Mantén la cabeza alta, Vale. Todo saldrá bien —concluye antes de despedirse.

Cuelgo y dejo el móvil sobre la barra. Rodeo con los dedos el tallo de la copa y doy dos grandes tragos, esperando que el alcohol apague la espiral de pensamientos que me taladra la mente.

Si pierdo esta mentoría, ¿qué será de mi carrera?

Si no termino esta investigación, ¿la retomará alguien más? ¿O todo el trabajo de estos meses habrá sido en vano?

¿Cómo voy a optar a una plaza de profesora ayudante si pierdo mis referencias académicas?

¿Por qué papá tuvo que meterse cuando le pedí que no lo hiciera?

Confía en el proceso, fueron exactamente mis palabras.

Haré una llamada, fueron las suyas.

Dejo la copa casi vacía sobre la barra y suelto un suspiro.

—Qué casualidad verte por aquí —dice una voz masculina a mi lado.

Giro en el taburete y me encuentro cara a cara con Avery Callaway, el quarterback estrella de los Knoxville Coyotes de fútbol americano.

Alzo una ceja.

—¿Ah, sí? —murmuro. Vive en mi mismo edificio. Que frecuentemos los mismos sitios del barrio no tiene nada de sorprendente.

—Sí —continúa, apoyando los codos en la barra. Entre sus manos descansa una pinta recién servida—. Últimamente te veo por todas partes. En el campo, en el vestíbulo del edificio, en cafeterías… y ahora aquí.

Me observa como si esperara una confesión.

¿Y qué se supone que tengo que decir?

Le sostengo la mirada, aguardando a que siga.

Tras varios segundos de silencio, suspira.

—Mira, seguro que eres una chica maja, así que te lo diré con delicadeza. Que te guste me halaga. De verdad. Si quieres un autógrafo o una foto, puedo firmarte lo que quieras —señala una servilleta de papel— o sonreír para un selfie. —Echa un vistazo a mi móvil—. Pero aparecer siempre en los mismos sitios que yo… eso tiene que acabar.

Se me abre la boca sin que pueda evitarlo.

¿Esto va en serio?

Una burbuja de risa, envuelta en un filo irracional de frustración, me sube desde el estómago hasta la garganta.

—¿Te crees que te estoy… acosando? —escupo, con más hostilidad de la que pretendía.

Se echa ligeramente hacia atrás al percibir el veneno en mi tono. La duda cruza su expresión.

—Es tan típico de vosotros —continúo.

Sus cejas se disparan hasta casi perderse en su línea del pelo.

—¿Típico de mí?

—Sí, de ti. —Hago un gesto vago con la mano en su dirección—. De los deportistas en general —añado, incapaz de frenarme. Con la conversación con papá aún palpitándome en la cabeza, sigo—. Os pensáis que el mundo gira a vuestro alrededor. Que sois el centro de la historia de todos los demás. Pues sorpresa: a veces no lo sois.

Avery frunce el ceño, mirándome como si acabara de hablar en otro idioma.

—¿Qué…? —Niega con la cabeza—. ¿Qué haces aquí?

—Tomarme una copa de vino y desahogarme después de una conversación de lo más frustrante con mi papá —replico, seca—. Y si me has visto en el vestíbulo de tu edificio es porque, sorpresa otra vez, yo también vivo allí.

Se incorpora, sorprendido.

—Pero el estadio…

—No voy a tu campo de fútbol porque sea fan tuya. Estuve allí dos veces porque Raia y Carla me arrastraron. Nuestras hermanas son amigas —explico despacio, vocalizando cada palabra.

—Eso ya lo sé —salta él.

—Raia, que por cierto me cae genial, quería apoyar a Cohen. Y, supongo, a ti. —Hago un gesto hacia él, intentando suavizar la mueca de desdén que se me dibuja en los labios mientras fulmino con la mirada al engreído quarterback—. No te estoy acosando. No quiero que me firmes nada ni que sonrías para un selfie estúpido. Solo estoy… Dios, intentando vivir mi vida. Igual que tú.

—Joder —murmura, visiblemente horrorizado.

Al ver la mezcla de desconcierto y humillación en su rostro, mi enfado se atenúa.

—Yo… —Avery cierra los ojos—. Soy un capullo.

Ante su admisión, se me escapa una carcajada.

—Sinceramente, lo entiendo.

Abre los ojos de golpe.

—¿Lo entiendes?

—Claro. Estoy emparentada con varios atletas de élite. Sois todos bastante egocéntricos.

Se ríe ante mi diagnóstico, sin ofenderse lo más mínimo.

—Eso es verdad.

Asiento.

Se gira del todo hacia mí.

—Perdona por haber sido un idiota y dar por hecho algo tan horrible.

—No pasa nada.

—Sí que pasa. —Niega con la cabeza y me tiende la mano—. ¿Empezamos de cero? Soy Avery.

Suspiro y coloco mi mano en la suya. Me sorprende el calor de sus dedos al cerrarse alrededor de mi palma.

—Valentina.

Avery se frota la nuca, incómodo.

—Mira, Valentina, lo siento. —Se muerde el labio, dudando—. He tenido acosadoras antes y…

Se desliza en el taburete a mi lado. Me mira directamente a los ojos. Aspiro aire, desconcertada por la disculpa que flota en el fondo de sus iris oscuros. Gris carbón.

—No debería haberte abordado así.

—Gracias —murmuro, apurando el vino.

—Al menos déjame invitarte a otra —dice, llamando al camarero. Hace un gesto para que rellene mi copa y añade un pedido de chupitos.

La cabeza me da vueltas. Y aunque estoy casi segura de que es por el alcohol, una parte de mí se pregunta si no será por su cercanía. Tendría que estar muerta —algo que Carla me ha insinuado más de una vez— para no notar lo atractivo que es Avery.

Alto. Musculoso. Imponente. El pelo castaño claro perfectamente recortado, aunque lo bastante largo como para que pueda pasarse la mano por él. Sus ojos son intensos, penetrantes. De esos que te dejan clavada en el sitio y parecen mirar más allá de la superficie.

Su cuerpo vibra con una energía inquieta, latente bajo la piel. La reconozco. La he visto en Ale. Y, a veces, en papá.

Emana de él. Me atrae y, al mismo tiempo, me mantiene a distancia.

Me llama… y me advierte.

Pero hay algo más. Con Avery hay un filo que mi hermano y mi padre no tienen.

El aroma de su colonia me envuelve: especiado, caro. Viste pantalón de vestir azul marino y camisa blanca abotonada. Lleva las mangas remangadas hasta los antebrazos y mi mirada recorre desde sus codos hasta las puntas de sus dedos. Esos brazos han sido responsables de más de una victoria en la Super Bowl.

Ahora que la frustración se ha disipado, su presencia me arrolla. No porque sea deportista —por Dios, he crecido rodeada de ellos—, sino porque es un hombre que me está mirando como si realmente me viera.

Como si quisiera conocerme.

Es desconcertante. Embriagador. Me abanico con la mano, notando cómo el calor me sube por el cuello y me deja descolocada.

—¿Estás bien? —pregunta Avery. La preocupación en su voz tira de algo en el centro de mi pecho y lo afloja.

—No suelo beber tanto.

—Perdona. —Hace una mueca y vuelve a llamar al camarero—. No te bebas el vino. Te pido agua.

—No. —Niego con la cabeza—. Está bien. Esta noche me estoy… recreando en mi propia miseria.

Sus cejas se fruncen en forma de V sobre el puente de la nariz.

—¿Ruptura horrible?

¿Ruptura? Me echo a reír.

—No, nada de eso.

—Entonces, ¿qué pasa?

Lo miro y vuelvo a negar con la cabeza.

—No lo entenderías.

Sonríe.

—¿Porque soy un jugador de fútbol que cree que el mundo gira a su alrededor?

Le devuelvo la sonrisa, aliviada de que no me esté guardando rencor por mis palabras.

—Porque tienes pasaporte estadounidense —aclaro.

Resopla divertido.

—No dejas de sorprenderme, Valentina. Siento que nunca sé qué va a salir de tu boca.

Suelto una risita.

—Nadie ha dicho jamás eso de mí. Soy la predecible García.

Avery se encoge de hombros y sonríe.

—No es la impresión que tengo.

Destapa la botella de agua que el camarero deja frente a nosotros y me la pasa.

Doy un pequeño sorbo antes de dejarla y envolver con los dedos el tallo de la copa de vino.

—No estoy teniendo una gran noche —admito.

—Ya me había dado cuenta. —Echa un vistazo alrededor del bar —. Si te soy sincero, yo tampoco.

Choco mi copa contra su pinta y bebo. El vino blanco seco se desliza por mi garganta, adormeciendo el enfado y sustituyéndolo por… otro tipo de calor. Uno que rara vez me permito explorar.

Arrugo la nariz.

—¿Cita desastrosa?

—No —ríe—. Nada de eso. Es solo que estoy en un momento raro. Esta noche era la fiesta de compromiso de Raia.

—¡Ah! Claro. —Asiento.

Avery niega con la cabeza.

—No vi a tu hermana allí.

—Carla estaba fatal por no poder ir. Pero este fin de semana organiza en Nueva York un baby shower para la que fue su capitana.

—Ah.

Asiente, pero la sombra en su rostro no desaparece.

Frunzo el ceño.

—¿No te hace ilusión el compromiso? Creía que Cohen era tu mejor amigo.

Avery da un largo trago a su cerveza.

—Lo es. No es eso. Me alegro muchísimo por Raia y por él. Son la pareja perfecta.

No añade nada más, pero la tristeza cruza sus ojos y, por un segundo, parece mayor.

El ambiente cambia y lo entiendo. Es extraño que pueda leer lo que no dice. Quizá sea el vino…

—Quieres tener lo mismo con alguien —murmuro, completando la frase que se queda en el aire.

Levanta la mirada hacia mí. Ahora sus ojos son de un gris más claro, cargados de un deseo profundo de ser comprendido. Es una mirada que conozco bien porque yo la llevo puesta demasiadas veces. Siempre me siento fuera de lugar. Aparte.

Pero jamás habría atribuido ese sentimiento al quarterback estrella del estado.

—Nunca tendré eso —afirma, con una seguridad que me desconcierta—. No lo merezco.

Frunzo el ceño ante su elección de palabras. ¿Por qué no? Estoy a punto de preguntarlo, pero se adelanta.

—Pero me gustaría tener algo —añade.

—Sí —susurro, asintiendo. A mí también me gustaría tener algo. Y aunque creo que lo merezco, dudo que llegue a encontrarlo—. Los hombres me ven demasiado rara para salir conmigo —suelto de golpe.

Se ríe, mirándome con una sonrisa amplia. La curiosidad reemplaza la tristeza en sus ojos, y me gusta haber sido yo quien se

la haya provocado.

—Me cuesta creerlo.

—Pues deberías. Creíste que te estaba acosando.

Sus ojos brillan cuando me observa.

—Cierto. Vale, Valentina.

Se gira en el taburete, una de sus rodillas rozando la mía antes de recolocarse. Ahora me enfrenta de lleno. Mis rodillas quedan atrapadas entre las suyas.

Da un largo trago a la cerveza, deja el vaso y me mira fijamente.

—Tu turno. ¿Qué es lo que no entiendo?

Suspiro con pesadez y doy otro sorbo al vino.

—Puede que me deporten.

Sigue leyendo** Atados y Atrapados **aquí.

AGRADECIMIENTOS

Mil gracias a Amy Parsons, Erica Russikoff, Ann Jones y a todo su equipo en Milk and Cookies PR, Silla Webb, Virginia Carey y Kristin Barrett. La historia de Leni y Talon no habría cobrado vida sin vuestra orientación, vuestras ideas y vuestro apoyo constante.

Gracias de corazón a las bookbloggers, bookstagrammers, booktokkers y, por supuesto, a todas las lectoras. Significa el mundo para mí que los Knoxville Coyotes hayan encontrado un hogar en vuestros corazones y en vuestras estanterías.

Como siempre, muchas gracias a Carlos Gómez por su ojo meticuloso y su dedicación. Su compromiso con mantener la esencia y los matices de la historia en castellano traen una autenticidad a estas historias que no existiría sin él,

A Tony y a nuestros peques — todo mi amor. Siempre.

TAMBIÉN DE GINA AZZI

Amor en Valencia:
Jugada Perfecta
Sin Defensa
Fuera de Juego
(Se lanzará en junio de 2026)

Knoxville Coyotes Football (Castellano):
Fingir y fallar
Sorprendido y sometido
Tentada y Tacleada
Atados y Atrapados
(Se lanzará en abril de 2026)

Knoxville Coyotes Football (English):
Faked and Fumbled
Surprised and Sacked
Trapped and Tackled
Bound and Blitzed

Tennessee Thunderbolts:
Hot Shot's Mistake
Brawler's Weakness
Rookie's Regret

Playboy's Reward
Hero's Risk
Bad Boy's Downfall
Lock 'em Down

Boston Hawks Hockey:
The Sweet Talker
The Risk Taker
The Faker
The Rule Maker
The Defender
The Heart Chaser
The Trailblazer
The Hustler
The Score Keeper

Dating the Drummer Trilogy:
Bitter Beats
Tainted Tempos
Resilient Rhythms

The Burnt Clovers Trilogy:
Rebellious Rockstar
Resentful Rockstar
Restless Rockstar

Second Chance Chicago Series:
Broken Lies
Twisted Truths
Saving My Soul
Healing My Heart

The Kane Brothers Series:
Rescuing Broken (Jax's Story)
Recovering Beauty (Carter's Story)
Reclaiming Brave (Denver's Story)
My Christmas Wish

(A Kane Family Christmas
+ *One Last Chance* FREE prequel)

Finding Love in Scotland Series:
My Christmas Wish
(A Kane Family Christmas
+ *One Last Chance* FREE prequel)
One Last Chance (Daisy and Finn)
This Time Around (Aaron and Everly)
One Great Love

The College Pact Series:
The Last First Game (Lila's Story)
Kiss Me Goodnight in Rome (Mia's Story)
All the While (Maura's Story)
Me + You (Emma's Story)

Standalone
Corner of Ocean and Bay

SOBRE LA A**UT**O**R**A

Gina Azzi escribe Romance Contemporáneo y Romance Deportivo con personajes auténticos y cercanos que viven el amor, la amistad, los retos y la vida real. Sumérgete en sus series deportivas: **Amor en Valencia, Knoxville Coyotes Football**, **Boston Hawks Hockey** y **Tennessee Thunderbolts**, o piérdete en sus romances de rockstar en la trilogía **The Burnt Clovers**.

Jersey girl de corazón, Gina pasó sus veintes viajando por el mundo, viviendo y trabajando en el extranjero, antes de establecerse en Valencia (España) con su marido y sus tres hijos. Es una lectora voraz, soñadora empedernida y entusiasta del café, que disfruta conociendo gente nueva.

Conecta con ella en redes sociales **@gina_azzi** o en **shop.ginaazzi.com**.